

GABRIEL AZORES

~~A S E S I N O~~

UN



TRAS

LA



PANTALLA

CAP. 1

HOSPITAL JOHNS HOPKINS

[Baltimore, Maryland]

Jueves 14 de marzo de 2019

— 09:43 h. —

—Agentes, salgan un momento.

Los cuatro policías que custodiaban la habitación 733 salían al pasillo tras la orden de su superiora. Su mirada no se apartaba ni un solo instante del rostro y de los ojos magullados por los golpes, cortes y quemaduras, que aquella pobre chica había recibido antes de salir impulsada por la ventana de un segundo piso, hacía exactamente 17 días.

—Buenos días, Abby. Soy la detective Cora Felton Kailani. Estoy al mando de tu caso. No nos hemos conocido antes ya que hasta hoy los médicos no me han permitido hacerte un interrogatorio oficial.

Abby la miraba con indiferencia mientras la detective cogía la única silla de la habitación que había justo debajo de la ventana y la colocaba muy cerca de la cama para sentarse en ella.

La detective iba a comenzar el interrogatorio de la manera más delicada posible:

—Tu equipo médico me ha concedido tan solo unos minutos. Estoy convencida de que ahora estás sumida en un profundo vacío y que lo último que quieres es hablar conmigo. Pero hay un peligro inminente en las calles de ésta ciudad, Abby. Este es mi trabajo y me siento responsable, en parte, de lo que pasa ahí fuera todos los días. Así que te pido por favor que me ayudes. Tu colaboración es vital en estos momentos.

Se produjo un silencio en el ambiente de más de diez segundos. Abby estaba tumbada e inmóvil en una cama electro circular y sujeta a una estructura metálica. Los doctores habían informado a la detective que la paciente se encontraba todavía muy debilitada y tan solo le permitieron estar con ella diez minutos.

Abby no hablaba, tenía la mirada fijada en un punto del techo de la habitación, pero la detective debía continuar a pesar de todo:

—¿Recuerdas algo de lo que te pasó?

A ella se le desprendieron unas lágrimas que al pasar por sus ojeras se tornaron como su fondo: morado. Cuando hubieron recorrido todo su rostro cortado por los cristales, y ahora lleno de puntos, dijo:

—Terror.

La detective tras inhalar y exhalar suavemente el aire de sus pulmones, le expuso:

—Verás Abby, voy a ser muy sincera contigo y espero por el bien de las dos que esto no salga de ésta habitación. Tenemos diecinueve chicas muertas en estos últimos dos meses y tú eres la única que sigue con vida.

Abby después de oír el dato cerró sus ojos y habló despacio y con dificultad:

—¿Sabe, detective? Quiero morirme. Esto no es vida.

La detective intervino enseguida:

—Aguanta, Abby, te necesito.

Abby pasó a detallarle su historial médico:

—Tengo diecisiete huesos rotos, y un drenaje a cada lado de mi cuerpo. Me han sometido a dos transfusiones y tres intervenciones. Si no me dan los calmantes a las horas convenidas me muero del dolor. Tienen que cambiarme de posición seis veces al día. Meo por un tubo y el dolor en mi espalda es casi insoportable. Apenas puedo conciliar el sueño, y cuando lo consigo tengo pesadillas. Me duele hasta la lengua. Si tenso un músculo más que otro grito ¿Crees qué aguantaré mucho más?

El tono de la detective detonaba claramente su fuerza de convicción:

—Quiero que sepas que lo he dejado todo para llevar este caso al cien por cien. Me voy a entregar a ti. Te juro que voy a hacer todo lo esté a mi alcance para dar caza al demonio que te ha hecho esto.

El silencio inundaba de nuevo la habitación. Abby intentaba seguirle el ritmo:

—¿Hay alguna relación entre las otras chicas y yo?

La detective le ponía toda la calma posible:

—Las diecinueve chicas eran huérfanas como tú y todas tenían un dado metido en la boca.

Aquel dato la sorprendió.

—¿Un dado?

—Sí, un maldito dado.

—¿Yo también lo tenía?

La detective asentía levemente con la cabeza antes de contestar.

—Sí, Abby, lo tenías. Y en tu caso es muy llamativo, porque queda claro que te lo puso cuando estabas tirada en la calle. Mi equipo a estas alturas aun no lo tiene del todo claro. Algunos creen que quizás supuso que estabas muerta, lo depositó en tu boca y se fue. Tenemos que barajar la posibilidad de que haya cometido un error, pero mucho me temo que no ha sido así. Yo creo que

ha sido premeditado como todo lo que hace. Me ofrecieron el caso cuando las primeras muertes parecían tener relación y acepté de inmediato. He estudiado los cadáveres uno a uno y con muchísimo detalle, y todo parecer ser realizado por la misma persona. Aunque no sería la primera vez que no es así. El ser huérfanas es tan solo una pequeña guía en una ciudad como Baltimore. No podemos protegerlas a todas a ciegas, necesitamos algo sólido y detallado con lo que trabajar. Y hoy estoy aquí, Abby, para que juntas intentemos averiguar eso. Bueno, de hecho, llevo viniendo toda la semana, desde que me informaron que habías despertado del coma.

A través de la mirada de Abby se podía deducir que intentaba asimilar todo lo que la detective le estaba relatando con toda la prudencia y delicadeza que podía, dado lo desgarrador y siniestro del caso.

La detective continuó:

—Por algún motivo te lanzó por la ventana, bajó a la calle, te puso el dedo en la boca, hizo una llamada y se fue, sabiendo o no, que aun tenías un ápice de vida.

En ese momento la detective hizo una parada observando la reacción en el rostro de Abby y pensando que quizás era contraproducente para su estado de salud contarle todo con detalle. Si Abby entraba ahora en crisis, quizás nunca pudieran resolver el caso. Debía ir con sumo cuidado y delicadeza para no precipitar ningún contratiempo.

Tras unos segundos de un nuevo silencio, la detective miraba su reloj sabiendo que había agotado ya esos diez minutos que los facultativos le habían otorgado. Se levantó de la silla pensando en volver mañana y conseguir otro margen de tiempo para poder continuar indagando. Iba a ser un proceso muy lento, pero ahora mismo lo más importante era, por supuesto, la salud de Abby.

De repente, la chica preguntó:

—¿Una llamada?

La detective sorprendida volvía a sentarse.

—Sí. La patrulla que llegó encontró a tu lado un teléfono móvil desechable. Evidentemente no podemos asegurar que fuera él mismo quien realizara esa llamada. Puede que no trabaje solo. Lo que sí hemos confirmado es que la llamada al servicio de emergencias se produjo desde ése mismo teléfono para informar que una persona se encontraba tirada en plena calle. Es casi seguro que fue él, ya que además utilizó un distorsionador de voz para ello exactamente igual que con las otras chicas. Todas las llamadas al servicio de emergencias quedan grabadas automáticamente. Las hemos analizado todas minuciosamente, y no cabe duda de que es la misma persona quien está detrás de ese distorsionador.

—¿Así qué es un hombre?

En ese preciso momento entraba en la habitación una enfermera y se dirigía directamente a la detective.

—Ya han pasado los diez minutos. La paciente debe descansar. Si es tan amable...

La detective respondía amablemente al mismo tiempo que abandonaba la silla.

—Por supuesto.

Pero Abby...

—Valerie, déjala unos minutos más, por favor.

La enfermera se aproximó a ella, la miró un instante guiñándole además un ojo, y le dijo:

—Como quieras. Voy a informar al doctor.

—Gracias, Valerie. —le respondía ésta.

La enfermera salió de la habitación y la detective volvió a sentarse de nuevo para seguirle exponiendo la situación.

—No sé de que raza, ni su aspecto, ni su edad, pero te aseguro que es alguien muy malo, créeme. Hemos encontrado semen de toro en todos los cadáveres por los pechos, cara y vagina. Lo que indica, en principio, que es un varón y quiere hacer llegar un mensaje. Quiere que sepamos que él es el más fuerte, el que manda, el macho alfa, el que decide cuando y cómo. Es creativo, astuto e inteligente y no se va a dejar coger. He visto los otros cuerpos y los emplazamientos en donde han sido encontrados, y estoy convencida de que va a seguir. Aparentemente para este individuo el ser humano femenino no significa absolutamente nada. No parece tener remordimiento alguno. El dado además de su función básica lo utiliza como su firma y estoy convencida de que aparte tiene un significado muy concreto para él. Y para que no haya una segunda interpretación, tapa las otras caras del dado con pegatinas blancas perfectamente ajustadas, para dejar visible la cara del dado que le interesa mostrar. Y en todos los casos son números.

Abby hablaba en tono bajito.

—Pegatinas blancas...

—Sí. —respondió la detective.

Abby se esforzaba en comprenderlo.

—¿Y nadie vio nada?

—No Abby. A ti te llevó a una casa abandonada de Cherry Hill, en el cuatrocientos once de Roundview Rd. Allí no hay buena conciencia humana, ¿sabes? Aunque seguimos preguntando. También puede que hubiese alguien rondando por allí y eso le ahuyentara. Pero solo son conjeturas. El semen de toro aún no nos ha llevado a nada. Posiblemente lo robó o quizás pueda conseguirlo a través de otras vías. No tengo testigos, ni pruebas contundentes que seguir. Lo que nos lleva a pensar que con tantas muertes a sus espaldas quizás contigo ha querido subir el nivel. No le ha importado dejar el móvil junto a ti. Y es la primera vez que hace eso. Estoy convencida de que todo tiene un motivo, creo que sí sabía que aun estabas con vida cuando te introdujo el dado en la boca, y por esa razón llamó de inmediato, para que no murieras. Y me temo que si es así, puede que todavía tenga planes para ti. Puede que tú para él seas algo diferente o que quizás quiera “jugar” aún más contigo.

Abby contrariada y exaltada:

—¿Jugar? —dijo abriendo rápidamente los ojos e intentando no llorar.

La detective intentó calmarla:

—No es una certeza, Abby. Quien sabe lo que pasa por una mente enferma.

Abby cerraba los ojos, pero la detective debía continuar un poco más.

—Mi equipo y yo tenemos un plan. No es muy brillante, pero dadas las circunstancias no tenemos alternativa. Queremos que venga hacia ti.

Abby reaccionó mal a la propuesta:

—No voy a hacer de cebo, ¡ni hablar! Ni siquiera puedo moverme. Estoy hecha un asco y no tengo ánimos para seguir con esto.

La detective intentó darle seguridad al plan, siendo a la vez muy sincera con ella:

—No voy a dejar que te haga nada más y no voy a permitir que continúe matando, Abby. Vas a estar protegida como hasta ahora las veinticuatro horas del día hasta que esto se resuelva. Lo quiero fuera de las calles. Tengo que atraparlo. Esto es inhumano, y tiene que acabar. Tengo asignado un gran equipo y todos los medios que necesite. La alcaldesa me ha llamado y a priorizado este caso por encima de todos los demás. Ha sido muy clara al respecto. No puede convertirse en una alarma social, que por otro lado, y por culpa de los medios de comunicación, ya lo es.

La detective quiso involucrarla con un sutil toque psicológico, para animarla también a seguir con vida.

—Tienes que ayudarme, Abby. Creo que solo lo lograré con tu ayuda.

Abby parecía ceder:

—¿Y qué significa el dado? —dijo con lágrimas que la detective le secaba con sumo cuidado con un algodón que había en una pequeña bandeja.

—Te lo voy a enseñar.

La detective metió su mano derecha en su bolsillo derecho y sacó una bolsa transparente en donde lo llevaba custodiado. Hasta el momento era la prueba más singular del caso. Se lo mostró.

—Éste era el tuyo.

Abby hacía otro pequeño esfuerzo por seguir:

—Es un poco raro. Nunca había visto un dado así, con es forma. Parece una peonza. Mirarlo me da escalofríos.

—Este dado pertenece al mundo de los juegos de rol, ¿conoces alguno?

—No, pero he oído alguna vez que son juegos de mesa un tanto raros.

La detective le hizo una breve exposición:

—Estos dados son muy exclusivos y pertenecen a empresa llamada Q-Workshop. Es una de las más importantes del mundo. Está ubicada en Polonia, en la ciudad de Pyzdry. Tienen una variedad increíble de ellos. Y éste, concretamente, pertenece a un pack llamado “Elvish Black and Red” inspirado en el mundo de los elfos, de ahí esas insignias alrededor de los números. En este pack vienen siete dados y el tuyo es el de diez caras. En este caso ha dejado visible el doble cero. Puede que el mensaje sea que tu eres la víctima más importante dentro de su juego, por eso sigues con vida.

A Abby ya se le notaba psicológicamente afectada cuando dijo:

—No entiendo nada.

La detective le expuso su inquietante hipótesis:

—Creo, y por ahora es tan solo mi opinión personal, que todo el caso está basado en un juego de rol en donde en su interior él desempeña a un jugador muy concreto y que desconocemos todavía. A vosotras os escoge como personajes y os introduce dentro de la historia. O al menos es lo que aparentemente parece indicar. Siguiendo esta línea de investigación, cabe la posibilidad de que esté reproduciendo algún juego existente en el mercado, o simplemente que él sea el artífice del mismo y por tanto, creador de sus propias reglas. Tampoco sabemos si existen más jugadores. Lo que sí está claro es que vive esa realidad paralela como si fuese real. Su extrema crueldad parece desvincularle de cualquier responsabilidad sobre los actos cometidos, lo que nos lleva a pensar en un posible perfil de esquizofrenia, en donde se desdobra la realidad que él percibe siendo esa otra realidad un invento en el interior de su mente.

La detective hizo una pausa viendo que Abby ni pestañeaba. Tras unos segundos, siguió:

—Al final os deposita el dado en la boca indicando el fin del personaje en esa tirada. Pero hasta el momento como te digo, es tan solo mi teoría.

Abby explotó:

—¿Pero qué mierda es esa?!

—Sé que suena siniestro, Abby, pero puede que en su cabeza funcione así. No sé si está cuerdo, si es un enfermo psiquiátrico, o si es el mismísimo demonio, pero tengo que pararlo sea como sea. Este no cree en la reinserción, te lo aseguro. No hay correctivo para la maldad que corre por sus venas.

—No me encuentro bien, detective.

La detective bajó su mirada, con cierta culpa, pero tenía que añadir algo más:

—A diferencia de otros asesinos este malnacido no improvisa, sino ya estaría entre rejas.

—¿Y cuál es el plan? —preguntó Abby bastante decaída.

—En cuanto me autoricen quiero trasladarte a otro centro sanitario. Quiero saber si te

presta atención todavía. Tendremos monitorizado todo el recorrido con cámaras de alta definición. Haremos correr la voz por todo el hospital que te van a trasladar, por si hay alguna filtración o si alguien le informa. Tampoco sabemos si recibe ayuda de alguna manera. Puede que tengamos suerte y se deje ver. Dieci-nueve muertes son muchas para una sola persona en tan poco tiempo.

Abby moviendo muy levemente su cabeza, le indicaba que no:

—Yo no estoy para traslados detective, ¿no lo ve?

—Sí, es cierto. Pero es mejor que no hacer nada, ¿no te parece? Aún no tenemos casi nada. Los datos se compran en tiendas especializadas o por internet. El semen de toro inviable hasta el momento. El teléfono desechable, nada. Inspeccionamos toda la casa desde donde te lanzaron, y nada. Por no hablar de los lugares de las otras chicas, no hay ninguna cosa que aporte luz al caso. No hemos encontrado una sola pista que podamos tirar de ella. Todo son conjeturas y multitud de huellas de perros y gatos en los escenarios de los crímenes y poco más. No tenemos un solo testigo, ¡maldita sea! Es meticuloso, paciente y limpio en las huellas hasta el momento. Y todo, por supuesto, hecho a conciencia. Eso sí, nos deja mucha información irrelevante con un significado que tan solo él conoce. Tenemos que validar mi teoría o descartarla. Pero para ello hay que conseguir que cometa algún tipo de error. Y solo lograremos eso si sabemos a qué está jugando. Solo así podremos enfrentarnos a quien está detrás de todo esto, Abby. Ayúdame, por favor.

Abby la miraba casi de reojo y tras unos segundos de silencio, dijo:

—¿Kailani?

La detective le contestó con una leve sonrisa por el cambio de rumbo en la conversación.

—Sí, mi madre es Hawaiana.

Ahora el interrogatorio parecía haber cambiado de manos.

—¿Tiene familia?

La detective no tenía ningún inconveniente en contestar a todas y cada una de las preguntas que Abby quisiera hacerle. Aunque antes le dijo:

—Puedes tutearme, no soy tan mayor. Y no estoy casada, si te refieres a eso.

—Tienes unos ojos preciosos.

—Gracias. Eso es un halago, viniendo de una chica tan guapa como tú.

—¿Cuántos años tienes?

—Cuarenta y siete. Llevo veintinueve años como policía, de los cuales quince como detective. Sigo investigando porque es lo que más me llena, ir tras los asesinos y meterlos entre rejas. He tenido algunos novios, pero no resultó. Creo que este trabajo es tóxico para las relaciones personales si lo vives como lo vivo yo. Me han disparado más de veinte veces, y en cinco de ellas he pasado por el quirófano. Tengo cicatrices visibles... Pero sigo aquí, Abby. He visto muchos crímenes como para saber que nos enfrentamos a una persona muy enferma. —Volvió

a encauzar la conversación hacia el asesino—. Y este tipo de sujetos ostentan, lamentablemente, un gen que les hace ser extremadamente malvados, inteligentes y muy conciencudos. Se preparan física y mentalmente muy a fondo. Viven para ello.

La respuesta de Abby no podía ser otra:

—Entonces lo tenemos jodido.

La detective entrelazaba sus manos con sus dedos:

—Sí.

—¿Y qué piensas hacer?

—Ponerle un lazo corredizo, hacerle entrar y apretarlo hasta que sangre por la boca.

Abby se sorprendió con la respuesta.

—No pareces la típica policía.

—Verás, Abby, veo muchas desgracias personales casi todos los días en las calles de esta ciudad. Pero cuando hago justicia, es cuando puedo dormir en paz. Este trabajo es vocacional y muy comprometido personalmente. Así que intento hacerlo lo mejor posible todos los días. Seguramente acabaré sola, pero me siento muy bien conmigo misma ¿sabes? He pasado muchos contratiempos y a su vez he aprendido mucho de todos ellos. No te quepa duda de que estoy preparada para este tío.

El ánimo de Abby cayó de nuevo.

—No me encuentro bien, Cora.

La detective dudaba si sería oportuno darle más datos. Pero el tiempo era un factor decisivo.

—Hay algo más, Abby.

—¿Más?

—Sí. Escribe en la espalda del cadáver el nombre de la que será su próxima víctima.

—¿A mi me escribió un nombre?

—Sí. Juliet.

—¿Y ha aparecido?

—Todavía no.

—¿Y cómo lo escribe?

La detective tragaba saliva antes de contestar...

—Con un cuchillo.

En ese momento, Abby comenzó a chillar. La detective dio un salto de la silla y salió a

buscar al equipo médico:

—¡Enfermera! ¡Enfermera!

Enseguida entró por la puerta Valerie y otras dos enfermeras.

Valerie le indicó a la detective que saliese fuera. La detective salió al pasillo cruzándose ya en la puerta con un par de doctores más. La habitación 733 estaba justamente al lado de la UVI, la unidad de cuidados intensivos, y gracias a la rápida intervención de todo el equipo médico Abby quedó estabilizada en pocos minutos.

Finalmente, el jefe médico se dirigió a ella:

—Abby ha sufrido una crisis. Ahora mismo se encuentra estable, pero no sabemos el alcance que ha tenido en su organismo. Queda restringida hasta nueva orden la entrada y contacto con la paciente a toda persona ajena a nuestro equipo médico. No hay fecha para que vuelva a hablar con ella. Ya le indicamos que todavía se encontraba muy debilitada. Esperemos que pueda superarlo.

La detective no pronunció una sola pa-labra. El doctor entró de nuevo en la habitación y ella se giró para informar al retén de agentes de su equipo:

—Voy a pedir de inmediato que instalen nuestras cámaras en este pasillo y en la fachada del edificio por encima y por debajo de la ventana de la habitación de Abby. Pondremos una mesa aquí mismo con los monitores. Quiero que os familiaricéis con todo el equipo médico a la perfección. Si se aproxima a la habitación una persona que no podáis identificar, quiero que le impidáis su entrada, la retengáis y me informéis de inmediato. Yo asumo toda la responsabilidad. No quiero errores, ¿queda claro?

Los agentes asentían con la cabeza sabiendo lo estricto de las normas de la detective, quien ostentaba el cargo de máxima autoridad en el caso de Abby. Una llamada suya y podría expe-dientar a cualquier agente de inmediato y expulsarlo del equipo. Toda la comisaría sabía que la alcaldesa de la ciudad, Devorah Gibbons, la había llamado y que ella tampoco se andaba con chiquitas. Era sin duda el caso más importante que había ahora mismo en la comisaría. Así que nadie se atrevía a poner un solo pero.

La detective se sentía mal por Abby, y el panorama para el caso no podía ser peor. Un sentimiento de culpa la invadía, pero el tiempo iba en su contra e hizo lo correcto: investigar.

CAP. 2

Huracán Trentin

Viernes 15 De Marzo De 2019

—09:13h.—

Cora llegaba a comisaría después de una muy mala noche y con la sensación de estar chapoteando un día más dentro de una charca fangosa y poco profunda. La imagen de Abby no abandonaba la mente de Cora y esta rezaba para que superara ese revés inesperado para ambas y pudiera aportar a este caso su granito de arena tan necesario.

Cora tenía el mismo equipo hacía más de cinco años, compuesto por: Jack Petilli, ojos verdes, moreno, 41 años, metro ochenta, 79 kilos, y soltero; Eric Delage, ojos marrones, rubio, metro setenta y siete, 72 kilos 37 años y soltero; Julien Duval ojos azules, metro setenta y dos, rubio, 74 kilos, 31 años, gay declarado y soltero; Johnson Haig, metro ochenta y cuatro, 90 kilos, 37 años afroamericano y soltero; Brent Edmonson, ojos marrón clarito, caucásico, 35 años, metro setenta y ocho, 80 kilos y soltero; Rudy Monfort, 33 años, asiático, aunque nacido en suelo estadounidense, ojos oscuros, metro setenta y seis, 69 kilos y también soltero; y Sue Rachida peli-rroja, ojos verdes, metro setenta y cinco, 68 kilos, 34 años y soltera. Y por último ella misma, morena, metro setenta y cuatro, ojos grises, sesenta y seis kilos y un estado civil por todos e-llos conocido.

Sue vio entrar a Cora en el despacho y la interceptó dentro:

—Buenos días, Cora.

—Buenos días, Sue. ¿Alguna novedad?

—No te lo vas a creer... Vincent ha caído.

—Es demasiado temprano, Sue, no he dormido bien. ¿De qué me estás hablando?

—Lo van a sentar en el banquillo. Está acusado de evadir impuestos del dos mil quince al dos mil dieciocho. Le pueden caer tres años de cárcel y una multa de cien mil dólares.

—¿Nuestro jefe Vincent Darryl? ¿Cuándo?

—La Alcaldesa ha hecho un comunicado oficial en las noticias de las ocho y media en la WJZ-TV, comunicando el cese inmediato de Darryl Vincent. Ha sido tajante y muy dura con él.

—Bueno, no era ningún secreto la antipatía que ambos se veneraban desde que Devorah llegó a la alcaldía y cambió por completo el rumbo de esta comisaría en materia criminal. Además llevan años lanzándose reproches a través de los medios de comunicación cada vez que tienen ocasión. Supongo que no habrá sido muy difícil para ella tomar esa decisión.

—Como siempre, las filtraciones en la cúpula son letales ¿verdad? Dicen que estaba muy suelta y convincente, por cierto.

—Devorah ha visto la oportunidad y lo ha fulminado. Caso cerrado ¿Y a quién han puesto en funciones?

—A nuestro segundo de abordó: Simon Bradle. Lo cierto es que a todos nos ha pillado por sorpresa esta mañana, incluso al mismo Simon, que ha convocado una reunión a las doce para comunicárnoslo él mismo.

—Madre mía en que mal momento llega esto para nosotros ¿Está Darryl en su despacho?

—No. Simon dice que la alcaldesa le ha llamado justo antes de salir en las noticias y que Darryl también hará una declaración oficial en su defensa a las once en ese mismo canal.

—Esta comisaría últimamente solo recibe varapalos. Esto era ya lo que me faltaba por hoy, Sue. Espero que no surja nada más ¿Han llegado todos?

—Falta Brent y Rudy. Se han pasado por el juzgado a por unos documentos. Pero no tardarán, ya están de camino.

—En cuanto lleguen me avisas. He recibido esta mañana un mail del propietario de la empresa de los datos Q-Workshop poniéndose a nuestra entera disposición para lo que necesitemos. Van a mandarnos unas muestras para que las comparemos con las que aparecen en los cadáveres. Necesito un café, y quizás algo más ¿vienes?

—Claro.

—12:33h.—

Una vez finalizada la reunión, Simon Bradle llamó a Cora y le pidió que se personara en su despacho.

—Bueno, ya has visto como está el patio. La alcaldesa me ha filtrado que el Concejo de la Cuidad ha propuesto para ser el nuevo Comisionado a un tal Michael Trentin.

—¿Quién es?

—Dicen que los últimos treinta años los ha pasado como superintendente en Nueva Orleans. Tiene cincuenta y ocho años.

—Obviamente no es un novato. Su plan será jubilarse aquí.

—Lo más probable. La alcaldesa dice que si finalmente el lunes es admitido por el

Concejo, el martes será nombrado oficialmente en un acto público junto a ella. También me ha dicho que con respecto a ti, total libertad como hasta ahora. Una vez ingrese Trentin, tendrás que dirigirte ante él y presentarle tu plan.

—¿Y porqué no me ha llamado personalmente?

Antes de contestarle, éste abría sus brazos en señal de ignorancia.

—Políticos.

— 5 días después —

Miércoles 20 de marzo de 2019

—11:33h.—

Ocupando ya oficialmente el cargo de Vincent Darryl, Michael Trentin había citado a Cora en su recién estrenado despacho. Charló abiertamente con ella mientras sostenía una carpeta su nombre:

—Bueno, Cora, la alcaldesa solo ha tenido elogios para ti. Anoche tu expediente fue mi lectura antes de irme a dormir. He decidido empezar esta ronda de contactos por los mejores, y tengo que confesar que el tuyo es impresionante, y he visto muchos. En cambio tu vida personal es un asco.

Cora levantó las cejas y le mostró su discrepancia con la última frase:

—Creo que eso no procede en esta reunión.

—Por supuestísimo que procede. Verás, he leído hasta la última palabra de tu legajo, y no solo todas las condecoraciones que has obtenido, que, por supuesto, han sido merecidísimas. Pero si en todo este tiempo como policía he experimentado y aprendido algo, es que solo si eres capaz de ser al final de tu carrera lo más parecido posible psicológicamente a como entraste, habrás superado la actividad policial. Estarás de acuerdo conmigo, entonces, que tus rupturas sentimentales, por ejemplo, afectaron de manera decisiva a los casos que trabajaste en dichas épocas.

—No se a qué viene todo esto.

—He leído los informes psicológicos policiales de entonces y de ellos se desprende que una parte importante de tu actuación en aquellos casos estaba vinculada emocionalmente a tu situación sentimental.

—Esos informes son privados y confidenciales.

—Sabes perfectamente que el comisionado de policía de Baltimore, es decir, yo, tengo acceso a toda la información que considere oportuna obtener para garantizar la viabilidad de todas las comisarías de la ciudad y la de todos y cada uno de los agentes de dichas comisarías.

—He sido durante mucho tiempo el blanco de la escoria de esta ciudad. Gente muy peligrosa, que antes del primer café de la mañana ya habían vaciado varios cargadores contra mí. Estoy sentada en esta silla de milagro. Así que tú también estarás de acuerdo conmigo en que aquello me alteró un poco. Y con respecto a mi vida personal, no ha sido, digamos, como yo la había imaginado. Lo intenté, pero a veces el camino que quieres recorrer junto a una persona, lo acabas haciendo en solitario. No todo el mundo puede comprender que este trabajo no acaba nunca. Y para mí este trabajo, lo es todo.

—No te estoy juzgando, Cora. Simplemente quiero saber si estás al cien por cien para desempeñar con todas las garantías este caso junto a tu equipo.

—¿Y qué te hace pensar que no es así?

—Absolutamente nada. Me han contado cosas, he leído cosas, pero al mismo tiempo que toda esa información está ahora mismo encima de mi mesa, cuando salgas por esa puerta volverán a la estantería de donde salieron. Y puedes estar segura que nada de lo que hemos hablado hoy aquí, será vinculante en ninguna decisión que tome a favor o en contra tuya. Tan solo quiero saber si estás preparada para resolver el caso.

Cora le miró fijamente a los ojos y no se demoró ni un segundo en su respuesta:

—Lo estoy.

Trentin cerró su expediente y pareció que el encuentro había acabado. Sin embargo, antes de finalizar la reunión, comentó:

—Tan solo hemos hablado de ti, y no me parece justo. Déjame que te cuente algo. Yo vengo de Nueva Orlean, como sabes. En este asqueroso trabajo la vida privada se confunde con la profesional y son pocos los que lo llevan bien. Dicho lo cual te diré que soy divorciado por tercera vez, y ahí me apeo. La soledad espero que tenga su lado bueno. Ahora bien, escúchame con atención porque solo lo voy a decir una vez y eres la primera en esta comisaria que lo va a oír. He aceptado este cargo en primer lugar por el dinero y en segundo lugar, y no menos importante, para darle a esta comunidad lo que necesita, el cumplimiento de la ley de arriba abajo. Quiero ganarme el respeto no solo de la comunidad, sino de toda esta gran ciudad. Voy a pasar como una apisonadora por encima de todos y cada uno de los malditos delincuentes y gentuza que campan a sus anchas por aquí. Sé de las dificultades de mi ambicioso plan por lo corrupto del sistema, pero, ¿sabes qué, Cora? Es así como quiero acabar mis días como policía, barriendo la basura y tirándola al contenedor de la justicia. A la vista está y así lo reflejan las cifras, que mi antecesor aparte de no contribuir a pagar sus impuestos, ha sido una auténtica vergüenza, un irresponsable, dando una penosa imagen personal y dejando en evidencia al cuerpo al que representa. Y por si eso fuera poco, tampoco ha contribuido a descender el número de crímenes y criminales de esta ciudad, aun teniendo todos los recursos puestos a su entera disposición ¡Eso se acabó! Metafóricamente y a partir de este mismo instante quiero convertirme en una prolongación de tu exquisito expediente. Bajo mi mandato va a caer todo aquel que esté implicado en cualquier

acto delictivo tanto si es policía como si no. No voy a hacer la vista gorda, Cora, y si se llama Devorah Gibbons, me suda las pelotas. En Nueva Orleans siempre he estado metido en una guerra diaria y también, al igual que tú, sé lo que duelen los impactos de bala en el cuerpo. Espero que conmigo aquí sigas haciendo por mucho tiempo ese excelente trabajo que reflejan estos documentos.

—Estoy perpleja a la vez que impresionada. No me esperaba esto. Este discurso siempre lo imaginas como una leyenda urbana, nunca crees que te va a tocar a ti.

El nuevo comisionado parecía haber presionado el cronómetro.

—¿Cuáles son tus peticiones, Cora?

—Libertad absoluta como hasta ahora y solo darte explicaciones a ti. Ni filtraciones, ni leches. Yo estoy al mando del caso y voy a seguir haciendo lo que crea oportuno en la medida en que lo necesite.

—Y yo te apoyaré. Esta noche también he leído tu informe. Tienes un caso difícil y vas cuesta arriba. Si quieres otro equipo de apoyo, solo tienes que pedirlo. Mi premisa: os quiero a todos con las pilas cargadas. Objetividad y profesionalidad para que los resultados lleguen.

—Aparte del dinero y la necesidad de hacer justicia, ¿cuál es tu objetivo personal en esta comisaría?

—Me gustan las mujeres sin tapujos. Mi segunda mujer era así. Quiero jubilarme con todos los honores y con un historial impoluto, ¿entiendes eso?

—Claro que sí. Al final todos queremos lo mismo.

—Bueno, ¿pues a qué estás esperando? Mueve el culo y reúne a tu gente. Tengo mucho que hacer.

—Gracias, y bienvenido a nuestras pesadillas.

—¿Tomas pastillas para dormir?

—A veces, ¿y tú?

—Bourbon.

Cora sonrió levemente mientras se levantó de la silla, pero antes de que acabara de hacerlo, Trentin soltó unas últimas palabras:

—Nunca te dejes engañar por lo que ves, y suerte ahí fuera.

Cora asintió y salió.

CAP. 3

Martes 26 De Marzo De 2019

— RESIDENCIA CORA —

...DOS SEMANAS DESPUÉS DE LA CRISIS DE ABBY.

La detective recibió una llamada de uno de los agentes de su equipo, Eric:

—Ha preguntado por ti.

—¿Qué?! Voy de inmediato.

La última dirección conocida de la detective era un hotel, el RL Baltimor Inner Harbor, en el 207 E Redwood St. En los últimos nueve años, había ya cambiado siete veces de residencia a causa de las amenazas de sus enemigos, que los tenía y muchos, por toda la ciudad. Había encarcelado a personas muy peligrosas y eso tenía consecuencias. Las dos últimas casas en las que vivió fueron incendiadas deliberadamente, y la última la prendieron mientras ella dormía dentro. Quizás la próxima vez no lo contara, se solía decir a sí misma. Por ese motivo recurre al hotel, pues si lo incendian, solo necesita buscarse otro. O al menos, esa es la broma que irónicamente le cuenta a su equipo cuando hablan de su solitaria y peligrosa vida privada.

El tráfico era intenso esa mañana, así que tardó veinte minutos más de lo esperado. Cora se desplazaba por la ciudad como normalmente lo hacía: en una Harley Davidson Fat Bob 114 blanca que guardaba en el parking del hotel. Incluso la tenía customizada con las sirenas de la policía discretamente instaladas en la parte delantera y trasera.

Finalmente, llegó al hospital.

—Buenos días, Abby. Me han dicho que estás mucho mejor que la última vez que nos vimos, y eso me alegra muchísimo. Quiero disculparme contigo. He sido la causa de la crisis que sufriste y me siento mal por ello. Yo...

—Quiero pedirte un favor, ¿puedo? —le cortó Abby.

Cora se sorprendió gratamente ante ese agradable ímpetu:

—Por supuesto, lo que quieras.

Abby no perdía ni un segundo:

—Sé que vas a cogerlo, Cora. Pero quiero que me prometas...

Un nudo en la garganta y unas urgentes lágrimas le impedían continuar. La detective se las secó con el algodón de la bandeja de la mesita y sin dejar de mirarle a los ojos, le pidió que continuase.

—Quiero que lo mates. —sentenció Abby.

La detective la miró sin pestañear y sin pronunciar una sola palabra.

Abby ante su silencio, continuó:

—Sabes perfectamente que ya no tiene derecho a vivir. Él no puede decidir quien vive y quien muere. Tú tampoco puedes, Cora, pero debes compensar de alguna manera las muertes y honrar sus almas. Alguien tiene que hacerlo. Jamás hubiese pensado hablar así, pero sé que no voy a salir de ésta y que Dios nos ha abandonado a mí y a las diecinueve chicas. Así que tú eres lo último que nos queda.

La mira de ambas se fundió en una sola. La detective se levantó de la silla y se dirigió hacia la ventana. Era un día frío pero soleado, con una ligera brisa que movía las hojas de los árboles con suavidad meciendo también sus ramas interiores más débiles. Allí, de espaldas a Abby, y con algunos rayos de sol colándose en la habitación, la mente de la detective había entrado en una especie de hipnosis sugestionada por las palabras de Abby. Toda su vida como policía se cuestionaba en ese momento y aunque no era la primera vez que un sentimiento parecido la invadía, esa mañana era especialmente intenso. La detective apretó sus mandíbulas y su cara fue toda una declaración de intenciones.

—Pero quiero que antes de matarlo, le recuerdes que se siente cuando alguien te tortura, te humilla, te somete, te lesiona y te arrebatara parte de tu ser, haciéndote sentir un excremento hasta que pierdes el sentido. Y quiero también que averigües por qué lo hace. Todo ello debes hacerlo tú, Cora. Si lo piensas bien, el de ahí arriba lo ha dejado en tus manos. Él tan solo mira como suceden las cosas aquí abajo, tras la cúpula celestial. Seguro que no te juzgará por ello. Tal vez sean éstas las normas irracionales que ha decidido que tenga el ser humano ¿no crees? —continuó Abby mostrando sus deseos.

La detective seguía sin decir nada en absoluto.

—Ya no tengo miedo, Cora. Te he entregado mis últimas voluntades, así que puedo irme en paz.

En ese momento la detective reaccionó girándose de inmediato y acercándose de nuevo junto a ella, permaneciendo esta vez de pie para decirle:

—Veo que no has dejado de pensar en ello. Pero no vas a irte a ninguna parte, Abby. Este caso vamos a resolverlo juntas.

—No has respondido a mi petición.

—En estas dos últimas semanas han muerto dos chicas más. Y por supuesto la primera de ellas ha sido Juliet.

Abby aparentaba no haberla oído.

—Todavía no oigo tu respuesta, Cora. —dijo llorando por las muertes.

La detective cerró sus ojos un instante. La idea que Abby le proponía la había llevado a un estado psicológico en donde tan solo existía el blanco y el negro, ni un solo gris. Estaba,

seguramente, en la cuerda floja de su ética profesional. En toda su carrera policial no había querido despojarse del uniforme y tomar sin él una decisión que nada tenía que ver con las normas que rigen esta sociedad. Los acuerdos, la reinserción, el arrepentimiento, el perdón, el fracaso, la esquizofrenia, la drogadicción, el odio, los celos, las deudas, la traición, la impotencia, el ridículo o la humillación, en realidad no son más que excusas baratas, pensaba, en donde se refugian las malvadas personas que cometen actos delictivos contra inocentes y buenas personas, la mayoría de las veces. Abby le pedía traicionar todas las reglas que había jurado cumplir en el código policial. Pero no todo lo escrito sirve para todos los casos, pensaba la detective. Y Abby, precisamente hoy, había provocado ese análisis. Sabía que ella tenía razón y que había que poner a ese sujeto ante otro tipo de juez. Uno a su altura. Uno que pudiera equilibrar de alguna manera el desequilibrio que había provocado. Alguien que pudiera tomar una decisión inequívoca y que no hiciera gastar al contribuyente ni un solo centavo más. Alguien que le pudiera administrar la dosis de justicia que le tocaba recibir. Una especie de cirujano ante el cáncer, es decir, cortar lo que haya que cortar. En otras palabras, alguien que se comportara por una vez como él.

La detective se demoró en su respuesta tanto como pudo. Finalmente, cogió muy despacio la mano izquierda de Abby y le dijo:

—Te lo prometo.

Abby excesivamente seria, preguntó:

—¿De veras puedo confiar en ti?

La detective volvió a dejar reposar su mano con suavidad encima de la cama y se quitó su collar. Al no poder colgárselo a ella de su cuello, lo puso en la esquina derecha de la cama, a una altura en donde ella podía contemplarlo perfectamente.

Abby lo estuvo mirando durante unos segundos e interrogó:

—¿Qué significa éste símbolo?

—Es un Trisquel Celta. Son tres brazos en espiral unidos en un punto central. El tres era un número sagrado en la simbología Celta. Representa el equilibrio entre el espíritu, la mente y el cuerpo.

—¿Y qué significa este collar para ti, Cora?

La sinceridad de Cora fue aplastante:

—Lo máximo en este mundo. Lo llevaba mi padre. Aunque para él un brazo simbolizaba a mi madre, el otro a mí y el otro a él mismo. Algún día te explicaré qué le ocurrió.

—Explícamelo ahora. —dijo muy impaciente.

—No, ahora debes descansar. Tengo deberes para ti mañana por la mañana. El collar es mi promesa hacia ti, Abby. A cambio, te pido que no me abandones.

Cora tenía la determinación de entregarse a este caso en cuerpo y alma y eso, de alguna manera, hacía sentir bien a Abby. Ambas, parecían estar dispuestas a darlo todo.

Mientras la detective volvía a dejar la silla bajo la ventana, Abby la sorprendió con una nueva pregunta:

—¿Lo has hecho antes?

Cora le contestó desde la ventana:

—Premeditadamente no, aunque he tenido tentaciones muy concretas en donde las víctimas eran niños.

—¿Te gustan los niños?

—Mucho. Las prisiones de este país están repletas de gentuza que al salir vuelven a cometer los mismos crímenes y aún más macabros si consiguen escapar del corredor de la muerte. Y hay abogados defensores que son tan culpables como el propio asesino. Así pues, hay que probar técnicas nuevas, para un mejor funcionamiento de esta sociedad. Lo he pensado muchas veces, Abby, pero nunca lo he puesto en práctica.

Abby no parecía muy convencida.

—¿Y por qué conmigo, Cora?

Cora hizo una mueca, pero no eludió su pregunta:

—Quizás este sea el caso adecuado para hacerlo. Supongo que estoy harta de injusticias, Abby. No quiero que ninguna otra chica deje de ir a la universidad. Y puede que ahora tenga el poder para hacer lo que me pides.

—¿Tienes miedo, Cora?

—Por supuesto que lo tengo. —le dijo muy seria.

—¿Y cómo lo superas?

La detective respiró profundamente antes de contestar.

—Tú haces que yo tenga la fuerza necesaria para superar el miedo y enfrentarme a él. Primero psicológicamente y luego físicamente. Es un entrenamiento que con el paso de los años se hace más eficaz. En este trabajo, Abby, las horas marcan los resultados entre los buenos y los malos. Y por ese motivo es clave gestionar de la mejor manera posible el tiempo de actuación que empleemos contra ellos.

Abby no añadió ni una sola palabra, pero asentía muy levemente con su cabeza.

Cora parecía, dentro de lo que cabe, estar satisfecha.

—Voy a marcharme, Abby. Descansa. Mañana necesito que trabajemos más a fondo. Me alegro que superaras la crisis.

Ella no le respondió. La detective fue hacia la puerta y en cuanto puso su mano en la manilla, Abby le dijo:

—Llevaba zapatos blancos.

Cora se giró y sonrió sutilmente.

—Lo vamos a coger, Abby. Quédate a mi lado para verlo.

—Lo intentaré. —le contestó con una sinceridad palpable.

La detective movía su cabeza en sentido afirmativo:

—Gracias por tu esfuerzo, Abby. Hasta mañana.

En cuanto la detective cerró la puerta, Abby montaba sus labios uno encima del otro en señal de preocupación tanto por ella misma como por Cora. Dos chicas más habían perdido su vida en esas dos últimas semanas y la policía seguía sin tener pistas sólidas con las que trabajar. El asesino seguía suelto y acechando a su antojo a las chicas universitarias de Baltimore, convirtiéndolas en víctimas de su macabro juego de dados.

La detective, ya fuera, se dirigió a los miembros de su equipo en el pasillo del hospital:

—¿Alguna novedad por aquí?

Eric contestó el primero:

—Lamentablemente no. Ya he revisado las grabaciones de esta noche y todo tranquilo.

Cora les puso al día.

—Pues yo no estoy nada tranquila y la alcaldesa tampoco. Me ha vuelto a llamar esta mañana para presionarme por las dos últimas muertes. Ya suman veintiuna en setenta y cuatro días, y quiere resultados inmediatos. Ella no queda bien ante los medios y nosotros tampoco. Supongo que si en breve no aportamos luz al caso nos lo van a retirar, y no estoy dispuesta a dejarlo. Esta noche os invito a cenar a todos. Quiero que escojáis a ocho agentes para que vigilen a Abby mientras permanecemos reunidos. Cuatro en la misma puerta y cuatro en el jardín debajo de la ventana. Tenemos que hacer fluir nuestras mentes en conjunto. No puede ser más listo que nosotros, me niego. Me voy a comisaría.

Eric asumía la orden y el resto asentía.

La detective pertenecía a la comisaría central de Baltimore, en el 500 E Baltimore Street. Se encerró en su despacho y volvió, de nuevo, a repasar el caso de arriba abajo, como ya lo había hecho en numerosas ocasiones. Fue, nuevamente, otro día tormentoso.

Los análisis forenses de las dos últimas víctimas aun no estaban concluidos del todo, aunque hasta el momento no había aparecido ninguna huella ni tampoco ADN externo. Además, con lo poco que había dejado de ellas, era complicado identificar quienes eran. Eso sí, el nombre en sus espaldas no tenía una segunda lectura.

—20:39h.—

La cena fue en el puerto, en el Irish Bar and Grill Tir Na Nóg, cerca del hotel en donde Cora se hospedaba desde hacía poco más de un año. Suele ir allí a tapear de vez en cuando con todo el equipo y a veces con un par de amigos que trabajan de columnistas en el diario The

Baltimore Sun. Penny Lander en la sección de Tendencias y Emma Clayton en la de Vida social.

Sue fue la primera en romper el hielo una vez se sentaron en la mesa:

—¿Qué tal has visto hoy a Abby?

—Dadas las circunstancias. bien. Tiene sus propias ideas.

—¿Sobre qué? —le volvía a preguntar Sue.

—Sobre el futuro.

Eric tenía curiosidad por entender esa idea:

—¿Qué futuro? ¿A qué te refieres?

—Digamos que ella ha cambiado con todo lo sucedido... Y yo también.

Jack entraba en la conversación:

—A todos nos afectan las desgracias, seas quien seas. Y todo lo que vemos cada día en este maldito trabajo es sumamente desagradable. Irremediablemente te cambia la perspectiva de la vida. Es un asco.

Sue viendo que Cora tenía la mirada perdida, le preguntó:

—¿Estás bien, Cora?

Los demás también la miraban con algo más de preocupación de lo habitual.

—Sí, por supuesto. Luego iremos a mi hotel a tomar una copa. Allí estaremos cómodos. Creo que hoy la necesito más que nunca. —respondió ella.

Eric levantó sus cejas mientras interrogaba.

—¿Es por la alcaldesa?

—No, ella es la que menos me preocupa. Tenemos a Trentin de nuestro lado y eso es más que una garantía. En cambio, quien está haciendo todo esto, sí me preocupa mucho. Cada vez que mata a una chica me pesa como una losa y el estómago se me retuerce. Los alimentos que como no me sientan bien y duermo fatal. Estamos perdiendo terreno y él en cambio lo gana. Hace lo que quiere a su antojo y no somos capaces de hacer ¡una mierda para impedirlo!

Jack era un cúmulo de dudas:

—A éstas alturas ni siquiera sabemos si trabaja solo. Quizás son más de uno. Tal vez forman parte de un equipo de psicópatas, ¿quién sabe?

A partir de ese momento, intentaron degustar la cena, en vez de hablar del caso, ya que los detalles del mismo eran excesivamente desagradables para comentarlos en la mesa.

—21:42h.—

Tras el café, Cora llamó a la camarera:

—La cuenta, por favor.

Una vez fuera, se dirigieron al hotel dando un paseo. Este se encontraba a unos quince minutos a pie. Durante el recorrido todo el mundo se mantuvo en silencio.

—22:09h.—

Una vez en el hotel, se sentaron en los dos sofás enfrentados del hall. Detrás había una gran cristalera que daba directamente a la calle. Una bonita vista con todo iluminado por los distintos carteles de neón colgando de algunas de las fachadas.

Con sus copas en la mano, Cora inició la reunión:

—Repasemos una vez más lo que tenemos hasta el momento. Eric, empieza tú.

Éste sintetizaba el caso mencionando los datos más relevantes hasta el momento:

—A día de hoy, tenemos veintiuna chicas muertas. Todas ellas huérfanas y universitarias de distintos centros de Baltimore. En la espalda de la víctima escribe con un chuchillo el nombre de la que será la siguiente. Las incisiones son bastante precisas y el cuchillo nada exótico, de cocina, seguramente. A todas les tiene reservada una muerte distinta, unas a golpes, otras a tiros, otras a cuchilladas, otras envenenadas, otras con sobredosis de heroína, otras cortadas a trozos con una hacha y con todos sus miembros bien ordenados en cajas de colores. Y a otras, simplemente, las lanza desde una ventana tras someterlas con escopolamina. Parece no tener un especial interés en ejecutarlas de la misma manera ni escogerlas por una raza en concreto. A todas, post mortem, las rocía con semen de toro en cara, pechos y vagina. Y a su vez, todas tiene un dado metido en la boca. Luego llama para informar de donde se encuentra el cadáver exactamente. Su voz, aunque se esconda detrás del distorsionador, es la de alguien calmado y culto, sin duda. Sus palabras están escogidas, sin improvisación, ni una más y ni una menos. Con respecto a Abby, desde que despertó del coma no ha habido ninguna novedad. Y todo apunta a que quizás ella sea la clave de todo. El personal médico que la atiende ha sido siempre el mismo desde que ingresó. No recibe visitas, no hay llamadas, ni amigos, ni vecinos, nada. Nuestras grabaciones de vídeo no registran tampoco nada sospechoso, lo mismo ocurre con las del hospital.

Eric lo dejó ahí, mientras todos mantenían una actitud bastante seria. Cora intentó encontrar algún indicio por el que seguir lanzando preguntas.

—¿Cuántas chicas huérfanas universitarias hay en toda la ciudad?

Sue tenía ese dato:

—Unas ocho mil quinientas, contrastadas.

Cora argumentaba:

—No tenemos efectivos para mantenerlas a todas protegidas, y él lo sabe bien. Además este demonio malnacido cuando escribe el nombre de la siguiente víctima, ya la tiene en su poder.

Jack lanzó una propuesta:

—Podríamos vigilar al azar algunas durante un tiempo. Puede que tengamos suerte.

Cora desechó esa idea al instante.

—No tenemos tiempo de jugar a la lotería. ¿Dónde vive Abby?

—En el cuatrocientos quince south Ellwood ave, en Canton. —respondió Sue.

Cora diseccionó la zona:

—Un buen sitio para raptarla. Delante tiene un gran parque desde donde la debió controlar sin llamar la atención. No hay cámaras y tiene cuatro vías de escape.

Sue aportó más datos:

—He preguntado a los vecinos y tan solo algunos la conocen de vista. Hace tres meses que se mudó allí. Lo único reseñable es que al día siguiente del ingreso de Abby en el hospital una vecina que vive en la misma calle estaba dando un paseo por el parque con su perro y vio entrar en la casa de Abby un supuesto técnico de antenas parabólicas. Aunque la mujer estaba algo alejada, dice que sobre las doce del mediodía aparcó delante de la casa una furgoneta blanca que ponía en letras grandes técnico de antenas o algo parecido. De ella se bajó un hombre de mediana estatura, con un mono de trabajo gris, gorra blanca, gafas de sol también blancas, una caja de herramientas y entró. No le dio más importancia y continuó su paseo. Cuando pasó por delante de regreso a casa, allí ya no había nadie. Como la descripción de la furgoneta es muy ambigua le hemos enseñado fotos y por lo que recuerda podría ser de la marca Chevrolet.

Cora lo tenía claro:

—Sin duda era él. Le gusta el blanco.

Julien se quedó sorprendido con su respuesta.

—¿Cómo sabes eso?

—Abby me ha dicho hoy en el hospital que lleva ba zapatos blancos.

Johnson lanzó una pregunta que podría ser clave:

—Pero, la cuestión es...¿a qué fue a su casa?

Brent, que estuvo con Sue preguntando por el barrio, añadió:

—Se arriesgó mucho al hacer eso, y solo puede significar que lo hizo por algo importante. Hay que volver a registrar la casa.

Rudy, callado hasta el momento, dio por fin su punto de vista:

—Yo no lo tengo claro, son muchas muertes. Está en demasiados sitios distintos y muy alejados entre sí y todo en un corto espacio de tiempo. No me creo que trabaje solo. Tiene que recibir ayuda de alguna manera.

—Jack, ¿qué dice la universidad de Abby? —le preguntó Cora.

Éste había estado allí hacía un par de días.

—Es la primera víctima de esa Universidad. Allí están consternados, no sabían nada de ella desde hace semanas. Aunque no aportan mucho. No recuerdan haberla visto hablar con nadie sospechoso, ni tener problemas con alumnos del centro, y todos la describen como una chica simpática, lista y sensata. Estuvo viviendo un tiempo en la residencia de la universidad con cuatro alumnas de diferentes cursos. Luego se mudó a Canton. Hemos hablado con ellas y no acaban de creerlo. Pensaron que estaba enferma o que había hecho algún viaje. Abby desaparecía de vez en cuando y a veces no devolvía las llamadas. Según me cuentan, tampoco hablaba mucho de su vida privada. No creen que tuviera novio y sí sabían que era huérfana. Ella misma se lo contó. Salía en contadas ocasiones y normalmente con ellas y otros dos chicos, Sam y Peter. Hemos hablado con ellos. Tengo sus teléfonos y direcciones. En principio están limpios.

Cora subrayaba datos.

—Todas las víctimas son de primer curso ¿verdad?

Jack contestaba:

—Sí, todas.

Cora, mirando su copa, lanzó una pequeña hipótesis:

—Huérfanas y estudiantes de primer curso en las universidades de Baltimore. Es posible que tenga acceso a los expedientes académicos a través de la propia red de la universidad con algún programa de intrusión. O bien que alguien desde dentro le facilite esa información.

Brent interrumpía:

—Seguramente, aunque puede haberla obtenido por otros registros también, no lo descartemos. Ninguna de las universidades ha denunciado ningún acceso no autorizado por el momento.

Rudy, que también dio vueltas por el campus durante días, aportó:

—Hemos hablado con cualquier persona que pudiera tener relación con Abby dentro de la universidad y no tengo a nadie destacable. No es una chica popular, así que pasaba bastante desapercibida por el campus.

—Eric, ¿alguna novedad con respecto al semen? —le preguntaba Cora.

—No, y además es otro dolor de cabeza. Hemos hablado con los principales ganaderos bovinos de la zona, y aquí en Baltimore hay uno especializado en toros de raza Brangus para el apareamiento de vacas. Este vende una parte del semen de sus toros a un laboratorio de inseminación artificial en Pittsburgh. Hemos ido a Pittsburgh con una muestra y tras analizarla nos han confirmado lo que ya sabíamos, que es de toro común. Al no ser de ninguna raza pura es indetectable para definir a qué ganadería pertenece. El asesino nos quiere indicar que es el macho alfa, pero manteniendo las distancias. Hay otras dos empresas que se dedican a lo mismo. Una está en Washington DC y la otra en Philadelphia, y ambas han dicho lo mismo. Además, según nos

cuentan, no es tan fácil de conseguir, necesitas una licencia ¿Quieres que empiece por ahí?

Cora lo tenía claro:

—No, descartado por ahora. Al ser de toro común seguro que alguien se lo facilita ilegalmente. Por ahí no avanzaremos nada y necesitamos emplear bien el tiempo ¿Hay algo en los escenarios de los crímenes que os llame especialmente la atención? Ya sé que lo hemos hablado cientos de veces, pero tiene que haber algo que se nos escapa, porque no entiendo qué ocurre aquí. Éste tío deja pistas porque se cree más inteligente que nosotros. Nos las pone delante como señuelos para que sepamos que ni así le atraparemos. Siempre va por delante de nosotros, ¡y estoy hasta los ovarios!

Rudy, que había analizado los escenarios una y otra vez, expuso:

—Todo parece descuidado y sin sentido, pero no es así. Estoy convencido que toma fotografías del lugar una vez cometido el crimen. Si tan solo miras una foto o dos, no te das cuenta, pero si las pones todas encima de la mesa una al lado de la otra, empezando por la primera víctima, ves la correlación. Es como una continuación de la escena principal, pues la una te lleva a la otra. La posición de las chicas gira en el mismo sentido de las agujas del reloj. El bolígrafo es un Bic común y la numeración inscrita en la parte derecha superior de la hoja en blanco también gira con la víctima. La plasma en el papel dígito a dígito con tampones de madera. Por eso no están perfectamente alineados, lo hace a mano. Eso requiere unos minutos y paciencia para no dejar una sola huella. No es nada sofisticado, así que no deja rastro. Tinta y troquel, todo muy común. Se encuentra en cualquier sitio. Esos números no corresponden a ninguna cuenta bancaria, no es la numeración de la tarjeta médica de las víctimas, no es numeración de cheque, en internet no significa nada, no son coordenadas. También se nos ocurrió mirar los códigos de barra de los libros, pero no coinciden en nada. Estamos en blanco. No sabemos qué quiere indicar con ello, pero está claro que debe ser algo importante en todo su juego, ya que lo sitúa como un elemento básico dentro de la escena.

Brent dio su particular visión:

—Es sin duda el caso más difícil al que nos hemos enfrentado. El tipo parece un genio del crimen.

Cora saltó enfurecida:

—¡No vuelvas a llamarle genio! ¡¿Entendido?!

Brent no se esperaba esa reacción.

—Perdona, yo me refería...

Cora no le dejó acabar:

—Lo sé. Es un hijo de puta de lo más astuto. Pero somos ocho mentes en este equipo contra una, y no lo soporto. Así que estrujémonos el cerebro una vez más, ¿entendido?

Sue miró a Cora y le dijo:

—¿Cuándo empezamos con el plan?

Cora justamente había hablado esa mañana con los doctores.

—El lunes el jefe médico me confirmará el traslado, y el transporte. Quiero que pinchéis los teléfonos a todo el personal que tiene acceso a Abby, y quiero que lo hagáis ya.

Julien le preguntó:

—¿Quieres que informemos a la Universidad del traslado?

—Sí.

—¿Prensa? —indagó Jack.

—Todavía no. No quiero que le suba el ego. —le respondía.

Después se giró hacia Eric.

—Eric, el testigo de la última víctima, ¿qué te ha contado?

Eric movió la cabeza de un lado al otro.

—Inviabile. Es un anciano medio sordo, apenas puede moverse y dice que oyó golpes y un grito. Le di mi tarjeta pero solo me llama para que le haga compañía. Una pérdida de tiempo.

Cora empezaba a perder los nervios, pero antes se terminó la copa:

—Tenemos un montón de información y se nos escurre entre los dedos, ¡maldita sea!

CAP. 4

RL Baltimor Inner Harbor, Hotel

—22:31h.—

De repente, un fuerte ruido se produjo detrás de ellos. Una persona había impactado contra el cristal del hotel después de haberse lanzado fuertemente contra el mismo, quedando adherida frontalmente con la ayuda de cuatro ventosas, una en cada mano y una en cada pie. El individuo permanecía fijado al cristal con todo su cuerpo extendido y a su vez, suspendido a unos cuantos centímetros del suelo. Tenía la cara pintada como un mimo, con lágrima negra incluida. Llevaba una jersey blanco en donde podía leerse claramente en color rojo: “¡Hola!”, y justo debajo de la palabra, estaba la imagen sobredimensionada del dado que encontraron en la boca de Abby.

El sobresalto fue tremendo. Cora fue la primera en verlo. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo mientras los demás, atónitos, sacaron sus armas. Sue, que estaba sentada al lado de Cora, gritó:

—¡¡Dios santo!! ¡¡¿Quién coño es ese tío?!!

Cora se levantó como un rayo y corrió hacia la calle. Sacó su arma y encañonó a la persona por la espalda a poca distancia. Los demás llegaron inmediatamente detrás de ella y la cubrieron apuntando en todas direcciones. La tensión se reflejaba en sus miradas y el miedo casi podía tocarse. El pánico se contagió también a los clientes que se encontraban en el hall en ese momento, así como a los trabajadores del propio hotel, que rápidamente se refugiaron detrás de la barra. Mientras Cora le apuntaba con su revólver, Eric lo arrancó del cristal cogiéndole violentamente por el cuello y tirándolo al suelo. Cora se acercó al mimo gritando:

—¿¿Quién cojones eres?! ¡Estás detenido, hijo de puta!

El supuesto mimo, respondió:

—¿¿Qué?! ¿Esto no era una fiesta privada? Un tipo me contrató para esto, yo...

Cora estaba muy alterada.

—¡Cállate, capullo! ¡¿Por quién me tomas?! ¡Llevalo a comisaría!

El supuesto mimo comprendió en ese momento que lo habían utilizado:

—¡Escuchadme! ¡Es un error!

Eric también le gritó:

—¡Quedas detenido! —y le leyó sus derechos.

Éste no paraba de moverse boca abajo mientras le ponían las esposas.

—¡Yo no he hecho nada! Solo pretendía...

—¡¡Cállate!! —le repetía Eric.

Mientras el detenido todavía permanecía en el suelo con la rodilla de Eric a su espalda, empezaron a ver luces parpadeantes a unos metros por encima de sus cabezas dirigidas claramente hacia ellos. Jack fue el primero en percatarse:

—¡¿De dónde vienen esas luces?!

Eric lo tenía claro:

—¡Son flashes! ¡Alguien nos está fotogra-fiando!

Brent no paraba de mirar de un extremo a otro de la calle intentando encontrar una respuesta lógica:

—¡¿Desde dónde?!

Rudy por fin dio con la fuente:

—¡Mirad allí arriba! ¡Las luces provienen de ese dron!

Cora fue tajante en su orden:

—¡¡¡Derribadlo!!!

Todos comenzaron a dispararle. Las detonaciones eran ensordecedoras a tan poca distancia de los edificios y la gente que había en las inmediaciones empezó a chillar y a correr en todas direcciones.

Cora se movió como un verdadero *sparring* dentro de un ring de boxeo e inmediatamente puso su espalda contra la pared del hotel, se cambió el arma de mano, sacó su móvil y llamó a comisaría.

—¡Soy Cora Felton! ¡Necesitamos cobertura inmediatamente entre Redwood y Calvert! ¡Es urgente! Repito: ¡¡Es urgente!!!

Enseguida se dieron cuenta que era casi imposible alcanzarlo, ya que no dejaba de revolotear por encima de ellos a una velocidad endiablada lanzándoles al mismo tiempo unos destellos cegadores de luz blanca a muy corta distancia, impidiendo precisar el disparo. Además, era muy peligroso tirotear hacia arriba en plena calle. Los edificios eran colindantes y una bala podría entrar por cualquier ventana y herir o matar a alguien. Era una situación muy complicada para el equipo y podría haber desgracias innecesaria, así que desistieron en su empeño. Cuando quisieron darse cuenta, el dron dejó de emitir luz y se elevó verticalmente hacia lo alto del hotel perdiéndose en la oscuridad de la noche.

—¡Mierda, no veo nada! —gritó Sue.

Jack estaba furioso.

—¿Qué coño está pasando aquí?!

Eric sentía impotencia.

—¡Joder!!

En pocos segundos la calle estaba llena de coches de policía que cercaban la intersección entre Redwood y Calvert tomando todas las posiciones posibles, pero ya no había rastro del dron ni de su dueño. Cora estalló, y sin previo aviso, vació el cargador de su revólver contra la pared de enfrente.

—¡Ahhhhhhhh! ¡Hijo de puutaaa! — chilló.

Un cámara y un reportero de la WJZ-TV ya estaban en el lugar y pudieron, por los pelos, grabar la escena de Cora. Absolutamente nadie daba crédito a lo que acababa de hacer la detective en plena calle. Ante todos los presentes, daba la sensación de que la detective había perdido la cabeza. Ella sentía impotencia y estaba rabiosa. Una presión interna la iba asfixiando poco a poco. Ese asesino llevaba demasiado tiempo jugando con todos ellos y el desgaste tanto físico como mental empezaba a pasarles factura.

Brent le dijo al grupo:

—¿Cómo puede ser que la televisión ya esté aquí?

Jack respondió a la obviedad:

—Demasiado rápido, alguien les ha tenido que llamar, pero, ¿quién?

Cora miró hacia lo alto del hotel antes de responder:

—No es difícil de imaginar, el del puto dron.

De repente, Eric recibió una llamada en su móvil.

—¡Cora! ¡Es para ti! ¡Es él!

Era lo último que Cora esperaba en ese momento. La detective abrió los ojos como platos, le arrebató bruscamente el móvil de la mano y gritó para todos los presentes:

—¡¡¡Todo el mundo a cubierto!!!

Inmediatamente, todos corrieron hacia el interior del hotel ante el desconcierto del momento. Los agentes de policía volvían a tomar posiciones detrás de los coches patrulla apuntando hacia lo alto de los edificios a ciegas. Al del disfraz lo dejaron esposado y tirado en la propia acera sin prestarle atención. Éste, muerto de miedo, rodaba sobre sí mismo y se pegaba a la pared del hotel intentando protegerse. Jack y Eric corrieron en su dirección, lo recogieron del suelo y lo lanzaron dentro del *hall* del hotel sin contemplaciones. Sue hizo entrar el mayor número de transeúntes para evitar que se convirtieran en blancos humanos. Y Cora creyó realmente que empezaría a disparar contra todos ellos indiscriminadamente. Era evidente que no estaban preparados para un intercambio de disparos. La detective entró también en el hotel y se refugió detrás de una de las columnas del *hall*. El cámara de televisión lo estaba grabando todo desde la esquina de enfrente al hotel, junto al reportero. También quisieron traspasar la puerta del *hall*,

pero Rudy les interceptó y les obligó a apagar la cámara ante sus quejas. Cora desde su posición y con los dientes apretados empezó a hablar al teléfono:

—¡Eres un hijo de puta!

Seguidamente se hizo un silencio en la línea de algo más de cinco segundos, y de pronto, y oculto tras el distorsionador de voz, alguien contestó:

—Jajajaja...ha sido divertido, ¿no te parece?

Cora intentó no gritar:

—¡Voy a cogerte, pedazo de cabrón! ¡Seas quien seas!

El del otro lado de la línea no parecía tener prisa alguna.

—Detective Cora Felton Kailani. No te asustes, todavía no voy a matarte. Tengo planes ¿sabes? Y tú, ya estás en ellos. Pero calma, calma pequeña, todo a su debido tiempo. Tú, Cora, serás mi última modelo antes de abandonar el país. Acabo de ver que eres muy impulsiva, y eso me gusta. Más adelante le daremos cabida a esa reacción ¿de acuerdo?

Cora hablaba apretando sus mandíbulas.

—Vamos a dar contigo, cabronazo. No te saldrás con la tuya.

El tono de este denotaba una sobrada confianza en sus capacidades.

—Pues por ahora parece que sí. Me resulta demasiado fácil, por eso he decidido incluiros en el juego.

—Así que eres otro iluminado de los juegos, ¿verdad? Algo que no pudiste hacer de pequeño, ¿eh?

Este tomó una posición defensiva ante la provocación de la detective:

—Veo que además de impulsiva eres graciosa. Eso te da un punto extra. Pero sobre todo, no me cabrees. Cuando eso ocurre, suelo ser más malo que de costumbre.

Cora no cedía.

—Yo también tenía pensado darte un punto extra, pero en la nuca.

Este ignoró el comentario y le mandó su mensaje:

—Atiende, pequeña. Al añadirlos al juego he tenido que crear una serie de reglas nuevas. Espero que no me decepcionéis con vuestra ineficacia, como habéis demostrado hasta el momento. Así que abrid bien los ojos, que esto empieza ya.

Cora frunció el ceño.

—¿Qué reglas, maldito asesino?

Él respondió inmediatamente:

—Ya las irás descubriendo. Verás, el mundo no es como tú lo ves, ni como yo lo veo. El mundo es una incógnita para todos, así que te recomiendo que te centres en lo nuestro, en lo real, y seas más respetuosa con mi trabajo.

Cora saltó enloquecida:

—¿Así que le llamas al trabajo, matar?! Estoy preparada para cogerte, ¿sabes?

—Me agrada saber que estás en forma, porque te voy a hacer correr. —dijo irónicamente.

La bravura de Cora se hacía patente.

—¿Crees que puedes asustarme con cuatro palabras?

—Si esas palabras van acompañadas de hechos, ¡sí!

La cara de la detective era tan descriptiva que sus compañeros al verla mostraron preocupación y rabia al mismo tiempo. Estaban impacientes por saber qué demonios le estaba diciendo.

Al otro lado de la línea, y como si pudiera verles dentro del hotel, comentó:

—Tranquila, relaja a los muchachos. Ninguno de los que estáis ahí va a morir, al menos esta noche, claro. Pero ve pensando como vas a salir de esta, porque yo sí se cómo vas a entrar. Estás empeñada en cogermé, y las muertes se suceden mientras tú subes, bajas, entras, sales y te despiertas en medio de la niebla. Me ves a lo lejos, pero no me reconoces...Tendré que hacer algo más que dejarte pistas para no perder el contacto, pequeña.

Cora intentó lo imposible: sonsacarle alguna información.

—¿Aparte de ser un enfermo psiquiátrico eres actor de teatro?

Sin embargo, éste permaneció imperturbable ante sus preguntas.

—¿Tan solo quieres saber eso?

Cora intentó presionarle.

—No. Quiero saberlo todo de ti.

Esa persona le mostró en palabras su lado oscuro:

—¿Quieres saberlo todo de mí en nuestra primera cita? Eres muy efusiva, y eso, también me gusta. Son con las que más disfruto destripándolas.

Cora decidió ser muy sincera:

—¿Sabes lo que me gustaría a mí? Arrancarte las entrañas y echárselas a las hienas. El único animal capaz de comerse esa basura.

Él movió ficha rápidamente:

—Verás, pequeña, ¿crees que es fortuito nuestro encuentro?

—Esto no es un encuentro, que más quisiera yo.

—Porque no sabes a qué distancia estoy de ti.

En ese momento se giró muy violentamente hacia atrás e hizo una pasada rápida en todas direcciones. En una de esas pasadas vio a una persona bajar las escaleras apresuradamente y supuso que era él. Entonces, le gritó a su equipo:

—¡Está en las escaleras! ¡Rodead el hotel! ¡Rápido!

Corrió hacia las escaleras al mismo tiempo que desenfundaba el arma. Se había guardado el teléfono en el bolsillo trasero de sus vaqueros, pero la llamada seguía activa.

Bajó las escaleras de cuatro en cuatro empuñando su revólver en la mano derecha. Aquello daba a la sala de las lavadoras. Cora entró como un diablo.

—¡Quieto, hijo de puta! ¡Al suelo ya!

Aquella persona vestía como un empleado del hotel. De repente se giró hacia Cora y con las manos en alto, dijo:

—No dispare, soy Thomas, trabajo aquí, ¿se ha vuelto loca?

Cora creía realmente que era él:

—¡Al suelo he dicho, coño o te vuelo los sesos!

El tal Thomas se lanzó delante de ella sin ninguna otra opción.

—¡Soy Thomas! ¡Ya se lo he dicho! ¡Está cometiendo un grave...!

—¡Cállate! ¡Cállate! —le gritaba ella.

En ese momento, entraron a toda velocidad Eric, Jack y Sue. Al ver la situación, todos apuntaron hacia el empleado y Jack se abalanzó sobre él poniéndole las esposas.

—¡Quiero un abogado! ¡Soy Thomas Howson Yates! ¡Soy empleado del hotel! ¡He empezado a trabajar hoy! ¡Pregunten en recepción! ¡¡Suéltlenme!!

Jack se acercó a su cara para decirle:

—¡Quedas detenido, cabronazo! ¡Ya te tenemos, hijo de satanás! ¡Levanta! ¡Vamos!

Cora respiró fuerte después de la escena. Sue le preguntó si estaba bien. Ella habló muy deprisa por el momento de agitación:

—¡Quiero interrogarles a los dos inmediatamente! ¡Necesito respuestas!

Ya en la calle y una vez que ambos sospechosos estuvieron dentro de los coches patrulla, sonó el móvil de Sue.

—¡Cora! ¡Es él!

El rostro de Cora era de absoluto desconcierto. Aun así lo cogió rápidamente y se lo puso

al oído:

—¿Cómo te sientes, Cora? Porque yo me estoy divirtiendo como nunca. Jajajajaja...

Cora no podía ni hablar, no le salían las palabras. En cambio se movía por la acera del hotel mirando hacia arriba de los edificios, buscándolo.

—Me gusta ése jersey de cuello alto que llevas, te favorece. Póntelo en nuestra siguiente cita, que será muy pronto.

Cora no dejaba de mirar hacia los edificios porque presentía que estaba allí mismo, en alguna parte de la calle. Éste parecía estar disfrutando con lo que veía:

—Busca, busca, perrita. Aquí estoy, cerca. Tan cerca que puedo sentir tu perfume, tu aliento... ¡Tu sudor!!! Ja,ja,ja,ja.

A Cora se le paró por unos segundos el mundo a su alrededor.

—Tengo que dejarte, he quedado para cenar con una universitaria.

Cora rugió de ira.

—¡¡¡No!!!

Éste se despidió y en el tono de voz se notó una ligera sonrisa.

—Un beso para ti, y otro para Abby.

Al escuchar el nombre de Abby, Cora se quedó helada.

—Que duermas bien, pequeña. Ah, y no olvides mirar hacia atrás, nunca sabes quien puede estar siguiéndote.

Y colgó.

Cora tenía la mirada perdida y por unos segundos parecía ausente. Todo el mundo la miraba y de repente, el grito de Jack la hizo reaccionar:

—¿Cora, qué ocurre?!

—¡¡Jack!!! Que registren piso por piso toda la manzana. Pide una autorización prioritaria al juez de guardia esta misma noche. Quiero todo este barrio repleto de policías reportándome cualquier anomalía por pequeña que sea. ¡Está cerca y vamos a cogerle!

Jack se acercó a Cora rápidamente:

—¿Realmente crees que era él?

Cora no tenía dudas:

—¡Claro que lo creo! ¡Hazlo ya!

Sue tenía sus propias preguntas:

—¿Cómo habrá conseguido nuestros números de teléfono?! ¡¿Y qué demonios te ha dicho?!

—Se ha presentado esta noche ante nosotros para decirnos él mismo que quiere bo-rrarnos del mapa. Pero antes quiere hacernos bailar. Se está divirtiendo y dice que tiene planes para nosotros en su puto juego.

—¡Menudo hijo de puta! ¿Qué hacemos ahora? —saltó Eric.

Cora trazó un plan de choque:

—Rudy, envía inmediatamente ocho patrullas al hospital, ¡y que lo sellen!

Rudy se metió en el coche patrulla más cercano para dar la orden por radio.

Cora siguió dando instrucciones:

—¡Jack! Llama al equipo de delitos informáticos de Washington. Necesitamos a los mejores y los quiero aquí lo antes posible. Este tipo se mueve por la red, no me cabe la menor duda, y nos lleva mucha ventaja ¡En marcha!

Después, Cora llamó al retén del hospital para preguntar cómo estaba Abby. El agente al mando, le respondió:

—Todo en orden. La enfermera acaba de inyectarle la medicación.

Cora se alteró:

—¿La conoces?!

Éste respondió con seguridad:

—Sí, es Adália.

Cora le puso al corriente:

—¡Escúchame bien! He mandado ocho patrullas hacia el hospital. Puede que el asesino vaya hacia allí o que ya esté en el lugar. Nos ha llamado. Quiero que dos agentes se pongan en la puerta y que no dejen entrar a nadie ¡A nadie! ¿Entendido?

—Entendido —respondió el agente.

Pero Cora siguió dándole órdenes:

—Los otros dos que cubran el pasillo. Los agentes del jardín que sigan allí. Esta orden se tiene que mantener hasta que lleguen los agentes especiales Rudy, Johnson, Brent y Julien. ¡¿Queda claro?!

—Sí, señora —respondió el agente.

—Y mantened los ojos bien abiertos. ¡Hacedlo ya!

CAP. 5

HABITACIÓN 733

Miércoles 27 de marzo de 2019

—00:17h.—

El grupo se dividió rápidamente en dos. Por un lado, Cora, Sue, Eric y Jack se llevaron a los detenidos a la comisaría para ser interrogados lo antes posible, y por el otro, Rudy, Johnson, Brent y Julien llegaban casi al mismo tiempo que las ocho patrullas al hospital.

Una vez en la planta y viendo que todo seguía en absoluta calma, relevaron a los agentes que custodiaban a Abby e iniciaron el protocolo marcado por su superior tomando posiciones de inmediato.

Julien cruzaba la puerta de la habitación y Abby estaba despierta todavía. Al verlo entrar tan rápidamente y cerrar la puerta con llave, preguntó un tanto temerosa:

—¿Qué ocurre?

Él le sonrió y le habló muy calmado:

—Nada, no te preocupes. Es simplemente por precau...

De repente, el cristal de la ventana explotó. Había entrado una especie de proyectil en la habitación. Era una bomba de gas lacrimógeno. Enseguida se empezó a llenar la habitación de humo tóxico. A Julien le cogió por sorpresa y a Abby le entró un ataque de ansiedad. Julien corrió hacia la ventana pasando por encima de los cristales. Su idea era acabar de romper todo el cristal de la ventana para que entrara aire limpio y poder a su vez disparar al que había lanzado aquello, para finalmente abrir la puerta y sacar a Abby de la habitación. Pero mientras rompía el resto de cristales con su porra extensible, otro proyectil impactó a Julien en la cabeza, dejándolo inconsciente. La habitación se encontraba en la segunda planta del edificio, así que no fue difícil para el tirador acertar en el rostro de Julien a tan corta distancia. El disparo se produjo desde el jardín y concretamente, detrás del árbol más cercano, situado casi enfrente de la ventana. En ese momento y por el cambio de guardia, no había ningún agente en ese punto concreto.

Abby estaba a punto de desmayarse por la insuficiencia respiratoria, cuando Johnson, percatándose de todo, intentó abrir la puerta que Julien previamente había cerrado con llave. Éste no tuvo más remedio que disparar contra la cerradura y acabar de abrirla a patadas.

En ese momento, entró un tercer proyectil en la habitación. La visibilidad era ya prácticamente nula y el ambiente irrespirable. Abby se había desmayado y la vida de Julien peligraba. El equipo médico de guardia, al oír los disparos que Johnson había efectuado, acudieron de inmediato y los sacaron a ambos. Las sirenas de los ocho coches de patrulla se oían a lo lejos. El destello parpadeante de sus luces atravesó el gas tóxico creando un bonito efecto visual, y sirvió de señal para que el personal supiera que habían llegado.

El equipo sanitario tuvo que desalojar a todos los enfermos de esa planta, a causa de que el gas se estaba filtrando por todo el pasillo. La corriente generada al abrir la puerta de la habitación distribuyó el gas hacia dentro del recinto hospitalario proyectándolo en todas direcciones. Los más críticos para el traslado fueron los encamados de la propia Unidad de Cuidados Intensivos.

Aquella situación había descontrolado a medio hospital ante la impotencia de los presentes, que no podían hacer otra cosa que improvisar. Y con el miedo en el cuerpo todavía, el equipo médico intentó salvarle la vida a los que habían sido esa noche los objetivos. Ni Abby ni Julien habían recuperado aun la consciencia.

Y al tiempo que esto ocurría, Cora era la primera en llegar a la comisaría en su Harley. Detrás de ella llegaba el coche patrulla en donde Eric y Sue llevaban custodiado al supuesto mimo y, en el siguiente, Jack traía a Thomas. Ambos entraron esposados y fueron conducidos a las salas de interrogatorio siete y ocho respectivamente, de las trece que disponía esa comisaría. Cora les iba a realizar inmediatamente el correspondiente interrogatorio con los nervios a flor de piel. El primero en interrogar sería al hombre ventosa.

Ya dentro de la sala número 7, Cora comenzó:

—Estoy muy cabreada, así que por tu bien espero que todas las palabras que salgan de tu boca sean la pura verdad. Porque te aseguro que si intentas joderme o yo sospecho que tienes algo que ver con el caso que nos ocupa, vas a preferir estar con los presos comunes en una cárcel del Salvador, ¿está claro?!

—Por supuesto. Le voy a contar todo lo que sé. A mí me contrataron a través del...

En ese preciso momento, abrió bruscamente la puerta Sue, interrumpiendo el interrogatorio.

—¡Cora! ¡Han atacado el hospital! ¡Abby y Julien están inconscientes!

El rostro de Cora fue de pánico. Inmediatamente se dirigió hacia su moto y con ella salió a todo gas en dirección al hospital, dejando a los sospechosos en las salas de interrogatorio. Sue, Jack y Eric la siguieron en un coche patrulla con sirenas y luces, saltándose todos los semáforos.

El caos generado en el hospital a esa hora era ya notable. Todos los pacientes habían sido trasladado sin excepción al tercer piso. Los de mantenimiento habían sellado la planta y con máscaras anti-gas trataban de purificar el aire lo más rápido posible mediante potentes ventiladores intentando expulsar el gas hacia el exterior.

Antes de subir a la tercera planta, Cora ordenó al sargento al mando de las ocho patrullas, que no cesaran de peinar todo el perímetro del hospital y sus alrededores en busca del tirador o tiradores.

Ya una vez en la tercera planta, Cora habló con Brent y Rudy, ya que Johnson estaba, aunque perfectamente consciente, inhalando un desintoxicador a través de una mascarilla.

—¿Qué cojones ha pasado aquí?!

Brent se lo contó.

—Julien se encerró en la habitación con Abby, y lo demás, ya ves... ¡Un auténtico hijo de puta!

Cora estaba muy furiosa y alterada.

—¿Fuisteis tras el tirador?!

Brent, algo dubitativo, respondió:

—Tal y como estaba la situación, la prioridad estaba aquí arriba, yo...

Cora reaccionó mal a la respuesta.

—¡No! ¡La prioridad es ese puto cabronazo! ¡Joder!

Brent se puso cabizbajo.

—Lo siento, yo pensé...

Cora estalló de nuevo.

—¡Nos jode a su antojo!

Inmediatamente, se dirigió a Rudy:

—Ponme las imágenes de la cámara exterior de la habitación.

—Enseguida. —le contestaba.

Una vez delante del monitor, Cora lo vio.

—¡Mirad! ¡Ahí está!

Jack describió las imágenes.

—Tan solo se le ven las piernas. Fijaos en el destello al disparar, se le iluminan las botas, y yo diría que son militares.

—¿Creéis que sabía que tan solo se le verían las piernas? —preguntó Sue.

—Por supuesto que sí. Apuesto a que antes pinchó esta cámara para saber qué opciones tenía para realizar esta acción. En cuanto vengan los de delitos informáticos seguro que podrán confirmarlo. Necesitamos movernos en su mismo terreno y todo indica que lo hace a través de internet. Seguimos estando a merced de los acontecimientos desde que empezó este maldito caso.

Nos zarandea a su antojo y disfruta haciéndolo. Nos utiliza como piezas de su ¡puto juego!
Tenemos que encontrar la manera de averiguar cuáles son sus fuentes de información.

En ese momento, el jefe médico de guardia de esa noche, se aproximó a Cora.

—El agente Julien está estable, aunque sigue inconsciente por el severo impacto en la cabeza. A su vez lo estamos desintoxicando por varias vías. Al agente Johnson le daremos el alta en una hora. Abby está reaccionando bien a la medicación aunque presenta una leve insuficiencia respiratoria todavía y algunas quemaduras de segundo grado en la piel. La mantendremos con respiración asistida durante toda la noche. Hasta mañana no tendremos un diagnóstico claro de ambos.

Cora le contó el plan:

—Vamos a custodiar el recinto hospitalario el resto de la noche. Mañana cambiaremos o no el protocolo, dependiendo de las informaciones que obtengamos durante el transcurso de las horas.

El doctor le dio otro dato:

—Hay algo más detective. En mi opinión, deberían analizar los botes que han lanzado esta noche. No parece un gas normal. Hace unos meses tuvimos casos de intoxicación de gases lacrimógenos producidos en manifestaciones con disturbios de estudiantes y el de esta noche es mucho más virulento. Tiene un comportamiento muy severo tanto en la piel como en los ojos. Ambos presentan ampollas y conjuntivitis aguda. El agente Johnson y algunos de nuestro equipo han estado expuestos mínimamente y aun así les hemos tenido que tratar rápidamente.

Los ojos de Cora eran muy descriptivos cuando dijo:

—Descuide, lo haremos. Gracias, doctor.

Él se despidió muy profesionalmente:

—Les mantendremos informados en todo momento.

Una vez el doctor se alejó unos metros, Cora dio nuevas órdenes:

—Jack, en cuanto los de mantenimiento te dejen pasar, coge los botes y a dormir. Sue, quédate con Johnson hasta que le den el alta y llévalo a casa. Brent, tú y Rudy id a hablar con las patrullas y daros una vuelta por el jardín a ver si alguien ha visto algo y luego a dormir. Rudy, dame las grabaciones de esta noche, me las llevo. Mañana pediré una orden para incautar todas las grabaciones del hospital también.

Eric le dijo:

—¿Qué hacemos con los detenidos?

Cora no quería un cabo suelto.

—Léales sus derechos y arréstalos por sospechosos. Mañana hablaré con ellos. A ver si con el frío de la celda me dicen todo lo que necesito saber. Me voy al hotel. No apaguéis el móvil, y tened los ojos bien abiertos. Nos vemos a las nueve en comisaría.

Antes de abandonar el hospital y subir a su motocicleta, Cora ordenó tajantemente al sargento que esa noche iba a quedar al mando de las patrullas, cómo se debía custodiar todo el recinto sanitario y sobre todo, cómo se debía vigilar a Abby y a Julien. Nunca, y bajo ningún concepto, debían permanecer solos ni un solo instante. Las medidas de seguridad debían ser ahora más extremas que nunca. El perfil del asesino era ingenioso, con agallas, inteligente y sobre todo, muy, pero que muy peligroso. Su única finalidad era matar. Ahora mismo tenía a Cora y a su equipo en la cuerda floja y a merced de su voluntad. Una voluntad que por teléfono había sonado muy preocupante en el incidente del hotel. A esa hora ni siquiera sabían si el tirador había abandonado el hospital o seguía en él y si había o no actuado solo. Era una situación angustiada, pero aún con todo, el equipo debía retirarse a descansar, el día había sido intrincado y dantesco.

Cora rezaba para que mediante las ocho patrullas el hospital quedara esa noche a buen recaudo.

Mientras conducía hacia el hotel, la mente de Cora iba recreando la conversación que hacía tan solo unas horas había mantenido con aquél, fuese quien fuese. Sobre todo resonaba en su mente la parte final: “Que duermas bien, pequeña. Ah, y no olvides mirar hacia atrás, nunca sabes quién puede estar siguiéndote”. Aparentemente, parecía ser el asesino material, pero también podría tratarse de un ayudante, si lo tenía, o incluso de una mujer. Cualidades, sin duda, no le faltaban. La persona que habló con Cora a través del teléfono se mostró muy segura de sí misma, sin embargo, a través del distorsionador era imposible distinguir la condición sexual del parlante. Eso podría poner en tela de juicio la hipótesis principal del caso. Aunque Cora sabía perfectamente que lo más importante era analizar minuciosamente cómo el sospechoso conjuga sus palabras, ya que el contexto es lo que determina el valor de la palabra. Debía, con exactitud, extraer a través de ellas sus intenciones, que muy probablemente eran fruto de una mente enferma. Quizás un esquizofrénico. Estos, básicamente, se caracterizan por la disociación de la realidad, es decir, el desdoblamiento de su propia personalidad. Viven en constantes realidades paralelas y en ninguna de ellas sienten la más mínima responsabilidad de los actos que cometen. Aunque también cabía la posibilidad de que simplemente fuese malo, es decir, un verdadero hijo de perra. Así que era obligación perentoria para todo el equipo acabar con aquella pesadilla, antes de que esta acabara con todos ellos.

Y como en otras ocasiones, Cora sabía que era una cuestión de tiempo que cometiera un error, por ello era prioritario trabajar bien las pistas, tener astucia y algo de suerte.

El delirio que había detrás de este caso angustiaba a una detective que estaba rozando sus límites, pero que en ningún caso su intención era la de tirar la toalla, por muy perturbado que estuviera aquel que había detrás de toda esa locura.

El temor en los siguientes semáforos hasta el hotel, fue inevitable. Miraba a cualquiera que se pusiera a su lado, tanto a derecha como a izquierda y cómo no, a sus espaldas. Dada la experiencia de Cora, era mejor asegurarse que sufrir un rapto o directamente morir en el trayecto. Todo eso producía en su interior rabia e impotencia.

Aquel individuo volvía a dominar las calles y las mentes de todo el equipo, inyectándoles un miedo muy real. Aquel tipo era capaz de cualquier cosa y esa noche lo había dejado bastante claro. La presión había aumentado considerablemente y los planes del supuesto asesino hacían

presagiar lo peor. A sus 47 años, Cora estaba curtida ante las palabras que le ofrecían los arrestados. Pero cuando esas palabras van acompañadas de actos tan atroces y tan meticulosamente estudiados y ejecutados, no puedes cometer un solo error, ya que eso inmediatamente causa más víctimas inocentes. Cora sentía como si volviese a estar ante el primer caso al que se enfrentó, pero con una diferencia: este parecía pesar más de la cuenta y no se veía aún ninguna luz al final del túnel.

—04:07h.—

Una vez en el parking del hotel, subió directamente por el ascensor hasta su habitación, sin pasar por recepción, pero con las oportunas precauciones. Estaba demasiado cansada para hablar con nadie. Su habitación era la 409.

Tras unos minutos sentada en el sofá, sonó su móvil.

—Soy Sue, salimos en la WJZ-TV.

Cora puso inmediatamente ese canal y no perdió detalle.

—Buenas noches. Con ustedes, Marcus Sagan. Como les venimos contando, esta noche han atacado el Hospital Johns Hopkins con gases lacrimógenos. En estos momentos, se desconoce la autoría del mismo, pero fuentes cercanas a la policía indican que podría tener relación con los asesinatos de las chicas universitarias. Por el momento, la policía no ha querido hacer ningún tipo de declaración oficial, pero al parecer podría haber algún agente herido en el intercambio de disparos que lamentablemente se han producido en una de las habitaciones del centro hospitalario. Seguiremos informando. Y en otro orden de cosas...

Cora miró al techo angustiada:

—¡Por el amor de dios! ¿Quién coño está filtrando esa información? ¡¿Pero qué es todo esto?! ¡Joder!

—Eso mismo me pregunto yo. Creo que deberías llamar a tus amigas del Baltimore Sun por si saben algo. —dijo Sue al otro lado del teléfono.

Cora vio en la pantalla la llamada de la alcaldesa.

—Tengo que dejarte, Sue, la alcaldesa me está llamando. Lo que me faltaba...

—Entendido. —le contestó.

Cora atendió a la llamada.

—¿Sí?

La alcaldesa estaba muy alterada.

—¿Me puede aclarar lo que estoy viendo ahora mismo en la televisión?

Cora intentó desviar el tema.

—¿Todavía está despierta alcaldesa?

Ella explotó:

—¿¿Qué cojones está pasando?! Se supone que es usted la que tiene que informarme, no la puñetera televisión. ¿Acaso sabe todo lo que está en juego?

Cora no fue muy amable:

—No me hable de juegos, alcaldesa.

La alcaldesa se puso muy prepotente:

—¿¿Qué no le hable de juegos?! Esto se está descontrolando, detective. Le asigné un presupuesto adicional tal y como me pidió nuestro nuevo comisionado Michael Trentin y no sé cuántas cosas más. Y los cadáveres no cesan. La última vez que hablamos me pidió tiempo y se le está acabando. Y tenga muy presente que al final del camino a la persona que va a encontrar no es a Michael Trentin, sino a mi cesándola, a menos que solucione esto y pronto.

Cora se defendió:

—¿Se le ha olvidado que son vidas lo que estamos perdiendo?

Ésta le echó toda la culpa:

—Querrá decir que es usted quien las está perdiendo ¡Usted está al mando, detective! Pero en estos momentos no parece al mando de nada. Yo también tengo que dar explicaciones y deben ser convincentes. Esto funciona así: usted me dice y yo digo. Michael Trentin confía en usted, yo confío en usted, pero ¿dónde están los resultados? ¿¿Qué es exactamente lo que ha pasado en el hospital?!

Cora le contó la verdad:

—Esta noche se ha puesto en contacto conmigo y ha querido demostrarme que manda él.

La alcaldesa se mostró sarcástica:

—¿Y no es así?

Cora se justificó:

—Estamos haciendo todo lo que podemos.

La alcaldesa atacó:

—¿Pues no es suficiente!

Cora no le permitió ese tono:

—¿No me grite alcaldesa!

Pero ésta no cedía:

—¿No? No haga que piense que no está a la altura de la realidad. Si no puede resolverlo, lo pondré en manos de otros profesionales. Tiene siete días de plazo, ni uno más, o quedará relevada inmediatamente del cargo ¿le suena Darryl Vincent?: un recuerdo. No quiero

incompetentes ¡Haga su trabajo y cace a ese demonio! ¡No me decepcione!

Y colgó.

Cora inmediatamente llamó a Penny Lander, del Baltimore Sun.

—04:42h.—

—¿Sí?

—Soy Cora ¿Podrías averiguar quién está filtrando la información sobre el Hospital Johns Hopkins en la WJZ-TV?

—Cora, es muy tarde. Estoy durmiendo...

—Lo sé. Pero hay gente empeñada en no dejarme dormir.

Penny la conocía bien:

—En tu vida siempre la hay, Cora. Cambia de trabajo.

Esa respuesta le obligó a sonreír levemente:

—Un poco tarde para ese consejo, ¿no te parece?

Penny quería seguir durmiendo.

—No te preocupes, mañana pregunto. Adiós.

—Adiós, y siento haberte despertado.

La siguiente llamada era para Sue. Ésta contestó rápidamente:

—Cuéntame.

Cora suspiró:

—La alcaldesa nos ha puesto fecha de caducidad ¿Cómo está Johnson?

—En unos minutos le llevo a casa. Le están dando el alta en estos momentos. Lleva los ojos vendados. Le han puesto una pomada que debe llevar un rato más.

—No le dejes solo hasta que pueda ver ¿Alguna novedad por ahí?

—No.

—¿Jack tiene los botes?

—Sí.

—¿Has hablado con Brent y Rudy?

—Sí, están acabando de tomarle declaración a una persona que paseaba por el jardín en el

momento de los disparos.

Cora asintió con la cabeza.

—Muy bien. Voy a dormir un poco, tengo que ordenar mis ideas. Id a descansar lo antes posible. Nos vemos a las nueve en comisaría.

Sue se despidió:

—De acuerdo, nos vemos allí.

Cora quería relajarse bajo el agua, pero antes comprobó la puerta principal, las ventanas, los armarios, incluso debajo de la cama. Hasta el momento, al sospechoso parecía no detenerle absolutamente nada, así que las precauciones debían de estar al nivel del acosador. Esa persona había hecho méritos propios para colarse en su vida sin ningún tipo de contemplaciones y Cora no podía permitirse un solo error.

Tras la merecida ducha, siempre con el arma cerca de ella, se sentó en el sofá y se puso todo lo cómoda que ese día podía dejarle. Mientras, su mente intentó hacer balance y valorar en qué situación se encontraba, pero finalmente, se quedó dormida.

CAP. 6

OBNUBILACIÓN

Esa noche Cora tuvo un sueño premonitorio, quizás. Ascendía hacia las nubes, pero estas eran de un gris oscuro y muy profundas, en donde la luz tenía una entrada muy tenue y la sensación era más bien de asfixia. Un sudor frío recorría su cuerpo mientras caía sin control al mismísimo abismo. Un pinchazo en el corazón la trajo de vuelta a la realidad.

Cora se sobresaltó y quedó sentada en el sofá con los pies en el suelo.

Inmediatamente, miró la hora en su móvil y se dio cuenta de que apenas había dormido unas escasas 3 horas.

—08:24h.—

Con la espalda contracturada por una mala postura en el aquel sofá verde pistacho, puso su cara debajo del grifo del lavabo, e intentó, a través del agua fría, que toda la sangre de su cuerpo circulara a mayor velocidad para poder activar su molido cerebro tras los 87 días de horribles acontecimientos plagados de una violencia atroz. Violencia hacia unos inocentes cuerpos femeninos que tan solo un verdadero psicópata con una rabia desmedida podía haber cometido. Sus objetivos eran siempre chicas huérfanas y universitarias, ¿pero por qué? Eso se preguntaba Cora una y otra vez. Esas almas la miraban y se sentía culpable por haberlas dejado expuestas a su suerte sin poder llegar a tiempo.

Encontrar la razón de aquellas fechorías era uno de los deseos que Abby le había encomendado a una detective que debía sacar fuerzas de flaqueza dentro del límite de días que le había fijado una alcaldesa más preocupada por el rédito político que por las víctimas. Y además, había un peligro inminente hacia todo su equipo anunciado por aquel perturbado hacía pocas horas. Probablemente tuviese ya planeadas y meticulosamente estudiadas sus siguientes acciones para cada uno de ellos. Ese tipo no se tiraba faroles.

Un nudo en el estómago le volvió a recordar las circunstancias de la muerte de su padre.

Respiró fuertemente ante el espejo y fue a la pequeña cocina del apartamento a por café. Pero mientras se dirigía allí vio en el suelo y al pie de la puerta principal un sobre negro. El corazón se le aceleró de repente. Se agachó, lo cogió y de un salto fue a por su revólver. Abrió la puerta con mucha precaución y examinó el pasillo. Nadie. Volvió a entrar, cerró con llave y examinó el apartamento. Nadie. Miró por la ventana y no vio a nadie sospechoso. El corazón le latía deprisa y con fuerza. Se sentó en la mesa del pequeño comedor, puso el arma encima muy cerca de ella y examinó el sobre. Nada por delante y nada por detrás. Era completamente negro, muy fino y elegante. Lo abrió. Dentro había una hoja de color rosa tamaño folio doblada por la

mitad. La sacó. En la primera mitad, aparecía una sonrisa mal dibujada y de color rojo. Cora la olió y supo que era sin duda sangre ¿De quién?, se preguntaba. En la otra mitad del folio aparecía un texto en mayúsculas hecho por ordenador, con cada letra en una fuente distinta. Decía: “ESTE MENSAJE ES SOLO PARA TI, CORA ¿CUÁNTOS SOIS EN EL EQUIPO ESTA MAÑANA? ALGUIEN TE HA ENVIADO UN MAIL, ¡ÁBRELO Y RESPIRA HONDO! NO OLVIDES ESTAR BIEN INFORMADA ¿QUÉ PUEDE SER MÁS IMPORTANTE QUE EL DINERO? YA ESTÁS EN EL JUEGO, PEQUEÑA. TIC-TAC...MUERTE.”

—¡Dios mío! —dijo, e inmediatamente dio un salto de la mesa y abrió su ordenador portátil que tenía justamente al lado.

Le temblaban las manos y casi no recordaba la contraseña a causa del pánico. Mientras el *software* del ordenador lo abría, un escalofrío recorrió todo su cuerpo exactamente igual que en su sueño. Y sí, en el buzón de entrada encontró, lamentablemente, un mail de : myhellrole666 @gmail.com

Lo abrió. En él tan solo ponía: “Hola, pequeña”.

Debajo había un link que clicó sin ganas mientras se mordía los labios. Aquel enlace le llevó a un blog llamado BELCEBÚ 666.

Una vez dentro del blog y mientras esperaba a que se cargase el vídeo que aparecía en la pantalla, Cora respiró profundamente. Después, el vídeo empezó a reproducirse automáticamente. Según la fecha, era de esa misma noche, lo cual era muy mala señal.

Cora abrió los ojos tanto como podía esperándose lo peor. Tenía un mal presentimiento.

Los primeros frames mostraron una puerta que se abría muy cautelosamente. Por el encuadre de la imagen, el autor del vídeo debía tener, más o menos, la cámara sujeta a la altura del pecho. Estaba bastante oscuro, casi en la penumbra, aunque un hilito de luz proveniente de una de las farolas de la calle aportaba la iluminación necesaria para distinguir perfectamente lo que allí estaba ocurriendo, y no era otra cosa que dos personas en la cama haciendo el amor. Eran Sue y Johnson en el apartamento de ella. El rostro de Cora era de máxima sorpresa por lo terrorífico de lo que se presagiaba y también por esa intimidad entre ambos que ella desconocía, aunque por supuesto, eso ahora no era relevante. Una enorme sensación de impotencia le invadía por completo. El peligro parecía inminente. Aquella persona cruzó parte de la puerta y se paró. La escena no podía ser más clarividente. Estaba allí, de pie, parado a tan solo unos metros detrás de ellos. La cama quedaba justo enfrente de su trayectoria. El intruso vestía de negro, según su reflejo en el espejo del cabecero de la cama, exceptuando la máscara y sus guantes, que eran blancos. Los amantes no se percataron de aquella presencia, ya que en esos momentos estaban llegando al clímax. Cora tragó saliva en ese instante y no pudo evitar respirar viendo lo que allí acontecía. El cámara dio un par de pasos muy rápidos hacia delante y se abalanzó sobre Sue, que en ese momento estaba encima de Johnson. La cogió del cabello muy violentamente con su mano izquierda, inclinó su cabeza hacia atrás y le rebanó el cuello sin más dilación. Los gemidos de Sue eran estremecedores. Inmediatamente la tiró al suelo por la parte izquierda de la cama quedando muy cerca de la única ventana de la habitación que daba a la calle. Era un ático, el cuarto piso del edificio. Cora estaba perpleja y sufría ya un fuerte pinchazo en el estómago. Johnson, que todavía no veía del todo bien, al presenciar aquello quiso incorporarse hacia la mesita para coger su arma

reglamentaria, pero aquel demonio se lanzó sobre él como un verdadero depredador humano, clavándole el cuchillo a una velocidad endemoniada, tres veces seguidas en la parte baja del pecho perforándole el bazo. Mientras éste se retorció del dolor, el agresor se incorporó muy tranquilamente y se desplazó de pie por el lado izquierdo de la cama, lo cogió fuertemente del pelo e inclinó su cabeza hacia atrás. Este quiso defenderse, pero no le quedaban fuerzas suficientes. A través de la máscara aquellos ojos observaron durante unos segundos como la sangre le salía del cuerpo y mientras agonizaba le rebanó el cuello lanzándolo inmediatamente también contra el suelo. Ambos cuerpos, completamente desnudos, quedaron prácticamente uno encima del otro. Seguidamente, limpió el cuchillo con la sábana y se agachó hacia ellos escribiéndoles a los dos algo en la espalda, algo que desde la posición de la cámara no era legible. Lo más probable era que no quisiese desvelar con anticipación el mensaje que aquellos cuerpos ya inertes, aunque todavía calientes, llevaban implícitos para Cora. Cuando hubo terminado su obra, cogió sangre del cuello de Sue, y dibujó una gran sonrisa en el cristal con los cuatro dedos de su mano derecha. Acto seguido, y mirando al cristal desde muy cerca, recreó con el dedo de su mano izquierda la caída de una lágrima desde su ojo, también izquierdo, hasta más allá del pómulos, dejando una gran línea ensangrentada. Ahora sí se veía perfectamente la máscara. El lenguaje que desprendía de ella era terrorífico. Tenía dos grandes equis superpuestas en los orificios de los ojos, con una especie de hilo grueso de color azul celeste y que además tenía luz propia, iluminándole levemente ambas pupilas, lo que le daba al conjunto una sensación aun más siniestra. En la parte de la boca constaba el mismo ritual, el hilo azul iluminado dibujaba una gran sonrisa que a su vez, también se mostraba cosida, creando un impacto visual espeluznante. Debajo llevaba un pasamontañas negro siendo totalmente imposible la identificación, ni tampoco cualquier detalle de esa parte del cuerpo. Sin dejar de mirar fijamente al cristal, sacó con su mano derecha lo que seguramente era el mando a distancia de la cámara. Lo mostró, esperó unos segundos y finalmente lo pulsó, terminando así la grabación.

CAP. 7

CORAJE

Cora estaba desolada y sin aliento. Estuvo unos segundos sin reaccionar, tapándose con fuerza la boca con su mano derecha y apretando los dientes al mismo tiempo, mientras su cerebro intentaba asimilar aquellos minutos de terror que acababa de presenciar y que ya serían inolvidables para el resto de su vida. Le invadió la angustia y sus ojos se cerraron. Tras unos minutos, pudo volver a centrarse.

—08:57h.—

Cogió el teléfono y con una voluntad de hierro llamó a la comisaría ordenando que enviaran efectivos y un par de ambulancias a casa de Sue y que localizaran a todo el resto del equipo. Seguidamente, hizo una segunda llamada.

—Mamá, soy yo. Escúchame bien, ¿dónde estás ahora?

—En casa, cariño.

—Vístete, coge un taxi y ven a la comisaría, ¿de acuerdo? Yo llegaré en cuanto pueda. No le digas a nadie donde vas. En cuanto subas al taxi, apaga el teléfono. Voy a ponerte protección.

—Pero qué dices, mi vida, tranquila, ¿qué ocurre?

—No preguntes, mamá, déjalo todo y haz lo que te digo.

—¿Tan grave es?

—Sí.

—Por favor, ven lo antes posible.

—Sí, sí, no te preocupes, estaré allí enseguida. Una cosa, hija, ¿entonces no espero a Sue?

Cora no pestañeaba.

—¿Qué has dicho!?

—Sue me ha llamado hace unos minutos, dice que...

—Mamá, por favor, ¿cómo has dicho?

—Me ha llamado una chica diciendo que era Sue y que ahora me traía un paquete con una sorpresa para ti. Ha sido muy amable.

—¿Cuánto hace de eso, mamá?

—Hará como unos cinco minutos, pero, ¿qué es lo que está pasando, Cora? No entiendo qué pasa, hija mía.

—Mamá, escúchame bien, por favor. ¿Está la vecina de arriba ahora en casa?

—Sí, creo que sí, pero, ¿por qué? Me estás asustando...

Cora tragó saliva.

—Mama, Sue está muerta.

—¿Qué?!

—Sube inmediatamente a casa de esa vecina y no te muevas de allí. Voy volando hacia ti ¡Por favor, mamá, sube ahora mismo y apaga el teléfono! ¡No discutas!

—Sí, sí, sí, ya voy, ya voy, ya voy...

Cora colgó inmediatamente.

—¡¡Joderrrr!! ¡¡Hijo de puataaaa!!

—09:04h.—

Cora salió disparada hacia allí, pero antes cogió un par de cargadores y otra pistola.

La mente de Cora en esos momentos era un profundo vacío y tan solo habitaba en ella una ira desmedida. La siguiente víctima podría ser su madre si no llegaba a tiempo.

Cora circulaba por las calles de Baltimore a una velocidad muy superior a la permitida, revo-lucionando como nunca su Harley Davidson Fat Bob 114 y estando a punto de estrellarse en un par de ocasiones. Justamente cuanto pasaba por delante del Maryland Science Center, recibió una llamada que contestó a través del sistema bluetooth del casco. Era Jack desde su casa, se había quedado dormido.

—Buenos días, Cora. Acaban de llamarme los de delitos informáticos, llegaron esta tarde sobre las ocho. Hemos quedado en comisaría. Vendrán en helicóptero, parece ser que tienen un caso...

Cora después de esquivar varios coches:

—¡Escúchame bien, Jack! ¡Esta noche han matado a Sue y Johnson! ¡Necesito cobertura inmediata en casa de mi madre! ¡Ahora va a por ella! ¡Manda a todas las patrullas disponibles! ¡Yo ya voy hacia allí! ¡Tú y los demás id a casa de Sue! ¡Y que Dios no ayude! ¡¡¡Vamos!!!
¡¡¡Muévete, muévete!!!

A Jack se le cayó la taza de café que tenía en su mano izquierda tras escuchar a Cora. No podía creerlo. Puso patas arriba la comisaría mientras Cora con un tráfico horrible decidía encender la sirena y las luces policiales que llevaba incorporadas y cruzar el Federal Hill Park para tratar de acortar el camino, aun poniendo en peligro la vida de otras personas y la suya

propia desde hacía ya un buen rato. Cora se llevó por delante un par de juguetes y algunas palomas. Los insultos de los transeúntes matutinos no se hacían esperar. Pero en ese momento, en la mente de Cora tan solo habitaba la imagen de un cuchillo en el cuello de su madre.

A un par de manzanas recibió otra llamada, esta vez era la alcaldesa. Cora descolgó.

—¡No tengo tiempo para usted, alcaldesa, y me da exactamente igual lo que quiera o pueda decirme! ¡Esto se ha convertido en algo muy personal! —y colgó.

La alcaldesa no volvió a llamarla. El mensaje de la detective presagiaba lo peor, así que por el contrario, llamó a comisaría para que alguien la informara.

Cora ya veía el embarcadero. Su madre vivía en el 205 Harborview Drive. No podía ir más deprisa si quería llegar con vida. Era una mañana fría y la temperatura del asfalto no era la más idónea para una carrera. Enseguida empezó a oír a lo lejos las sirenas de los efectivos de la policía y también de las ambulancias. El corazón le iba a explotar. Parecía como si su motocicleta no corriera ese día. Cora tomó la última curva con suma precaución, pero al límite. En cuanto la superó, aceleró a fondo sin dejar de mirar a lo alto del edificio. A lo lejos, un grupo de personas miró también hacia arriba del edificio dibujando un mal escenario. La vista se le nubló parcialmente y el recuerdo de su padre volvió a aparecer de repente. Una fuerte presión en el pecho y un frío extraño se apoderó de ella.

Por fin llegó y subió a la acera como si no hubiera bordillo. Se bajó de un salto gritando a los allí presentes:

—09:13h.—

—¡Fuera! ¡Quítense del medio! ¡Rápido!

Inmediatamente miró hacia arriba del edificio. Su madre vivía en la segunda planta y tanto su piso como el de la vecina daban a la calle. De repente se escucharon unos disparos y alguien salió volando por una ventana. Cora no podía creer lo que veía. Un cuerpo estaba cayendo directamente hacia ella. Casi sin tiempo de reaccionar, pudo por los pelos refugiarse bajo los balcones del edificio. El cuerpo impactó violentamente contra el suelo. Era el de una mujer. Milagrosamente no cayó encima de nadie. Cora gritó desesperada mientras corría hacia el cuerpo.

—¡Mamáaaaaa!!!

Inmediatamente le dio la vuelta a pesar de que el cráneo estaba muy fracturado y había mucha sangre esparcida por toda la acera. Las personas próximas al lugar no podían creer lo que estaban viendo y algunas empezaron a gritar sin previo aviso.

Cora se dio cuenta de que no era su madre, si no la vecina. Se levantó como un rayo y disparó contra la puerta de la entrada del edificio para poder acceder a él. Subió por las escaleras interiores lo más rápido que pudo. Cada peldaño era como si le arrancaran un diente tras otro. La tensión era insostenible y lo único que hacía que subiera tan deprisa era una sobredosis de adrenalina entremezclada con la voz de su padre que interiormente le decía:

—¡Tienes que llegar! ¡Tú madre te necesita, hija mía!

Una vez en la planta, fue directamente hacia la puerta. Estaba abierta. Eran dos pisos por planta. La puerta era la 3ª. Cora entró rápida pero sigilosa. Conocía la distribución del piso, pues era exactamente como el de su madre. Deslizó su espalda por las paredes hasta llegar al comedor. Y allí estaba su madre en el centro, sentada en una silla, atada y amordazada...pero viva. Cora se quedó a unos tres metros de su madre inmóvil y en silencio, observando la escena y mirando a su madre a los ojos. La vecina no tenía perro, vivía sola, pero se oía algo, un gemido extraño que parecía provenir del balcón, y ese balcón quedaba justamente detrás de su madre. Cora la miró sin ni siquiera pestañear y le dijo...

—¿Está aquí?

Su madre con ojos de terror asintió con la cabeza.

—¿Cora le volvía a preguntar?

—¿Dónde?

Y antes de que le hiciera ningún gesto más, salió del balcón alguien con la cara cubierta con una máscara totalmente blanca y los labios pintados de un rojo intenso, guantes blancos, un enorme cuchillo en su mano derecha y una pistola en su mano izquierda. Cora avanzó hasta la altura de su madre sin dejar de apuntar al intruso. Éste le enseñaba el cuchillo a Cora mientras entraba lentamente al mismo tiempo que lo ba-lanceaba suavemente de un lado al otro de su máscara. Tras un par de pasos se paró.

Cora fue muy clara:

—¡Tira la pistola y el cuchillo, y quítate la máscara! ¡¡¡Ahora!!!

El intruso decía que no moviendo su cabeza de derecha a izquierda. Parecía estar tranquilo.

—Por última vez, ¡tira la...

Éste quiso disparar a su madre y Cora abrió fuego sin contemplaciones vaciando su cargador contra él. Con tantos impactos seguidos el impulso lo llevó hacia atrás de nuevo, cayendo por la barandilla del balcón e impactando en plena calle. La gente volvió a gritar aterrorizada.

Inmediatamente le quitó la cinta adhesiva y ésta abrió rápido la boca y le mostraba lo que en ella habían depositado, una muela. Cora la cogió rápidamente y le dijo:

—¿Mama estás bien?

Ésta se mostraba aturdida por lo sucedido mientras Cora la desataba de la parte de atrás.

La madre de Cora a sus 68 años tenía una salud de hierro, pero esos sustos harían temblar a cualquier veinteañero. Mientras se recuperaba, Cora observaba aquella pieza dental asumiendo que era real, y se preguntaba de quien podría ser y lo peor aún, ¿cuál era su significado? Cora la encerró en su puño y le dijo:

—¿Hay alguien más?!

—No. Solo era ella.

—¿Cómo sabes que es una mujer?

—Es la que se hizo pasar por Sue. Ha dicho cosas sin sentido como que no venía a matarme, porque no estoy en la partida, y que tú empiezas a aburrir al fundador del juego, o algo así. Pero, ¿qué es todo esto Cora? ¿Qué significado tiene todo lo que me ha dicho?

Cora tenía la mirada perdida intentando analizar aquellas palabras. De repente:

—¡Dios mío Cora, ha matado a Brenda!

—Lo sé mamá. Ha sido culpa mía. Yo...

—No hija, tú no. Los demonios que habitan entre nosotros. Tu padre estaría orgulloso de lo que has hecho hoy.

—Ya no estoy tan segura de ello, mamá.

—Él siempre decía que eras la más fuerte de los tres y que tu destino era protegernos a todos.

—Eran tan solo palabras, mamá. Él siempre quiso creer que era mucho más de lo que en realidad soy.

Cora se puso de rodillas ante el regazo de su madre mientras arrancaba a llorar.

—No te preocupes hija, lo resolverás.

—Mamá, no es cierto. No sé cómo atrapar al verdadero asesino. Sé que es un hombre, pero me siento como su marioneta. Y mientras mueve mis hilos todo se derrumba a mi alrededor. No lo conseguiré. Hoy casi te pierdo, mamá...

Y mientras descargaba entre sus lágrimas toda la tensión acumulada en días anteriores, su madre abrazó su cabeza al tiempo que le decía:

—Cariño, ¿te acuerdas de todas las veces que te caíste de la bicicleta y creías que nunca lograrías ir sola por el parque?

—No mamá, no lo recuerdo.

—Un día, tu padre cogió tu preciosa carita con ambas manos y te dijo mirándote fijamente a los ojos; «céntrate», y te dio un beso en la frente. Y aunque parezca mentira, creíste en sus palabras e hiciste un acto de fe para disfrutar aquel día encima de tu bicicleta. Tu padre hizo que encontraras el equilibrio necesario para enfrentarte a tu primera dificultad con éxito siendo tan pequeña. Él supo ver en ti esa fortaleza antes que yo.

—Le echo tanto de menos....

—Lo sé cariño...yo también.

Ambas lloraron abiertamente durante unos segundos. Tras secarse mutuamente las lágrimas, Cora salió al balcón y miró hacia abajo. Los equipos de emergencia estaban asistiendo a la víctima en plena calle, y una vez más la WJZ-TV ya estaba allí. Varios agentes subieron a toda velocidad por la escaleras. Y el resto fue rutina: llamadas telefónicas, levantamiento de cadáveres, obtención de pruebas y, muchas, muchas fotos.

Cuando los sanitarios comprobaron que la madre no tenía ninguna lesión, Cora se dirigió a ella:

—Tengo que irme, mamá. Nos vemos en comisaría. Sue y Johnson me están esperando...y esta vez llego tarde.

—Hay muchas personas que creen en ti, Cora. Sue y Johnson estarán siempre contigo. No te culpes más de la cuenta hija, nadie es eterno, y lo sabes bien.

Cora asintió con la cabeza mientras se dirigía a las escaleras para volver a bajarlas, esta vez, con un semblante más tranquilo, aunque triste. Ahora le tocaba enfrentarse a la otra cara de la moneda.

Salió a la calle y fue directamente a ver el rostro de la asesina de Brenda. Seguramente su cabeza habría impactado antes que el cuerpo, ya que estaba irreconocible. Dio las órdenes pertinentes a los agentes y volvió a subirse a su Harley, saliendo de nuevo a toda velocidad.

Sue vivía en el 1815 de Marshall Street. Así que tardó algo más de diez minutos en recorrer esa distancia aún volviendo a superar todos los límites de velocidad y normas de tráfico vigentes.

—10:47h.—

Ya veía a los efectivos sanitarios y a compañeros de la comisaría, y volvía a repetirse el escenario anterior. Dentro le aguardaban el amor y el odio. Por su cabeza pasaba ahora un pequeño balance de su vida sin tan siquiera proponérselo. Allí estaban todos, trabajando como si de otro caso se tratara. A cada paso sentía un profundo vacío, un sinsabor y una culpabilidad, como detective, al haber permitido con su ineficacia aquel desastre irreparable. Ahora tenía que enfrentarse a su particular infierno. Algo a lo que nunca nadie, seguramente, está preparado del todo. Tan solo faltaba el repicar de las campanas de una iglesia y el sonido del viento apropiándose de las alma fallecidas. Quería llegar cuanto antes, pero a su vez no quería hacerlo. Todo a su alrededor parecía ir a cámara lenta.

Una vez arriba en el apartamento fue directa al lugar de la escena. La cara de los oficiales de policía que se encontraba antes de llegar a la habitación lo decía todo. Nadie le dirigió una sola palabra. Michael Trentin y el resto del equipo estaban junto a los cadáveres. Era el silencio de la muerte. Tan solo se oía trabajar a los agentes con los flashes de las cámaras, la cinta adhesiva y el plástico de las bolsas. Un horror. El cambio de miradas entre los compañeros era en sí mismo un lenguaje amargo. El ambiente se le hizo irrespirable.

Una vez estuvo ante Sue y Johnson se arro-dilló, juntó sus manos y rezó unas oraciones. Al

final de las cuales verbalizó una promesa en su interior. Después, dijo en voz baja:

—Lo siento muchísimo.

Cora se levantó del suelo, apretó con fuerza sus mandíbulas, miró al resto de su equipo y comenzó a hablar:

—Vamos a crear nuestro centro de mando en la comisaría y no saldremos de ella hasta dar con él. Ya no es seguro estar en casa. No sabemos cuál es su siguiente objetivo. Debemos actuar con las máximas garantías. Traed allí a todos los familiares que vivan en Baltimore. Ahora todos estamos en riesgo. Y aunque parezca una locura, es lo más preventivo. Tenemos que empezar una ofensiva letal, o ninguno de nosotros lo contará.

Michael Trentin que ya se había unido al grupo, dijo:

—Estoy de acuerdo. ¿Cómo está tu madre?

—Bien, tuvo suerte. No quiso matarla. La chica le dijo que no estaba en el juego.

A Rudy se le acentuaba el nerviosismo:

—¿La has reconocido?

—No, estaba completamente desfigurada, aunque parecía joven. Tendremos que esperar a la autopsia.

—Será otro esbirro, otro lacayo de su puto juego de rol —dijo Eric.

Trentin añadía:

—Cora, la alcaldesa me ha llamado y me ha contado la última de vuestras conversaciones junto con el ultimátum. Pero no te preocupes por ella, yo me encargo...y lo siento mucho. Mantenme informado.

—Sí. —le respondió con la moral muy tocada.

Una vez Trentin abandonó el lugar, Cora miró por última vez a Sue y Johnson y dijo al resto del equipo:

—Vámonos, aquí me siento un estorbo.

Una vez en la calle y con todos a su alrededor, se dirigió a Jack.

—Jack, sígueme al hotel. Tengo que comer algo y recoger mi ordenador portátil, hay muchas cosas en él. Ahora mismo siento como si me hubieran arrancado el corazón. No me encuentro nada bien, chicos. —dijo para todos.

—Nosotros estamos igual de destrozados que tú, Cora, pero debemos seguir —dijo Brent.

—Esto no puede quedar así ¡Nadie le hace eso a mi familia y sigue con vida!—dijo Rudy casi perdiendo los papeles.

—No sabemos que estará tramando ahora. Tenemos que intentar hacer todo lo posible para

que no haya más víctimas —sugirió una Cora debilitada en esos momentos.

—¿Y cómo hacemos eso? —dijo Eric.

—Dando lo mejor de nosotros, hasta que no nos quede aliento —concluyó muy afectada.

—¡Le odio tanto que la ira me corroe! —finalizó Jack apretando los dientes.

Cora lo miró igualando ese sentimiento y ordenó:

—Brent, tú y Rudy pasaos a ver a Abby y a Julien. No le contéis nada a ella. Quiero que dobléis la seguridad de ambos. Luego volved a comisaría. Hemos de analizar lo que jamás hubiéramos querido ver y debemos hacerlo con todo nuestro dolor. Ellos habrían hecho exactamente lo mismo.

Todos acabaron mirando al suelo y recor-dándolos aún con vida.

—13:28h.—

Ya en la comisaría, el equipo se reunía en el despacho de Cora alrededor de la mesa en donde tenía el ordenador. Julien había pedido el alta voluntaria y se había incorporado de nuevo al trabajo, aunque con la cabeza vendada a consecuencia de los ocho puntos de sutura que le había ocasionado el golpe del proyectil. Todos, y en un riguroso silencio, miraron fijamente aquella pantalla mientras ella pulsó el botón de encendido. Sabían lo duro que iba ser aquello. Una vez el vídeo estuvo listo para su reproducción, Cora preguntó:

—¿Estáis preparados?

—No, claro que no —contestó Brent en nombre de todos.

Y le dio al *play*. Una vez finalizó, Jack habló:

—Dios mío, no puedo creerlo. Les ha matado a sangre fría. Ha disfrutado con ello el hijo de la gran puta. Menudo monstruo ¡Maldito seas por siempre!

Eric señaló lo evidente:

—Lo más duro es pensar que hace tan solo unas horas estaba hablando con ellos, y ese malnacido nos los ha arrebatado.

Rudy añadió:

—Sue tan solo tenía treinta y cuatro años y Johnson treinta y siete. Ni media vida vivida.

Julien se unió a esa especie de terapia grupal:

—Todavía no puedo creerlo. Siento que aún están aquí, en esta habitación. Me parece todo tan irreal, que me cuesta aceptar incluso que estoy despierto.

—Se supone que somos los que tenemos que evitar que esto pase ¡Y estamos aquí lamentándonos sin saber dónde está su maldito verdugo! —dijo Eric.

—Nos está cazando uno a uno ¡Y no tenemos una puta pista de dónde cojones está! —dijo Brent.

Cora no hacía más que darle vueltas a una idea:

—¿Tenéis los dados y las fotografías?

Jack se las entregó y las comentó en voz alta:

—Sí, aquí están. Sue tenía dos dados. Uno de ellos es el de veinte caras y ha dejado visible el número veinte, y luego está el dado cuadrado donde ha dejado el número dos visible. Nos recuerda que Sue es la víctima veintidós ¡Puto psicópata! —dijo Jack.

Brent continuó:

—Y dos más para Johnson, indicando que es la víctima veintitrés.

Cora apuntó:

—Esta vez también ha utilizado el estilo de dados *Elvish Black and Red*, para variar. Tiene una preferencia obsesiva por ellos.

—¡Maldito puto juego de rol! —gritaba Rudy.

Cora preguntó:

—¿Qué ponía en la espalda de Sue?

Eric miró con angustia la foto en donde se apreciaban claramente las letras.

—Ha escrito: Z,I,A,M,E,R,R.

—¿Y en la espalda de Johnson?

Esta vez contestó Brent mordiéndose los labios:

—O,W,H,N,O,S.

—¿Por qué habrá separado las letras por comas? —preguntó Julien.

Cora no tenía dudas:

—Para despistar ¿Os dice algo?

—Puede ser cualquier cosa. Estoy tan cansado que no puedo pensar con claridad —dijo Eric.

A Julien le dolía el golpe en la cabeza y añadió:

—Cora, deberíamos dormir unas horas, prácticamente no podemos abrir los ojos.

Cora no podía desconectar:

—Jack, ¿les tomaste declaración al mimo y al empleado del hotel antes de soltarlos?

—Claro —dijo éste.

—Ve a buscarlas por favor —le ordenó Cora.

Jack no tardó ni treinta segundos, ya que los tenía en su despacho y éste estaba junto al de Cora. Una vez vio sus nombres, Cora exclamó:

—¡Hijo de puta! Son los primeros apellidos de esos nombres, Richie Ramirez y Thomas Howson ¡Brent, emite una orden y manda un par de patrullas a sus casas inmediatamente!

—¡Dios santo, espero que sigan con vida! —dijo Rudy.

Cora volvió a preocuparse por los suyos y preguntó al grupo en general:

—¿Habéis podido hablar con vuestros familiares?

Eric respondió:

—Con los de Baltimore sí, están en la sala de reuniones. Con el resto no hemos podido contactar todavía, ya que muchos de ellos no viven aquí.

Julien se tocó el vendaje y le dijo a Cora:

—Sabes que no podemos protegerlos a todos. Esto nos está desbordando.

Cora tenía que mostrarse más líder que nunca y mantener al grupo lo más unido posible. La moral de todos estaba por los suelos y las siguientes horas iban a ser muy, muy delicadas. Así que dijo:

—Lo sé, por eso la opción más lógica es que todos estemos aquí hasta que tengamos garantías para poder actuar. No sabemos de qué tipo de información dispone, pero está claro que es mucha. Hay que minimizar todas sus opciones y aquí, en principio, no las tiene.

Jack añadió:

—Me temo que este cabrón es capaz de todo.

Cora dijo muy seria:

—Brent, pasa a los familiares al comedor y que pidan lo que quieran. Explícales cuál es la situación y luego, los que podáis, iros a dormir a las literas de las guardias hasta que lleguen los de delitos informáticos.

Cora continuó:

—Jack, acompáñame al aeropuerto a recoger a los padres de Johnson. En unos minutos aterriza su avión. De camino al aeropuerto, llamaré al forense. Coge un par de bocadillos de la cafetería y vámonos ya.

—Sí, vamos. No quiero ni pensar cómo estarán —le contestaba.

—14:42h.—

Jack conducía de camino al aeropuerto cuando Cora llamó al forense. Una vez colgó, Cora le comentó:

—Están finalizando las autopsias.

—¿Qué te ha dicho exactamente?

Antes de contestar, Cora le miró:

—Detalles desagradables, Jack.

—¿Qué cojones pretende ese hijo de puta?

—Matarnos a todos, Jack. El vídeo es para que sintamos dolor, mucho dolor. Este puto enfermo nos tiene reservado mucho más calvario, me temo.

—15:57h.—

Una vez de vuelta en comisaría, Eric y los demás todavía permanecían en el despacho de Cora repasando las últimas pruebas. Éste, al verles, dijo algo sorprendido:

—¿Y los padre de Johnson?

Cora les explicó lo sucedido:

—Después del forense les hemos llevado a un hotel. No han querido venir con nosotros.

Eric dijo un poco exaltado:

—¿Pero puede que ellos también estén en peligro?!

Cora aprobaba la postura de los padres de Johnson sin ninguna objeción:

—A ellos ya no se le va a infringir más dolor. Van a trasladar el cuerpo a Charlotte, su ciudad, para que el resto de familiares puedan despedirse. Después, lo incinerarán y esparcirán sus cenizas en el lago Bled, en los Alpes Julianos, al noroeste de Eslovenia, como él quería. Hemos de aceptar su decisión y recordarle con orgullo todo el tiempo.

—¿Creéis que sabía que Sue también era huérfana? —preguntó Rudy.

—A estas alturas es más que evidente —le respondió Jack.

—Vamos a dormir un poco. A las ocho tendremos aquí a los de delitos informáticos y debemos estar algo más despejados —dijo Cora.

—Sí, por desgracia ahora ya no podemos hacer nada más —dijo un derrotado Brent.

—Además estamos hechos un asco —añadía Julien.

—Sí, venga vamos. —concluyó Jack.

CAP. 8

MIMICUS

—19:37h.—

Un agente se desplazaba hasta las literas para informar que acababa de aterrizar en la azotea el helicóptero con los agentes de Washington.

—19:49h.—

Les aguardaban en el despacho de la detective. Cora entraba la primera. Eran tan solo dos agentes y ambos estaban en ese momento mirando por la ventana que daba directamente a Baltimore Street. Una vez oyeron la puerta se giraron. Iban vestidos con el uniforme de la agencia a la cual pertenecían. Por su aspecto no parecían unos héroes. Cora les dirigió una mirada rápida a los dos. Rango, agente especial al mando: moreno, metro setenta y cinco, 70 kilos. Rango, agente especial: pelirrojo, misma altura, algo más de peso y con gafas.

Una vez el agente especial al mando vio a Cora, le dijo:

—Buenas tardes, ¿Cora?

—Sí.

Éste se puso delante de ella:

—El comisionado Trentin nos ha acompañado a tu despacho y nos ha puesto al día de los últimos acontecimientos. Hemos llegado antes de lo previsto.

Cora no decía una sola palabra y su reacción era más bien seca. Inmediatamente habló el agente especial.

—Poned vuestros móviles aquí, si sois tan amables —dijo acercándoles una pequeña caja de cartón.

Una vez todos lo hicieron, el agente especial al mando le preguntó a Cora:

—¿Tenéis una sala insonorizada?

—Por supuesto. —le contestó ella.

Éste parecía tener prisa:

—¿Vamos?

Esa sala estaba en la cuarta planta, justamente encima del despacho de Cora. Una vez allí:

—Soy Ryan King, agente especial al mando y jefe de la unidad de delitos informáticos en Washington. Me acompaña el agente especial Jay Carthy, analista informático y miembro destacado de mi unidad. En nombre de ambos nuestras condolencias por los agentes Sue y Johnson.

Cora asintió agradecida, pero con un amargo remordimiento interior. Éste continuaba:

—Jack me llamó y me puso al corriente del caso. Estudiamos juntos en la universidad de Stanford. Iban a poner a otro agente al cargo, pero he pedido estar aquí para intentar ayudaros en todo lo posible.

—Muchas gracias. —contestaba Cora en nombre de todos.

El agente King puso la directa:

—Bien, hechos los preámbulos os diré que no he venido con las manos vacías. Inmediatamente después de hablar con Jack pedí autorización para investigar las telecomunicaciones y redes de esta comisaría. Como F.B.I sabéis que tenemos acceso a casi todo y de inmediato. Durante esta mañana he hablado por teléfono con los informáticos de esta comisaría y me han confirmado que todo estaba en orden, pero lamentablemente no es así. Esto se les escapa, simplemente es sofisticado. Tenéis hackeada toda la red y todos vuestros móviles están intervenidos, confirmado.

—¡Lo sabía! ¡Hijo de la gran puta! —interrumpió Cora.

Los demás se miraban con caras irritantes. Cora preguntó rápidamente:

—¿Lo sabe Trentin?

—Sí, se lo hemos dicho.

El agente King les explicó la situación desde el principio para que fuese lo más entendible posible, dada la complejidad del asunto:

—Todas las comisarías parten de un sistema de archivos comunes y compartidos para cada estado, con puertas traseras, cerraduras múltiples, cortafuegos y demás. Los cifrados o encriptamientos se suceden automáticamente y en períodos inexactos para que no surjan patrones. En principio, infranqueable para acceder desde fuera. Pero en cambio, desde dentro es mucho más fácil. Es decir, la información, como sabéis, se clasifica por niveles y dentro de esos niveles hay subniveles. La palabra virus tiene mala fama. Un virus en realidad es como una vitamina, sirve para el organismo cuando se utiliza de manera correcta. Un virus puede matarte, pero una vitamina en exceso también. Pues bien, hemos hallado en vuestro sistema a *Mimicus*. Se trata de un gusano de múltiples capas. El nombre viene en referencia a un molusco cefalópodo del orden Octópoda, es decir, un pulpo. Pero no un pulpo cualquiera, sino uno que se caracteriza por imitar a más de quince especies marinas distintas con muchísima facilidad. Y todo ello con un único objetivo, cazarlas. Su nombre científico es «*Thaumoctopus mimicus*», más conocido como el pulpo de

harina. Es un programa de intrusión muy sofisticado, versátil, alquilable y muy caro, por su cien por cien de efectividad. Dentro de *Mimicus* hay una matriz y dentro de ella un enjambre de “moscas”. *Mimicus* aterriza en el sistema del ordenador y desde allí imita archivos para poder llegar a su objetivo programado. Una vez oculto y bien anclado despliega su enjambre de moscas.

El agente especial Carthy continuaba:

—Las “moscas” son receptores de información en forma de balizas. Le pusieron ese nombre porque sobrevuelan por los archivos sin llamar la atención. No crean daños en el sistema, tan solo captan información, la repican y la envían a la matriz de *Mimicus*. Este procesa toda la información que recibe y la ordena por familias, e inmediatamente la envía a una nube en forma de copia de seguridad. Esa nube es una nube-pantalla, es decir, una nube dentro de otra nube, propiedad del sujeto en cuestión o de un colaborador suyo, pero en todo caso sin antecedentes.

—Verlo para creerlo —intercalaba Rudy.

El agente King le cogía el relevo:

—El único inconveniente es que para introducir a *Mimicus* en el sistema hay que hacerlo físicamente. Desde el exterior y en este sistema es casi imposible, ya que el riesgo por neutralización es muy alto, y sea quien sea el que ha hecho esto, tiene acceso a esa información.

Cora le interrumpió:

—¿Puedes saber desde qué ordenador se ha hecho todo esto?

—Sí. Y ha sido desde el tuyo, Cora —le contestó.

—¿Cómo?!

El agente Carthy se lo argumentaba:

—Sabe que estás al mando del caso y te desafía. Es un mensaje muy claro: «nada puede detenerme». Son pautas que ya hemos visto en casos similares. *Mimicus* se ha capsulizado como un archivo comprimido y se ha camuflado como una herramienta del sistema dentro de la red interna de esta comisaría. Lo podría haber ocultado sin más, pero se siente tan poderoso que ha querido darle incluso un nombre al archivo: «Monroe St.». Imagino que eso te dice algo.

Al oír aquello Cora perdió el hilo de la conversación por un instante y la expresión de su rostro cambió. Por supuesto que sabía cuál era aquel significado. Pero la pregunta que ella se hacía era: ¿cómo diablos lo sabía él? ¿Acaso tenía algo que ver con la muerte de su padre? Era otro golpe para su alma que ya acumulaba un gran deterioro. Cora no hablaba.

Todas las miradas se centraron en ella. Cora parecía haber entrado en trance durante unos segundos. De repente, se activó:

—¿Cómo ha podido hacer todo eso en plena comisaría, desde mi ordenador y a la vista de todos?

Esta vez era el agente King quien le aclaraba la duda:

—En realidad la acción es muy sencilla. Alguien entra en tu despacho cuando tú no estás,

le da al botón de encendido del ordenador e inmediatamente introduce en él un *pendrive*. El *script* que lleva incorporado destruye automáticamente tu contraseña y crea al nuevo y único administrador, con lo cual ya tiene todos los privilegios de esa computadora. Acto seguido *Mimicus* se auto-descarga en el escritorio y allí mismo se instala. Y todo esto sin utilizar el teclado. Tan solo hay que esperar a que la lucecita del *pendrive* deje de parpadear para extraerlo de nuevo. Cualquiera puede hacerlo. Es fácil, limpio y sin riesgo. Es perfecto.

La cara de todos era de auténtica indignación. Pero había mucho más. El agente Carthy aportaba los datos:

—También os puedo confirmar que ha utilizado este mismo sistema para el servicio de emergencias, el hospital John Hopkins y en todas las universidades de Baltimore. Nos dimos cuenta de que había balizas que repiqueaban con mucha frecuencia ciertos códigos encriptados. Una vez los liberamos aparecieron dichos centros.

Cora se levantaba de la silla alterada:

—¿O sea que el hijo puta ha estado aquí físicamente?!

El agente King le proponía la hipótesis más lógica:

—No, pero ojalá hubiese estado, ahora tendríamos un rostro. Lo normal es que haya pagado a alguien para hacerlo. Y apuesto a que ha sido una de las mujeres de la limpieza. Siempre utilizan a alguien que es prescindible. Se les ofrece una cantidad tan alta que no pueden rechazar. El proceso desde que se introduce el *pendrive* en el ordenador dura menos de dos minutos. A partir de ese momento, *Mimicus* ya está operativo en el ordenador. La supuesta mujer se embolsa en ciento veinte segundos lo que ganaría en cinco o seis años trabajando. Son un sector muy vulnerable y con acceso directo al objetivo sin levantar sospechas, justo lo que necesitan. En todas las empresas hay mujeres de la limpieza. Además cobran por adelantado y en metálico. Nadie dice que no. Al candidato lo escogen muy bien y lo contactan con antelación. Por supuesto, el portador de *Mimicus* no tiene ni idea de lo que va a ejecutar. Tan solo cumple la orden por la que le han pagado muy generosamente. Una vez *Mimicus* abandona el *pendrive*, este queda vacío, la mujer lo vuelve a extraer y lo tira posteriormente en cualquier contenedor lo más alejado posible de la comisaría.

Jack le habló en tono amigo:

—No puedo creer todo lo que nos está pasando, Ryan.

Cora intentaba asimilar toda aquella información:

—Si es así aparecerá en las grabaciones. Pondremos a alguien de inmediato ¿Puedes saber el día en que *Mimicus* se introdujo?

—Sí, pero en todos los casos, lamentablemente, la mujer desaparece al día siguiente — contestaba el agente King.

Cora levantaba sus cejas:

—¿Desaparece?

King continuaba:

—Sí, cadáver. Quien está detrás de este tipo de casos no deja un solo cabo suelto. Riesgo cero. Aunque encontráramos a la mujer, tan solo nos podría decir cómo contactaron con ella y dónde recogió el maletín con el dinero junto con el *pendrive*.

Cora buscaba patrones:

—¿Tenéis algún caso similar sin resolver?

—En los últimos cinco años, uno. En Phila-delphia —le contestaba el agente King.

Cora insistió en ello:

—¿Qué pasó?

Pero esta vez le contestó al agente Carthy que por su respuesta lo tenía todavía muy fresco en su memoria:

—Simplemente se esfumó. Nos acercamos tanto que sintió el frío metal de las esposas. Desapareció sin dejar rastro. Encontramos la cueva, pero no al oso. El caso sigue abierto.

—Aún así tenemos que estrujar cualquier posibilidad, no nos queda otra —añadía Cora.

King le daba el dato:

—*Mimicus* entró en tu ordenador el martes veintinueve de enero de este año, a las once y cuarenta y siete minutos de la mañana.

—¡Dios santo! Lleva más de dos meses sabiendo todo lo que escribo. En todo este tiempo lo único que hemos hecho ha sido limpiar la basura que dejaba a su paso. Ha ido por delante en todo momento, el muy cabronazo ¡Maldito seas! —y lanzó de golpe la silla contra la pared, quedando ésta inservible.

El agente Carthy añadía:

—Sí, por eso sabía tu correo personal y pudo mandarte el vídeo.

Cora cerraba los ojos al recordar a Sue y Johnson, y se culpaba al pensar que si esa información la hubieran tenido con anterioridad, quizás ellos hoy aún seguirían con vida.

—Alquilar a *Mimicus* le habrá costado un montón de pasta y aún lo tiene activo. Quiere estar *on-line* todo el tiempo. Lleva meses con esto, y eso significa que está enganchado, y la razón es que va ganando. El que siga aquí nos da una esperanza y es muy bueno para nuestros intereses. Tiene dinero y eso significa recursos. Y un ase-sino con recursos es mucho más peligroso. Se mueve con más soltura y tiene mucha más cobertura para sus actos. Sube el nivel en función de sus resultados, y le gusta jugar. —siguieron exponiendo los nuevos expertos.

A Cora se le retorció el estómago al oír eso:

—¿Cómo has dicho?

Pero era el agente especial al mando King quien le contestó esta vez:

—Sí, son adictos al juego. Sé lo de los dados. Jack me pasó una copia del informe. Esto les entretiene, les motiva y crean sus fantasías, que por supuesto llevan a la práctica. Son unos auténticos monstruos, sí, pero nunca debemos olvidar que son ordenadísimos en el delito. Conocen perfectamente el mercado por el que se mueven. Además siempre tienen planes alternativos al original. No quieren morir, pero llegado el caso, lo prefieren antes que perder. Estar encerrados no es lo que más les conviene. Son muy agresivos, pero no demasiado impulsivos y sí muy astutos. En definitiva, unos verdaderos demonios, como ya habéis visto.

—Veo que los conoces bien —le dijo Jack.

—Sí, y por desgracia intentando cazarlos también hemos perdido amigos.

—Menudo asco —añadía Julien.

El agente Carthy aumentaba las malas noticias:

—Y por si eso fuera poco, *Mimicus* tiene una orden de fragmentación, es decir, tiene fijado un día y una hora para su autodestrucción, que el asesino puede adelantar remotamente en caso de necesidad.

Cora se impacientaba:

—¿Has podido averiguar esa fecha?

Éste le contestaba:

—Sí. El uno de abril de dos mil diecinueve, es decir, el próximo lunes.

Cora predecía:

—Que es cuando tiene previsto desaparecer. Él mismo me dijo que yo sería su última modelo antes de abandonar el país.

—Entonces, según esa fecha, nos queda literalmente, tan solo cuatro días —dijo Brent.

El agente King no podía asegurarlo:

—Obviamente no podemos dar por sentada esa afirmación. La fecha nos indica cuando *Mimicus* va a desaparecer, pero no que él vaya a hacerlo también. Si nos atenemos a la lógica, es muy probable que así sea, ya que la fecha la ha fijado él, y solo él conoce su significado concreto. Pero como siempre en este trabajo, todo esto son tan solo conjeturas y puntos de vista.

Jack reflexionaba en voz alta:

—Todo este caso ha sido volátil desde el principio. Una auténtica pesadilla que el muy cabronazo nos ha hecho vivir en primera persona y con un precio a pagar demasiado alto.

Cora miraba al agente King y le decía:

—Tengo la sensación de que lo hará, y no estoy dispuesta a permitirlo —finalizaba muy segura de sí misma.

El agente Carthy quería añadir:

—Si eso pasara, no habría manera de volver a contactar con él, eso seguro. Así que tenemos que actuar rápido.

Julien miraba al agente King y le decía:

—¿Y todo esto lo habéis averiguado desde Washington?

—Sí, en nuestra sala *Matrix* —afirmaba éste.

Jack halagaba a su amigo pero seguía indagando:

—Impresionante. ¿Y el punto de origen?

Su ex-compañero de universidad le respondía:

—El programa indica que hay más de un millón de puntos de origen por los diferentes estados del país. Pero solo uno es real y en concreto es el que mayor intensidad de señal tiene de todos ellos. A simple vista, parece una fluctuación de energía sin más, pero os garantizo que es la cueva. Es casi seguro que lo utiliza como su centro de mando.

—¿Y ese punto es físico? —se interesó Cora.

El agente Carthy le respondía:

—Por supuesto. Allí debe tener todo el tinglado.

—¿Y dónde está? —insistía Cora mirándoles a los dos.

El agente Carthy le respondía muy rotundo y con una media sonrisa irónica:

—Aquí en Baltimore.

—¡Pues vayamos a por ese hijo de puta ahora! —se lanzaba Eric.

El agente King, entendiendo la reacción de Eric, le dijo:

—No todo son buenas noticias. La dirección exacta la desconocemos todavía. La buena noticia es que sabemos dónde esta.

Cora perdía los papeles:

—¿Y dónde cojones está?

King respondía:

—En un servidor que ya tenemos localizado. Tan solo hay que entrar y leer esa dirección. Eso supondría menos de una hora.

Cora seguía rabiosa:

—¿Y se puede saber por qué no habéis entrado aún?!

El agente King tenía una razón más que justificada:

—Porque para entrar hay que romper la “puerta” principal, y se daría cuenta de inmediato.

Esa alarma haría que al instante cambiara el lugar de la cueva al sentirse acosado. E incluso podría abandonar precipitadamente el país y nunca sabríamos quién es.

—El caso de Philadelphia, ¿verdad? —dijo Jack.

—Exacto —respondía King.

—¡Dios, qué ganas tengo de cogerlo! —añadía Julien.

—¿Entonces qué nos aconsejas? —preguntaba Jack.

—Algunas acciones dentro de un plan muy sencillo y, algo de suerte, por supuesto. He traído teléfonos desechables para todos. A partir de ahora tan solo os comunicareis a través de ellos. Con eso sus ojos empiezan a cegarse y pierde algo de control sobre vosotros. Aunque ya os he dicho que este tipo de sujetos tiene muchos recursos a su alcance. Hemos pedido a *Google* la identidad de la cuenta desde donde te envió el vídeo. Ya están en ello. La tendré antes de que acabe esta reunión.

—Allí tiene que haber pistas —decía una Cora ansiosa.

El agente King intentaba hacer un pequeño balance general:

—Os garantizo que todo esto no puede haberlo hecho una sola persona. Y si es un lobo solitario, al menos recibe ayuda desde otros lugares. Normalmente utilizan servidores comunes de grandes redes sociales para poner su oferta, como chats en vivo de pederastia, prostitución de sumisiones, de raptos, de asesinatos de animales en directo, de suicidios inducidos y todo ese tipo de basura. Allí siempre hay gentuza dispuesta a colaborar por un buen precio. Todo ese entorno de vicios cuesta mucho dinero. Y esos sitios son un buen caladero para pescar tiburones y bichos raros que utilizar como siervos para sus fines. Es muy probable que la chica que has matado hoy surgiera de alguna de esas páginas. Hay tantas de esas categorías que aunque cerráramos una cada segundo podríamos estar todo el año, y quizás no consiguiésemos nada. Y aunque suene macabro, es más eficaz mantenerlas abiertas para adentrarte en ellas y extraer la información que nos ayuda a cerrar otros casos. Porque en este tipo de páginas, cierras una y salen tres. Al final, el verdadero virus es el propio ser humano.

—¿Y las acciones? —apretaba Cora.

—Yo blindaría de policías el distrito del punto de origen, que es la región norte, entre Alameda y Pimplico Road, para un posible lazo corredizo. Pero antes hay que atar cabos, la zona a cubrir es muy grande, y no puedes ir con las sirenas a todo volumen ni que todo el cuerpo de policía desfile por allí como si fuese la Mardi Gras de Nueva Orleans y además por un tiempo indeterminado. Necesitamos datos concretos y conocer sus tiempos.

—A ver esos teléfonos —dijo Cora.

En ese momento agente King recibió una llamada:

—Entendido, gracias.

Cora inmediatamente le dijo:

—¿Qué ocurre?!

—Ya tengo la dirección y el titular de la IP desde donde te enviaron el vídeo. Se trata de Luka Pinot, veintinueve años. Vive en el mil setecientos veinte de Light Street, en Riverside Park, aquí en Baltimore.

A todo el mundo le subieron las pulsaciones. Cora alzó la voz:

—¡En marcha! ¡Os venís con nosotros! —dijo casi ordenándolo.

El agente King se opuso:

—Negativo. Nosotros seremos vuestros ojos en la red. Además aquí hay mucho más por analizar. Hay que rastrear muy a fondo los servicios que ha utilizado por si hay algo más oculto y descubrir quién entró en tu despacho.

Cora estaba ansiosa por salir, pero le recordaba al agente King un pequeño detalle:

—Necesitamos una orden para entrar en esa dirección.

—El F.B.I ya ha emitido esa orden y os cede el honor. No hace falta que llaméis al timbre, tirad la puerta abajo y quemad pólvora.

A Cora le subió el ánimo de golpe:

—¡¡En marcha!!

Todos salieron de la comisaría algo más optimistas. La esperanza de encontrar quizás el camino correcto hacia aquel monstruo les llenaba de ilusión por primera vez en mucho tiempo. Y tener el respaldo de la agencia federal era como llevar en todo momento un chaleco antibalas invisible.

CAP. 9

UN FANTASMA SIN ROSTRO

—21:59h.—

Ya en la casa y después de registrarla de arriba abajo, Cora llamaba al agente King, quien estaba impaciente:

—¿Lo habéis encontrado?

—Sí, aquí está —le contestó Cora.

—¿Os ha dicho algo? —preguntaba ansioso.

—No ha abierto la boca. Está muerto —le contestó muy seria Cora.

—Cómo no... —le asumía este.

Cora le describía los detalles:

—Está desnudo y frío como un témpano. Lo ha clavado en una silla con unas larguísimas puntas y lo ha puesto delante de la televisión como si la estuviera mirando. Para que la cabeza permaneciera en posición vertical le ha atado las orejas al respaldo de la silla con sendas cuerdas rojas. Es más que evidente que lleva muchas horas así.

—¡Qué cabrón! No deja ni uno vivo. —añadía el agente King.

Cora siguió contándole lo que tenían allí:

—Lo ha marcado como la víctima veinti-cuatro utilizando nuevamente dos dados, el veinte y el cuatro. Le ha sellado la boca con cuatro puntas para que los dados no se caigan —le explicaba Cora amargamente.

King le pedía:

—Traed el ordenador, puede que encuentre algo.

Pero Cora:

—Se lo ha llevado y en su lugar ha dejado uno de plástico pequeñito. Y no solo eso, ha dibujado en el pecho de este pobre chico, el icono de encendido del ordenador con su maldito cuchillo. ¡Menudo diablo! Seguramente habrá sido *post mortem*, porque la exsanguinación parece haberse producido por la arteria femoral, a juzgar por la incisión tan visible en la pierna derecha. Aquí en el suelo parecen estar los cinco litros de sangre que habrán salido de su cuerpo como un

verdadero torrente.

El agente King comentaba en voz alta:

—Otro que no hablará. ¿Algo más?

—Sí, debajo del ordenador de juguete ha dejado un pequeño sobre blanco con una hoja también en blanco en su interior, y justo al lado un reloj de manecillas de color rojo, pero sin la correa.

El agente King aportaba sus primeras impresiones:

—Se muestra gracioso, pero en realidad es otro de sus mensajes de superioridad. Nos trata como a niños pequeños. Él hace de profesor y nos da lecciones. Conozco perfectamente esa conducta ¿qué hora indican las manecillas?

—Las nueve en punto. Así que si juntamos el icono en su pecho con esto, parece que el muy cabrón nos quiere enviar otro mensaje, sin especificar si esa hora es de la mañana o de la noche.

—Exactamente Cora. Quiere que conectemos el ordenador y que estemos pegados a él justo antes de las nueve de la mañana. Con eso también gana doce horas de tiempo, ya que si no lo puede enviar a esa hora, lo enviará a las nueve de la noche. Quiere que le prestemos toda la atención a su obra.

—Pues te aseguro que la mía ya la tiene desde hace meses...junto a mi odio.

King intentaba ayudar:

—Tenéis que comprobar si hay cámaras o micro cámaras en la casa, tanto visibles como ocultas. Puede que ahora mismo os esté observando.

—Sí, ya estamos en ello.

—22:56h.—

Cora le llamaba de nuevo:

—No hemos encontrado ninguna cámara, ni nada que nos llame la atención. Nos vamos a separar para interrogar a todos los vecinos que podamos de esta calle y sus intersecciones. Ya están aquí el forense y los compañeros de homicidios.

—Entendido.

—23:26h.—

Cora recibía la llamada del Agente King.

—Ya tenemos a la persona que entró en tu despacho. Su nombre: Bohuslova Velychenko Terekh, cuarenta y tres años, ucraniana. Mujer de la limpieza. Vive en el ochocientos setenta y seis de Pontiac Ave, en Brooklyn, Baltimore. Creo que tenéis que hacerle una visita.

—¡Vamos para allá!

Una vez colgaba el agente King, le decía al agente Carthy:

—Se acumulan los cadáveres y esto no va bien ¿Cómo van los interrogatorios en Washington de los posibles creadores de *Mimicus*?

—Están en ello. Acordonando el distrito quizás tengamos una oportunidad, porque este cabrón lo tiene todo muy controlado. Sabes a quien me recuerda, ¿verdad?

El agente Ryan no respondió, tan solo a-sintió con su cabeza.

—Si es él, esta vez no escapará. —le dijo muy seriamente y luego apretó los dientes.

—23:49h.—

Una vez en Pontiac Ave, era Cora quien llamaba al agente King:

—No está en casa. La vecina dice que hace meses que no la ve. Puede que haya vuelto a Ucrania.

—O puede que ya no respire. Voy a hablar con la policía aeroportuaria y con Washington para que emitan una orden y comprueben si ha vuelto a su ciudad, Mykolaiv —contestaba King.

—De acuerdo. Nosotros nos vamos a dormir antes de que el forense nos mire a la cara y nos confunda con cadáveres. Nos vemos mañana en mi despacho antes de las nueve.

—Cora, buen trabajo. Nosotros en un par de horas nos retiramos también. No os separéis en ningún momento, ¿entendido?

—Gracias, Ryan. Me alegro de que estés con nosotros. Buenas noches.

—Lo conseguiremos Cora, ten fe. Buenas noches. —y colgó.

A esas alturas Cora llevaba ya demasiadas muertes a sus espaldas como para que unas simples palabras la animaran a continuar. Pero curiosamente y a través de la voz del agente Ryan, esas dos pequeñas palabras habían activado de nuevo en su mente el recuerdo de su padre fallecido abrazándola interiormente. Pero ese efecto duraba tan solo unos segundos, ya que inmediatamente se le aparecían todas las víctimas del caso, especialmente Sue y Johnson, con un peso terrible de soportar.

De camino a la comisaría y mientras Jack conducía, Cora llamaba a Penny Lander, una de sus mejores amigas y columnista en el Baltimore Sun:

—¿Tienes lo que te pedí?

—Llevo llamando todo el día a tu móvil, ¿qué te ocurre?

—Perdona, lo tengo desactivado, ya te contaré.

—Bueno, verás, la televisión no funciona como el diario, aquello es un descontrol. Uno le da la orden a otro y ese a otro, y se pierde el hilo. Emma también ha estado preguntando y dice que allí todos están muy revolucionados con este caso. El diario se vende como si fuesen las rosquillas de mi abuela. Incluso ha estado por aquí la alcaldesa.

—¿La alcaldesa? ¿Cuándo?

—Esta tarde. He oído que van a grabar una entrevista contando lo que sabe del caso hasta ahora. Supuestamente por la presión ciudadana hacia la alcaldía. Ya sabes, la imagen lo es todo.

—No puede hacer eso sin mi aprobación.

—Bueno ya sabes como son los políticos, van a la suya y a la mínima te la clavan. Te venden por un puñado de votos o de clicks.

—Tengo que llamarla y aclarar ese punto.

—Se ha formado tal revuelo en la redacción que se pelean por dar cualquier novedad sobre tu caso. Y bajo los focos Marcus Sagan quiere ser él único en dar las novedades en las noticias de la madrugada. Menudo egocéntrico creído. Claro, imagínate como están los otros presentadores. El último en llegar y el primero en exigir. Creo que estas noticias le ponen cachondo.

—¿Quién es Marcus Sagan?

—¿De verdad no sabes quién es Marcus Sagan? ¿Tanto hace que no quedamos? Es nuestro nuevo presentador, la nueva apuesta de las noticias nocturnas. Un periodista guaperas, excéntrico y muy creído. Solo le importa la audiencia. Tiene ya más de un millón de seguidores en Instagram, ¿te lo puedes creer? Lleva con nosotros casi un año y el tipo se pavonea con plumas y todo. Apuesto a que es *gay*.

—Ahora lo recuerdo, es el que dio la noticia del hospital la otra noche. ¿Y qué cuelga?

—Poesía. El mes pasado Emma y yo miramos su perfil. Un asco. Reconozco que no entiendo de poesía, pero eso que cuelga es raro de cojones. Leí dos y ya tengo mi dosis de poesía para todo el año.

—Yo creo que lo que no te gusta es leer —le dijo en plan simpática.

—Mañana te lo enseñe, a ver qué opinas. En todos estos meses he coincidido muy poco con él, y de esas veces nunca me ha dirigido la palabra, el muy capullo. En fin, que no sé nada. Quedamos mañana con Emma para comer y lo seguimos hablando, ¿te parece?

—Mañana por la tarde haremos el funeral de Sue, ¿vas a venir?

—Por supuesto. Qué horror acabar así. Tienes que coger a ese hijo de puta como sea. —soltó de repente. —Lo siento, no quería presio-narte. —razonó luego—. Sé que estáis pasando un infierno todo tu equipo y en general toda la comisaría.

—No te preocupes, Penny.

—Por cierto, ¿qué tal el nuevo comisionado?

—Está de nuestra parte.

—Menos mal...porque menuda racha lleváis.

—Gracias por tu ayuda. Mañana te confirmo la hora del funeral.

—Buenas noches, Cora. Intenta descansar. Te quiero.

Y colgó.

Ya entrando en el aparcamiento de la comisaría, Jack le preguntaba:

—¿Ha podido averiguar algo?

—Hasta el momento no. Hay mucho des-control en la redacción de televisión, como siempre, pero está claro que alguien les informa. Ah, y la alcaldesa se ha pasado por el diario. Penny la ha visto hablando con el redactor jefe. Dice que le van a realizar una entrevista. No me gusta.

—Espero que no meta la pata.

—Mañana la llamaré.

—Sí, hazlo.

CAP. 10

CABEZA DE TURCO

Jueves 28 de marzo de 2019

—08:55h.—

A esa hora, ambos agentes del F.B.I ya habían desayunado y estaban esperando al equipo en el despacho de Cora con el ordenador encendido y repasando lo acontecido hasta el momento. Cora entró la primera y el agente King les recibía:

—Buenos días a todos. ¿Cómo están las familias?

Cora le respondió:

—Ya están todos levantados y en la cafetería. Acabo de hablar con algunos. No quieren estar aquí, aunque comprenden lo que estamos haciendo. Quieren saber cuándo podrán irse. Lo normal.

Rudy añadía:

—La única que no se queja es tu madre. Es un encanto.

Jack apuntaba:

—Va a ser duro para ellos esta nueva situación.

Cora lo flexibilizaba:

—Que los patrulleros les acompañen donde quieran ir. No voy a permitir que salgan solos a la calle. Hay un alma de satán ahí fuera, y puede que esté esperando arrebatarnos a alguien más. Y si ve la posibilidad se hará con ella. Siento las molestias pero no podemos arriesgar más.

—08:59h.—

A menos de un minuto de la hora fijada en las manecillas de aquel reloj sin correa, todos habían tomado su asiento alrededor de la mesa en donde Cora tenía el ordenador de la comisa-ría. Arrugaban el morro y permanecían en silencio sin apartar ni un solo instante la mirada de la pantalla. Nadie hablaba, aunque interiormente todos se sentían utilizados y a merced de un

perturbado, que marcaba el compás de los minutos todo el tiempo. Las enormes ojeras que todos portaban era otro síntoma inequívoco del desequilibrio que ahora mismo todas sus vidas estaban sufriendo.

—09:01h.—

Cuando dio la hora, Cora fue la primera en hablar:

—Qué hijo de puta, no lo ha enviado. Juega con nosotros como quiere ¡Me duele la cabeza!

El agente Carthy activaba la reunión:

—¿Algún vecino de Luka Pinot vio algo?

Brent respondía:

—Hemos preguntado en la pizzería que hay justo al lado y nadie de los que estaban esa noche allí vio ni oyó nada. En las imágenes de sus cámaras de seguridad no se aprecia nada sospechoso.

Rudy tenía un dato:

—La cámara de vigilancia que hay justamente en la esquina está pintada de negro. Seguramente se hizo pasar por el instalador de antenas, como cuando estuvo en casa de Abby para bloquearla. Luego entró y cometió el crimen. Anoche hablé con el centro de imágenes de la ciudad de Baltimore y no se aprecia quien la bloqueó, pero sí su hora exacta. Es decir, que podemos situarlo en el escenario del crimen y casi con exactitud fijar la hora de la muerte de ese pobre chico.

Julien explicaba resignado:

—Los vecinos de la calle casi ni me atendieron. Aquí en Baltimore, por lo general, la gente no quiere mojarse.

Eric corroboraba esa idea:

—Sí, aquí la colaboración ciudadana es escasa. Pero en parte entiendo su temor. Es la ciudad con la tasa de criminalidad más alta de los Estados Unidos por segundo año consecutivo. Aquí si te ven colaborando con la policía, puedes acabar muerto —añadía.

Cora flaqueaba:

—El mundo degenera y nosotros tenemos que adaptarnos. Últimamente me pregunto si vale la pena lo que hacemos. Nuestro sueldo no compensa nada de lo que estamos viviendo. Ahora me gustaría estar con Sue tomando un café y abrazarla. Tengo tanto que contarle... —y se puso a llorar.

El resto del equipo cerraba sus ojos y Jack la abrazaba.

Ninguno quería aportar nada más ya que todos sentían lo mismo. Tanto el agente King

como el agente Carthy empatizaban a la perfección con ese momento, ya que lo habían vivido en Washington tiempo atrás. Así que el agente King quiso añadir algo:

—Si no hubiese personas como nosotros, el mundo al que tú te refieres, Cora, sería mucho peor. Lo vamos a conseguir chicos, los buenos tienen que ganar esta vez. Tan solo necesitamos una oportunidad y ese malnacido acabará en la silla eléctrica.

Los demás tragaron saliva y se repartieron vasos de agua. El alma de todos estaba ya muy tocada. Aquello se estaba alargando más de lo esperado y no tenía pinta de acabar aún.

—09:13h.—

Cora, tras ingerir el agua y como si en ella hubiese disuelto vitaminas, resurgió de sus cenizas y tomó de nuevo las riendas:

—A las cinco iremos al funeral de Sue. Ya he pedido las flores. Ella, como sabéis, quería ser enterrada aquí en Baltimore, junto a su abuelo. Y así lo haremos.

—Por supuesto, en nombre de todos —añadía Rudy.

—¿Habéis encontrado algo más? —preguntaba Cora mirando al agente King.

Este no se hizo de rogar:

—Estamos descryptando archivos todavía, quedan muchos cifrados aún. Los de aduanas me han asegurado que Bohuslova Velychenko no ha salido del país, al menos legalmente. El resto de mi equipo en Washington está interrogando a expertos y posibles creadores en programas similares a *Mimicus* con antecedentes, pero todo está muy verde. No será fácil sacarles información. Son como una secta, se creen especiales al resto.

—Y en parte tienen razón. Lo malo es que se han pasado al lado oscuro. Les es mucho más rentable —añadía el agente Carthy.

Cora se dirigía a Brent:

—¿Han localizado ya a Richie Ramirez y Thomas Howson?

—Todavía no. La información que ahora tenemos de ambos es que Richie Ramirez trabaja como freelance en fiestas y eventos privados. Tiene una oficina en Little Italy, pero está cerrada. Hemos preguntado por la zona y nadie le ha visto. Y con respecto a Thomas Howson, no ha vuelto al hotel, y no tenía fiesta. Su familia denunció anoche su desaparición. Todas las comisarías de Baltimore los están buscando.

Cora asentía con la cabeza:

—Entendido. Me voy a ver a Abby, necesito verla. Los demás coged el expediente de Luka Pinot y exprimirlo. Hablad con el forense y comprobad que el cuerpo de ese chico sea realmente el de Luka Pinot. No quiero que nos la cuele como si fuese un efecto visual. Este monstruo es capaz de todo. Informarme de cualquier eventualidad. Luego iré a comer con Penny y Emma. Si os apuntáis estaremos en *The Helmand*, ¿de acuerdo? ¡En marcha!

—Yo voy contigo —dijo Jack.

—11:19h.—

Rudy llamaba a Cora. Esta todavía estaba con Abby:

—Efectivamente era el cuerpo de Luka Pinot, veintiocho años. Estudiante en la escuela de medicina de la Universidad Johns Hopkins. Vivía solo en el apartamento. Sus padres viven en York, Pensilvania.

—Buen trabajo. Llámales y que cojan el primer avión.

—Entendido.

—¿Cómo está Abby?

—Bastante animada, dentro de su estado. Le he dicho que estamos progresando.

—¿Se lo ha creído?

—No.

—14:13h.—

En una de las mesas del restaurante The Helmand, Jack, Cora, Emma y Penny intentaban centrarse un poco. Emma miraba a Penny y luego a Cora, a quien se dirigía con total delicadeza:

—¿Qué tal estás, Cora?

—Imagínate. Con un revoltijo de sentimientos y mucha culpa acumulada. A veces creo que voy a desmayarme de un momento a otro.

—Este trabajo tuyo Cora, es desgarrador. Yo no podría hacerlo. Estamos muy orgullosas de ti, aunque creemos que no te conviene.

Jack miraba a una tierna Emma e intentaba quitarle hierro a su comentario:

—No me imagino a Cora haciendo nada más. Su fortaleza es la de un Titán. De pequeña ya apuntaba maneras. Su madre me ha contado esta mañana en la cafetería que una vez de pequeña, el más malo del colegio, le cortó un gran mechón de pelo a la única pelirroja de todo el centro, una tal Penny Lander —en ese momento ésta sonreía— y que tú le pusiste una bolsa de plástico en la cabeza, lo tiraste al suelo y le hiciste comerse el mechón.

—Sí, y casi lo ahoga —contestaba toda orgullosa Penny Lander.

—¿Te ha contado que me expulsaron durante una semana?

—Minucias. Hiciste lo correcto y eso es lo que al final cuenta. —justificaba Jack.

Cora contestaba por fin a Emma:

—Puede que tengas razón, Emma, pero, ¿sabes qué? A veces el diablo viene a buscarte y cuando lo tienes enfrente tan solo tienes dos opciones: decidir si te enfrentas a él o te rindes a sus pies. La gente malvada creo que no disponen en su ADN de la ética y la moral suficiente para autoinculparse y que por eso son así. En cualquier caso, son enfermos, gente anormal en una sociedad civilizada. Hay días que la vida parece más complicada de lo que es y es en esos días en los que me gustaría llamaros, alquilar un barco y navegar hasta una isla en donde poder oír el viento, las olas del mar, ver los peces a través del agua, hablar con el sol y miraros a los ojos contemplando lo bueno del ser humano. Hay personas que matan a otras personas, pero también hay trabajos que matan a las personas que tienen que impedir que las buenas personas se vayan de este mundo sin haberlo pedido. Sin su consentimiento.

Penny la rescataba de su nube gris:

—Lo del barco aún estamos a tiempo, amiga mía. ¿Te he dicho que conozco al guapo latino encargado del embarcadero del puerto deportivo, una tal Silvano Espinoza?

Cora sonreía levemente:

—Me lo imagino.

Mientras les traían el primer plato, Emma introducía por fin la razón de aquella cita:

—He estado esta mañana en la WJZ-TV. Me llevo muy bien con Jason de mantenimiento y me ha soplado que desde hace unos meses el cámara jefe de exteriores recibe llamadas referente a este caso. Dice que una persona llama y le da el lugar al que deben ir a grabar.

—¿Y quién les llama?

—No lo sabe. Pero me ha dicho que se lo ha oído decir a los reporteros. Al principio no se lo creían pero al comprobar que era cierto, decidieron tener preparada una pequeña unidad móvil exclusivamente para cuando llama.

Penny le dijo a Emma:

—Bueno, cambiando de tema, ¿qué opinas de la última de Marcus Sagan?

—Marcus Sagan, el cretinoide de la WJZ, ahora quiere ser el reportero oficial de este caso. ¿Será capullo? Por allí dicen que se cree una estrella de cine. Su impopularidad en el plató se contrapone con su popularidad en Instagram.

—Poesía, ¿no? —intercalaba Cora.

Emma con algo de tibieza le contestaba:

—Sí, aunque es un poco rara, es decir, apocalíptica diría yo. Pero claro, cuando lees los comentarios de sus seguidores, el tío parece que es una tendencia a seguir. Creo que un día de estos Penny lo mostrará en su columna. —acabó irónicamente.

Penny saltaba de inmediato:

—Eso no va a pasar, te lo aseguro.

Cora quería verlo:

—A ver, enséñamelo.

Emma entró en su perfil con su móvil y Cora leía en voz alta lo que había colgado con fecha del día anterior:

“ Ja,ja,ja piensas y piensas, pero no actúas.

Eres débil y transparente...uno más.

La daga atraviesa tus creencias más oscuras,
y aún así crees en Dios.

Exquisito, dulce, tenue, casi líquido.

Existe otro camino, síguelo.

Mañana, mañana y mañana, seré el mismo.

Ja,ja,ja no pienses, actúa.

Dos y dos, tú y yo”.

Cora levantaba sus cejas y Jack era el primero en opinar:

—Basura.

Emma subía sus hombros:

—Bueno, supongo que en ese millón de seguidores alguien entenderá de poesía, ¿no?

Penny tenía su punto de vista:

—A saber, para mí los poetas modernos no son más que frikis, ¿y quién sigue a los frikis?...pues más frikis.

Emma miraba a Jack y a Cora:

—No sé, espero que este caso lo podáis resolver lo antes posible, porque incluso yo tengo miedo. Llevo semanas durmiendo en el piso de Penny. En nuestras oficinas casi no se habla de otra cosa. Es una locura. La alcaldesa va a grabar una especie de crónica de los hechos hasta hoy para tranquilizar a la población, imagínate.

Cora le dijo:

—Lo sé, y eso me preocupa, porque puede alterar aún más las cosas. No sé qué pensar...

Jack mirando su reloj dijo:

—Tenemos que irnos ya.

—Sí, debemos honrar a dos almas benditas.

—18:45h.—

Una vez todos en comisaría, Michael Trentin llamaba a Cora a su despacho. Él también había asistido al funeral.

—Han sido palabras bonitas llenas de amor por tu parte. Has estado muy bien, Cora. Estoy seguro que desde donde ellos estén te lo habrán agradecido.

—No quiero volver a llorar, Michael.

—No lo harás. Otra cosa, acabo de hablar con el director del hotel *Staybridge Suites*. He ordenado que acomoden a todos los familiares en él. Es el más cercano a la comisaría. He hablado con la alcaldesa, el ayuntamiento cubrirá los gastos. He creado un protocolo para protegerlos en el propio hotel. El director ha estado de acuerdo siempre que no vayan uniformados. Repásalo y modifícalo como creas conveniente, ¿alguna pregunta?

—Tú haces que no haya ninguna.

—Si necesitas algo más aquí estaré.

—Gracias Michael. Realmente eres el tipo de jefe que necesitamos por aquí.

—¡Coge de una vez por todas a ese puto cabrón! —y le guiñó un ojo.

Cora asentía.

—20:59h.—

Nuevamente en el despacho de Cora todos estaban muy pendiente de la hora y de la pantalla del ordenador. Cora le preguntaba al agente King:

—¿Alguna información en los cifrados?

—Tráfico de datos sin importancia.

De repente, al agente Carthy:

—¡Acaba de entrar un mail!

Los nervios se pusieron a flor de piel. Éste se hacía con el control.

—Ahí está el enlace.

Sin más preámbulo, lo clicó. Aquella dirección les llevó a un blog llamado “Mundo Elfos”.

—Contiene dos vídeos, uno lleva el nombre de Richie Ramirez y el otro el de Thomas Howson ¡Mierda!

Una vez fueron reproducidos, Brent no pudo contenerse:

—¡Dios mío! ¡Sus caras eran de terror! Les ha hecho sufrir más de la cuenta. No tenía motivos para matarlos. ¡Satanás!

Cora daba su opinión:

—Te equivocas. El motivo ahora somos nosotros. Quiere que todo a nuestro alrededor muera.

King informaba al grupo:

—*Google* está al corriente de esta investigación. Nos han adjudicado a una persona para facilitarnos la dirección. La tendremos de inmediato.

Rudy se levantaba de la silla pensando en lo que acababa de presenciar:

—¿Por qué no podemos hacer nada más, maldita sea?! ¡Me siento fatal!

Cora mirando al agente Carthy:

—Haz una copia y vuelve a reproducirlos.

Esta vez el análisis fue minucioso. Todos aportaban su visión:

—Parecen cometidos en dos escenarios distintos. —dijo el agente King.

—Sí, pero seguro que han sido grabados en el mismo sitio, la cueva. Tan solo tiene que ambientar dos habitaciones y ya tiene esos dos escenarios. —aportaba el agente Carthy.

Rudy daba su opinión:

—Como veis es muy detallista y no deja nada al azar. La iluminación, la posición de la cámara sin espejos para que tan solo se refleje lo que él quiere mostrarnos. Todo estudiado. Sabe perfectamente que analizaremos minuciosamente las imágenes y nos quiere convencer que son dos ubicaciones distintas.

—Pero es más seguro para él hacerlo en una. —dijo Cora.

A Eric se le removía el estómago:

—Por dios, los ha cortado en pedazos estando vivos. Que dios se apiade de sus...

King recibía un mensaje.

—¡Ya tengo nombre y dirección! Daniel Gastaver en el número cien de Woodbrook.

Cora conocía el lugar:

—Es una urbanización de lujo, y no está muy lejos de aquí ¡Vamos!

—21:49h.—

Una vez revisada toda la casa, Cora llamaba a King:

—Aquí no hay nadie.

—¿Está el ordenador? —preguntaba éste.

—No, pero en su lugar ha dejado una pequeña y antigua grabadora digital de bolsillo y se la ha metido por la boca al gato, después de matarlo, claro. Lo ha clavado en la mesa del comedor con los mismos clavos que a Luka Pinot. Parece una figura más de casa. Luego le ha taladrado la cabeza y le ha colocado un boli Bic con la punta hacia arriba, sin el tapón, y finalmente le ha atravesado una hoja en blanco.

King le daba su opinión:

—Bueno, entiendo que el mensaje es: “Escucha lo que he grabado y toma nota”.

Cora dijo:

—Sí, eso parece.

El agente King le sugirió:

—Ponte guantes y dale al play. Voy a grabarlo.

Tras unos segundos, King:

—Listo.

Accionó la grabadora y se reprodujo. Inmediatamente Cora dijo:

—No se entiende nada. Es como si lo hubiese grabado a otra velocidad. Ahora te la traen Rudy y Julien en una bolsa.

—Entendido.

—¿Qué más datos tienes sobre este chico?

—Aparece como único administrador de la casa. Treinta y cinco años y estudiante en la Universidad Estatal Morgan, aquí en Baltimore.

—Muy bien. Voy a llamar a Trentin para que ponga un par de patrullas por esta zona y registren la casa a fondo. Nos vamos directos a la universidad. Tenemos que encontrar a Daniel. Luego te llamo.

—A la orden.

—22:16h.—

El nuevo comisionado todavía estaba en su despacho. Intentaba ponerse al día en su nuevo cargo lo antes posible, pero los últimos acontecimientos no le daban un respiro, lo que le suponía marcharse a casa fuera de su horario. Cuando por fin iba apagaba el ordenador, recibió la llamada de la alcaldesa:

—Michael, mañana por la tarde haré una declaración en televisión para calmar a la

comunidad. Los padres de todas las universidades están colapsando de llamadas la alcaldía. Quieren que se garantice la protección de sus hijas. Los medios de comunicación no paran de abrir interrogantes. Son muchos días ya y es demasiada presión para mi carrera política. Voy a apartar a Cora del caso...

Trentin la interrumpía inmediatamente:

—¡No! Están muy cerca, lo presiento.

—¿Lo presiento? ¿Cree que los presentimientos tiene algo que ver en esto? Esto es una olla a presión y la última conversación con la detective no me pareció que fuera en la dirección del presentimiento. Más bien me pareció que la interlocución era una vía muerta.

Trentin sacaba su escudo:

—Bueno, teniendo en cuenta que la llamó cuando la vida de su madre pendía de un hilo, parece más que justificado su comportamiento, ¿no lo ve así?

La alcaldesa levantaba sus cejas:

—Lleva usted muy poco en Baltimore, Trentin, ¿y ya está de su lado?

Éste hacía relucir sus principios:

—Se equivoca en eso, alcaldesa. Yo estoy del lado de los buenos agentes de la autoridad, de la justicia y sobre todo, de la verdad. La intachable trayectoria de Cora en ésta profesión, junto con la conversación que tuve el otro día con ella, es más que suficiente para mí.

La alcaldesa le enseñaba los dientes:

—Espero que ambos no se equivoquen porque esto no puede durar mucho más. La declaración la haré igualmente, y me reservo lo de la detective.

Trentin le informaba de lo último:

—Ahora mismo están analizando una nueva prueba. No ha habido ningún asesinato más. Eso es un indicio de que lo están presionando. Estoy convencido de que están cerca.

Ella le respondió en un tono burlesco:

—Sí, claro, y también puede ser que esté descansando. Téngame al corriente, ya que ella no lo hace.

—Descuide, así lo haré. —le respondió seriamente.

—22:26h.—

Cora, Jack, Brent y Eric llegaban a la universidad en el coche patrulla, pero allí no estaba. Uno de los conserjes del turno de noche les dijo que muy probablemente lo encontrarían en el *Club The Great Elves*. Éste les dio la dirección: 1621 de Aliceanna St. en Fell's Point.

Mientras llegaban, al agente King le pasó una fotografía a través del móvil.

—22:46h.—

Una vez llegaron, aparcaron justo en la puerta. Todavía había luz en su interior. La puerta estaba cerrada. Cora llamó al timbre. Se acercó una chica y Cora le enseñó la placa. Ésta abrió:

—Buenas noches, ¿Daniel Gastaver?

La chica un tanto asustada no contestó y se giró hacia atrás. En ese momento, alguien vino hacia ellos.

—Soy Daniel Gastaver, ¿hay algún problema?

—¿Podemos pasar?

—Por supuesto, pasen.

Cuando la chica se fue hacia adentro, Cora habló.

—Cuánto me alegro de que sigas con vida.

Éste les miraba de arriba abajo con cara de circunstancia:

—¿Cómo?

Cora le puso al día en 30 segundos.

—No entiendo nada. Esto es un error. Yo soy...

Cora no le dejó continuar.

—No es ningún error, Daniel. Es una tirada más en su puto juego de rol.

El chico seguía en su absoluto desconcierto y su cara así lo reflejaba.

—¿Juego de Rol? ¿Me enseñan sus identificaciones, por favor?

Eric, dándole una palmadita en la espalda:

—Tranquilo, somos los buenos, y hemos venido a buscarte.

Pero aquello no hacía más que acrecentar su miedo:

—¿Los buenos? —dijo extrañado.

Brent le dijo:

—Tienes suerte de seguir vivo, ¿sabes? ¿No ves las noticias?

Éste se dirigió a Cora:

—Aun no entiendo que tengo que ver yo en todo eso que me están contando.

—No lo sé, pero está claro que él te ha escogido por un motivo muy concreto y tenemos que averiguarlo lo más rápidamente posible. Por eso estamos aquí.

—Yo no sé nada, ¡por dios!

—¿Quizás os conocéis?

—¡¿Qué?! ¡Claro que no!

—¿Cómo lo sabes?

—No conozco a ningún perturbado.

—Este tipo de perturbados, como tú lo llamas, no va por ahí llamando la atención. Perfectamente puede ser un jugador de rol de este Club. Ha matado a veintiséis personas y pensábamos que tú eras la víctima número veintisiete.

Éste tragaba saliva y se tapaba la cara con sus manos:

—Tengo que sentarme, estoy mareado.

—Claro. —le contestaba Cora.

Mientras Eric le traía un vaso de agua, Cora le insistió:

—No tenemos tiempo que perder, Daniel, y debes hacer exactamente lo que te digamos. Él ha estado en tu casa, y eso en tu vida lo cambia todo.

—Bueno, tú misma lo has dicho, él me ha escogido.

—Sí, lo ha hecho, y te ha dejado con vida y eso me asusta, porque no hace eso. Tú ahora mismo eres un mensaje que no está nada claro.

—¿Un mensaje? ¿Qué mensaje?

Jack anunciaba:

—Tienes pinta de ser una bomba de relojería, y eso es muy mal presagio.

Cora añadía:

—Sí, eso parece. Verás Daniel, este tipo no hace rehenes, porque le gusta cortar carne humana ¿entiendes eso?

—¡Joder! ¡Me va a dar un ataque al corazón!

Al fondo del local había unas ocho personas que no dejaban de mirar. Jack se desplazó hacia ellas para echarles un vistazo. Mientras, Cora se movía por el local y dijo:

—¿No tenéis cámaras de seguridad?

—No.

—¿Por qué? —insistía Cora.

—Bueno, no sé, nunca hemos pensado en ello. De hecho llevo cinco años como presidente del club y no ha habido ningún robo ni incidente alguno.

Cora no paró de mirar y de moverse:

—¿Cómo funciona el club?

Este contestó sin levantarse:

—La gente se apunta online o físicamente.

—¿Si una persona quiere unirse a un grupo cómo lo hace?

—Bueno, el procedimiento normal es que se presente ante mí y yo le presente a los diferentes grupos. Y al grupo que más le interese, manda una solicitud para su ingreso. Una vez recibida esa solicitud por parte del grupo, éstos deciden si aceptan o no al nuevo jugador. Y se le da contestación por escrito.

—¿Habéis tenido nuevos jugadores en el último año?

—Sí, bastantes.

—Necesitamos el registro de todos ellos.

—Esa información es privada.

Jack, que ya había vuelto, le dijo:

—¿Privada dices? Le ha hecho un agujero a tu privada gata en el cráneo y lo ha utilizado como lapicero. Luego la ha clavado a la mesa de tu privado comedor, ¿qué dices a eso?

Se bebió el agua de golpe y contestó:

—En el primer cajón tengo la carpeta con toda esa información.

Cora la examinó y encontró un nombre que conocía perfectamente:

—Siento lo de tu amigo.

—¿Qué amigo?

—Luka Pinot.

—¿Qué pasa con él? Hace días que no me coge el teléfono.

—No puede hacerlo. Está muerto.

—¡¿Qué?! ¿Dios!!

—Vamos a cerrar este local hasta nueva orden. Llévate la carpeta y coge también la que aparecen todos los integrantes de éste Club. Y cuando digo todos, me refiero hasta la mujer de la limpieza, ¿entendido?

—Sí, sí, por supuesto —contestó aturdido por lo de su amigo.

—Los investigaremos a todos desde comisaría.

Daniel se puso a buscar el resto de carpetas.

—A partir de este momento estás bajo nuestra protección y ya no puedes ir a tu casa. Dormirás en comisaría. —Le dijo Cora— Lo siento, pero es lo más seguro para ti.

—¿No podría dormir en casa, pero con escolta?

—Te lo diré de otra manera ¿Te gustaría que ese monstruo usara tu espalda como una hoja en blanco y que escribiera en ella con un cuchillo el nombre de la siguiente víctima mientras duermes?

—La comisaría estará bien. —contestó y asintió al mismo tiempo.

Ya con Daniel en el coche patrulla, Cora llamaba al agente King:

—Lo tengo. Ya estamos de camino.

Al agente King se le notaba sorprendido:

—No puedo creerlo, por fin alguien vivo. A ver si nos cuenta algo. Buen trabajo.

—23:56h.—

Una vez con los agentes King y Carthy, Cora explicó:

—Esta noche se queda aquí. Mañana hablaremos con él. Permanece en *shock* por lo de su amigo. Ahora nos vamos a dormir, ha sido un día muy largo. Buenas noches.

—Y que lo digas. Buenas noches.

CAP. 11

LA PIZZA

Viernes 29 de marzo de 2019

—09:31h.—

Una vez Daniel hubo desayunado, un agente lo acompañó al despacho de Cora. Allí ya estaban todos con los cafés en la mano. Cuando entró, se sintió intimidado por toda la situación y por el recuerdo de Luka Pinot, a quien lamentablemente ya no volvería a ver.

Cora al verle entrar, le dijo:

—Buenos días Daniel, ¿qué tal has dormido?

—Fatal. Llevo despierto casi toda la noche y no he hecho más que darle vueltas en mi cabeza. ¿Por qué ha enviado el vídeo desde mi casa?

Cora se lo aclaraba:

—Obviamente, para inculparte y de paso mandarnos un mensaje.

—Sí, es lo que le gusta, mandar mensajes manchados de sangre. —incidía Jack.

Cora le planteó la duda razonable:

—No sabemos la conexión que hay entre tú y él.

Éste saltó como si le hubiesen pinchado en el brazo:

—¡No hay ninguna conexión! —gritó i-rritado.

—Lo que no encaja es que sigas vivo —añadía Eric.

El chico un tanto nervioso y mirándolos a todos, soltó:

—Podéis dejar de decir eso. Todavía estoy muy afectado por lo de Britny ,por no hablar de Luka. ¡Menudo hijo de puta! ¿Por qué hace todo esto?

Cora no le quería dejar ni respirar. Necesitaba apretarle:

—¿Conoces este tipo de dados? Son los que deposita en la boca de las víctimas.

—Nosotros utilizamos estos dados, ¡pero eso no significa nada!

—¡Tranquilízate! ¿Quieres?! Nadie te está acusando de nada.

Él resopló.

—¿Qué sabes de ellos? —continuaba interrogándolo Cora.

—Son dados elfos. Éstos son los *Elvish Black and Red* de la marca Q-Workshop. Vienen en un pack de siete.

—Lo sabemos. La empresa nos los ha hecho llegar para que lo verifiquemos, ¿qué más?

—Puedes utilizarlos en casi cualquier juego de rol, ya que obviamente son dados, pero principalmente están pensados para tableros élficos o con temática élfica.

Cora no dejaba de mirarle a los ojos:

—¿Tienen algún significado concreto las inscripciones que hay al lado de la numeración?

—Soy especialista en Elfos. —contestaba éste.

—Pues adelante, ¡ilústranos! —le insistía Jack.

—Las insignias o letras que aparecen en los dados, es tan solo gramática para el Quenya, es decir, la lengua de los elfos. Esta lengua fue inventada por el escritor y filólogo británico John Ronald Reuel Tolkien, con un vocabulario de mil seiscientas palabras.

Todos se miraron muy serios.

—Los Elfos son algunos de los seres más bellos de la mitología nórdica. Ellos viven en el reino de Alfheim, uno de los nueve mundos de la mitología nórdica. El dios Freyr es el regente de Alfheim.

Todos levantaban las cejas y Jack se pasó la mano por la cara. A todos les parecían explicaciones absurdas y estrambóticas.

Sin embargo, este continuó exponiendo sus conocimientos a toda velocidad:

—Los Elfos son dioses menores de la naturaleza y la fertilidad, y tienen el poder de enfermar a los humanos pero también de curarlos con su vasto conocimiento de los poderes mágicos. Pero solo estarían dispuestos a hacerlo si se les ofrecen sacrificios. Los humanos aparentemente pueden convertirse en elfos después de la muerte...

Cora le interrumpió:

—¿Cómo has dicho?

—Según esta mitología, cuando un humano muere puede reencarnarse en un elfo.

—Menuda gilipollez —decía en voz baja Brent.

Daniel hizo ver que no lo oyó.

—En la mitología se considera una superposición considerable entre la adoración de los ancestros humanos y la adoración de los elfos, ¿sigo?

Cora se hacía una idea, así que le frenó con otra pregunta:

—No. ¿Cuál es la dinámica del juego?

—Bueno, para hacer una partida normal se necesitan mínimo cinco personas; cuatro de ellas jugadores y una con la condición de Máster o director de juego. A partir de aquí lo que se quiera.

Cora torcía sus labios hacia abajo y sus cejas hacia arriba.

—¿A qué te refieres con lo que se quiera?

—Por regla general, casi todos los juegos de rol tienen normas, pero sus partidas pueden ser infinitas prácticamente, el fin de ellas depende de lo que los jugadores o el director de juego pretenda.

Cora se impacientaba:

—Ya, ¿pero los juegos parten de una historia, de una base, de un relato, o de qué?

—Bueno, podría decirse que sí, es decir, se puede partir de un manual, o sea, un libro de juego o del teatro de la mente.

—¿Teatro de la mente? —preguntó algo extrañado Brent.

—Sí, básicamente eso quiere decir que a partir de una idea del Máster los demás jugadores van creando el juego a medida que se va produciendo.

—Vamos que improvisan. —añadió Eric.

—Podría decirse que sí.

—¿O sea que no hay una pauta a seguir en esos casos? —preguntó Cora.

—Fija no, aunque naturalmente hay que partir de una idea o de un concepto.

—¿Cuántos sois en vuestro equipo? —le preguntó Jack.

—Siete... Bueno ahora seis. —respondió pensando en Luka Pinot.

Cora quería saber su valoración:

—Y después de lo que te hemos contado, ¿qué opinas? ¿Encuentras alguna conexión entre algún juego de rol de tu grupo o de alguien del club o algo parecido que ya exista en el mercado?

—Pues no. Lo que más me llama la atención es que deposita el dado con el que supuestamente hace la tirada, en la propia víctima, cuando los dados se necesitan en cada tirada. Los dados también tienen otros significados: hacer hechizos, pasar o no una prueba según el resultado... Pero más allá de eso... ni idea.

Rudy no pudo más, se levantó de la silla y dijo:

—Esto no nos lleva a nada. ¡Putos elfos! ¡Putos dados! ¡Está matando personas, joder! Y nosotros aquí hablando de mitología. —y salió de la sala.

Cora miró fijamente a Daniel como esperando algo más. Éste dijo:

—No sé, puede que él se crea el Máster o que su personaje sea un elfo y a través de un hechizo esté matando a humanos, yo que sé...

A Brent también le afectaba lo que estaba escuchando:

—Creo que voy a volverme loco con esta mierda de los elfos...

Daniel miró a Cora y dijo:

—A ver, es un asesino, por tanto, a saber qué embrollo tiene en su cabeza. Puestos a imaginar puede incluso que haya mezclado sistemas de juegos para ser aun más exclusivo, no lo sé. Puede ser cualquier cosa. Eso es lo bonito de los juegos de rol, que la historia la puedes crear tú con todas sus posibilidades. Y a diferencia de los juegos convencionales, eres tú el que decide cuando empieza y cuando acaba. El perfil de un jugador de rol suele ser el siguiente: ambicioso, creativo, inteligente, atrevido, embaucador, estrategia y sobre todo, muy calculador.

Jack no se pudo contener:

—¡¿No me digas?!

Cora intentaba llegar a algo:

—Daniel, ¿hay algún personaje élfico o cualquier otro en la mitología nórdica que por su condición de terrorífico se asemeje o tenga de alguna manera la esencia de esa crueldad?

Éste pensó en la pregunta.

—En los juegos de rol de elfos se mata, pero no así. Yo diría que él ha creado su propio personaje y le ha dado vida. En los juegos de rol, cuando creas tu personaje, sigues, de alguna manera, siendo tú, pero en una versión mejorada, fantástica, y por supuesto, irreal. Si tuviera que definir a los juegos de rol, sería que vives por unas horas esa otra realidad. Cuando estás en el juego te olvidas de tu vida diaria, incluso de tu estado de ánimo. La mente está dentro de la historia que en esos momentos estás viviendo y únicamente estás pendiente de los demás jugadores. De ahí que en todo el mundo este tipo de juegos tenga tanta aceptación, por la evasión que te permite durante algunas horas. Incluso hay estudios que hablan de la “Terapia de Rol”.

Rudy, que ya se había aireado un poco, volvió a entrar en la sala. Todos se miraron rápidamente un segundo y Cora dirigió el grupo de nuevo.

—Jack, Brent, Eric, llevad a Daniel a la sala central de ordenadores y comprobad los historia-les de los nuevos jugadores de rol y de todos los componentes del club. Empezad por los de su equipo.

—Vamos, Daniel. —le dijo Brent.

—22:41h.—

Mientras se iban, Cora y el resto se trasladaron al laboratorio. Allí estaban el agente Carthy y el agente King con el tema de la grabadora. King lo explicaba:

—Aquí no hay ninguna huella como era de esperar. En cambio la grabación...¿dónde está Jack?

—Con el chico. —le contestó Cora.

—Llámale, esto le compete. Y al resto también.

Julien fue a buscarlos. Una vez todos, el agente Carthy hablaba:

—La grabadora es bastante antigua. Es la típica que usaban en primero de periodismo. Muchos amigos míos la tenían, incluso yo he tenido una. El audio lo ha grabado bien, pero no en ésta grabadora. Luego lo ha invertido y por último lo ha grabado en una segunda grabadora que es la que tenemos aquí. Y todo ello para que tan solo tengamos una vieja grabadora, ya que el audio en sí no aporta nada. Está registrado en un espacio insonorizado.

Cora le dijo:

—Dale al *Play*.

El audio se puso en marcha:

“¿Cómo llevas los sentimientos Jack? El juego dice que eres el siguiente. Los elfos nunca se equivocan, Jack...¡Prepárate! Ja,ja,ja,ja,ja,ja”

La cara de Jack era del todo descriptiva. Fueron unos segundos de impacto que todos pasaron en silencio. Además, al oír el mensaje, todas las miradas se dirigieron a él. Cora fue la primera en hablar.

—No te preocupes, Jack, no va a tener ninguna oportunidad.

—¡Menudo hijo de puta! —dijo Rudy.

Cora intentó minimizar la tensión:

—Recapitulemos. Jugador de rol...

—¡Nada demuestra que lo sea! —apunta-ba un Jack claramente alterado por la grabación.

—¿Te parecen pocas pruebas las que te-nemos de su puto juego?! —añadía Brent.

—Jack, tan sólo son palabras —le dijo Eric para tranquilizarlo.

—¿Sí? ¿Y qué me dices de Sue y Johnson y de todas las demás? ¿Te parecen sólo palabras? ¿Y todo este maldito caso, son sólo palabras? Lo mires por donde lo mires, apesta a locura.

El agente King propuso algo:

—Todo apunta a que es un fanático de los juegos de rol, pero, ¿y si tan sólo utiliza el rol para camuflar sus actos?

—¡Pues el hijo puta lo está haciendo muy bien! —dijo Julien algo alterado.

—¡¡¡Tantos meses y no tenemos nada!!! —gritaba Jack.

Cora intentó reconducir la situación:

—Tenemos que volver a revisar los vídeos de Richie Ramirez y Thomas Howson. Quizás hay algo en ellos que se nos escapa.

—23:15h.—

Mientras King recuperaba los vídeos, sonaba el teléfono fijo de la sala. Lo descolgaba Rudy:

—Agente Rudy... sí está conmigo... de acuerdo, pasa la llamada.

Este miró a Jack y le dijo:

—Jack, pasan una llamada del exterior para ti.

Jack se puso:

—¿Sí?

Inmediatamente y tras escuchar las primeras palabras, Jack gritó:

—¡Hijo de puta! ¡Puto enfermo! ¡Te voy a coger!

Rápidamente todo el mundo se puso en pie. Sabían con quién estaba hablando. Cora le dijo de inmediato:

—¡Jack, ponlo en altavoz!

Pero Jack ya no hacía caso, estaba demasiado exaltado.

—¡Maldito seas! ¡¿Dónde te escondes, escoria?! ¡Da la cara! ¡¡Da la cara!!

Cora apretó ella misma el botón y el agente Carthy grabó ambientalmente con su propio móvil la conversación, al ser lo único que tenía a mano.

—...Jack, Jack, Jack... me avergüenzas. Te creía más entero. Bueno, por el momento conservas todas tus extremidades. Pero eso va a cambiar, Jack. ¿Quieres saber dónde estoy? Estoy aquí, Jack, en Baltimore, mi nueva ciudad. Y he venido a por ti. ¿Qué piensas hacer, Jack?

Jack apretaba con todas sus fuerzas el teléfono:

—¡Te crees muy listo, ¿verdad?!

—Sí.

—¡No podrás con todos nosotros!

—¿Qué te hace pensar eso, Jack? Noto el miedo en tu voz.

Jack no pudo con la tensión y colgó. Todos se miraron y antes de que pudieran hablar, Jack cogió su taza de café y la lanzó contra la pared, rompiéndose en mil pedazos. La tensión y la adrenalina en la habitación había subido de golpe. Los ojos de Jack estaban muy abiertos y los movía de un lado a otro intentando pensar rápidamente. De pronto volvía a sonar el teléfono, pero esta vez era Brent quien descolgaba. Jack miró al teléfono con rabia. Brent pulsó el botón del altavoz:

—Soy Brent, ¡mamón!

—¿Qué tal, Brent? Tú no me cuelgues o lo lamentarás antes de tiempo. Pásame con Jack. Y ya hablaremos de tus modales, ¿eh?

Jack volvió a coger el teléfono:

—¡¿Qué quieres ahora, cabronazo?!

—Eso no ha estado bien, Jack. Ha sido una descortesía, una falta de respeto por tu parte, y lo pagarás con la vida, pero antes te aplicaré un incentivo. ¿Te gusta la pizza Jack?

—Jack no respondió y nadie lo hizo, aunque todos se miraron. Tras unos segundos de silencio, el altavoz volvió a hablar:

—No dejes de mirar atrás, Jack, nunca sabes quién puede estar siguiéndote.

Jack estalló como la pólvora:

—¡¿Quién demonios eres, maldito?!!!

Tras unos segundos de silencio y cuando ya todos creían que había colgado, respondió:

—Un servidor público, Jack.

Y ahora sí, colgó.

Jack le devolvió el teléfono a Brent.

—¿Un servidor público? —se extrañó Brent.

—¡¿Y eso qué cojones significa?! —dijo Julien.

—¡Es otro de sus putos mensajes de mierda! ¡Juega con nosotros! —gritaba de nuevo Jack.

—¡Cálmate por favor! —le dijo Cora.

Cora miró a King y le dijo:

—En el caso de Philadelphia, ¿hablaba por un distorsionador de voz?

—Sí. —contestaba.

Cora esta vez le preguntó a los dos:

—¿Creéis qué es él?

King fue el que le contestó:

—Llegados a este punto, sí. —contestó rotundamente.

Jack perdió los nervios con su amigo:

—¡Joder, Ryan! ¡¡¿Cuándo pensabas decírnoslo?!!

King intentó justificarse:

—Parece que es él, pero no lo sabemos realmente, yo..

Jack rápidamente se puso delante de él:

—¡Basta de juegos! ¡¿Qué pasó en Phila-delphia?! —le gritó Jack muy tajante.

King se lo contó:

—Allí tuvieron treinta y cuatro asesinatos de vagabundos. Todos ellos colgados por los puentes de la ciudad, y sin cabeza. Todos ellos varones.

—Sí, lo recuerdo, hace un par de años. Pero no le veo la relación. —intervino Cora.

Esta vez habló el agente Carthy:

—No la hay...salvo *Mimicus* y su forma de hablar.

Jack saltaba de nuevo:

—¡Mierda, Ryan!, ¡¿te parece poca coincidencia?!

King defendía su postura:

—Puede ser cualquiera, Jack. Esas evidencias no son suficientes. No tenemos la certeza de que sea la persona que creemos.

Inmediatamente, Jack se dirigió a Cora:

—Estoy harto de esta situación, Cora. Parecemos ratones asustados. ¡Quiero que entre en el servidor ahora y acabemos con esto de una puta vez!

Pero no le contestó ella, sino King:

—No puedo hacer eso, Jack. Si lo hago, lo perderemos.

Jack seguía muy nervioso y volvió a encajarse con él:

—¡Querrás decir que lo volverás a perder!

—¡Cálmate, Jack, por favor! —se interpuso Rudy.

Jack miró a King y le respondió irónicamente:

—Me voy a comprar una pizza, quizás le conozca allí.

Cora intercedió para intentar poner fin a la discusión:

—¡Basta, Jack! Le cogemos, vamos a hacerlo. Por Sue, por Johnson, por Abby, por las chicas y por todos nosotros. Ha llamado para desestabilizarnos, Jack, sólo para eso.

Pero Jack seguía demasiado tenso y no paraba de dar pasos por la sala sin cesar. De repente, el teléfono volvió a sonar y Jack se lanzó a por él y lo descolgó con mucha violencia:

—¡¡¿Pero qué quieres hijo de satanás?!!

A lo que inmediatamente rectificó:

—Perdona Kelly, yo pensaba que era... ¡¿Qué?! ¡¿Cómo has dicho?! ¡¿Una pizza?! ¡No la toquéis! —y salió corriendo dejando caer el teléfono.

Todos al oír aquello, salieron detrás de él. La caja con la supuesta pizza estaba en una de las ventanillas de atención ciudadana que había justamente en la entrada de la comisaría en su parte norte. Jack gritó a todos los presentes:

—¡Apartaos de esa pizza!

Jack pasó de largo. Cora al ver aquello, le gritó:

—Jack, ¡¿A dónde vas?! ¡No salgas de la comisaría!

Éste le respondió gritando también:

—¡¡¡A por el repartidor!!!

Cora reaccionó de inmediato:

—¡Brent, Eric, darle apoyo! ¡Rápido!

En ese momento, entró por esa misma puerta el comisionado Michael Trentin, quien al ver la situación, desenfundó su arma y salió detrás de ellos.

—¡Julien, no la toques!! —dijo Rudy dentro de la comisaría.

Cora hizo salir rápidamente a todo el mundo de allí, pero ella se quedó.

—¡Llamad a los de explosivos! —gritó Julien.

El agente King y el agente Carthy se quedaron inmóviles y a la expectativa justo en el inicio de las escaleras del primer piso, observando con cautela aquella situación tan delicada. Desde esa posición tenían la mejor panorámica de todas. Cora se acercó a la caja mientras dijo:

—No es necesario Julien, ahí no hay ninguna bomba.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó éste.

—No es su estilo.

—Cora, no te arriesgues, esto no tiene nada que ver con su estilo. Es un puto enfermo. —le

contestaba Rudy desde atrás.

Cora no hizo caso y la examinó visualmente. Olía a pizza. Finalmente y con sumo cuidado la abrió. Una vez hizo eso, todos se agazaparon esperando lo peor. Una vez vio el interior, gritó:

—¡Rudy, tráeme la documentación de la víctima número trece, rápido!

—23:33h.—

Fuera de la comisaría, Jack vio al repartidor alejarse a toda velocidad en su motocicleta por la calle Baltimore. Éste corría detrás de él mientras le gritaba:

—¡Alto! ¡Alto o disparo!

El repartidor no parecía escuchar nada y seguía hacia delante. De pronto, el semáforo al cual se aproximaba se puso en rojo. Inmediatamente, el comisionado Trentin vio que era un tiro factible y disparó contra la motocicleta dándole en el faro trasero. El repartidor gritó:

—¡Joder! ¿Qué es esto?!

Jack llegó como una exalación. Lo cogió del casco y lo tiró al suelo. Brent y Eric le cubrían entre los demás coches mientras Trentin llegaba.

El repartidor en el suelo siguió gritando:

—¡¿Estas loco?! ¡Casi me matas! ¡Voy a denunciarte, cabrón! ¡Suéltame, gilipollas! ¡Pero qué coño...!

—¡Calla y tumbate o te mato aquí mismo!

Trentin llegó y le registró pero no llevaba la documentación encima.

—¡Llévalo dentro! —dijo finalmente.

El repartidor estaba muy cabreado:

—¡Estáis realmente locos, soltadme! ¡No soy un terrorista! ¡Malditos polis! ¡No pienso traeros una pizza nunca más, hijos de puta!

Cuando llegaron a la puerta de la comisaría ya había una unidad móvil de la WJZ-TV y algo de expectación por lo sucedido en plena calle Baltimore. El reportero al ver pasar a Jack con el repartidor esposado le puso el micrófono en la cara.

—¡¿Qué tiene que ver éste chico con el caso, agente?!

Pero contestó el mismo repartidor:

—¡¿Qué caso?! ¡¿De qué hablas?! ¡Esto es brutalidad policial, amigo, eso es lo que es! ¡No me grabes capullo!

Brent y Eric apartaron al reportero y al cámara para que Jack entrara con más comodidad

y luego le cerraron la puerta en las narices. Sin embargo, continuaron grabando.

Una vez dentro, lo llevaron a la sala de interrogatorio número uno. Allí estaba ya Cora con la pizza y todos los demás.

Jack después de sentarlo bruscamente en una de las sillas, le preguntó:

—¿Qué hay en la pizza?!

—Pues lo que hay en todas las hawaianas, capullo.

Jack quería golpearle, pero no lo hizo. Todos le miraron mal. Jack continuaba:

—¿Y qué me dices de los dados?

—Un tipo me paró en Holliday St. y los puso dentro. ¿Puedo irme?

Jack volvía a la carga:

—¿Tú crees que podemos dejarte marchar después de contarnos esa historia? ¿Crees que eso es normal?

—¿Normal? En esta ciudad no hay nadie normal, tío, ¿qué me estás contando?

—¡Serás imbécil! —le gritaba un Jack nervioso.

—¿Imbécil, dices? Me ha pagado mil dólares por esa entrega, capullo, ¿quién es el imbécil?

—A ver esos billetes. —le dijo Jack mostrándole su mano.

Este se negó rotundamente.

—De eso nada, son míos. Me los he ganado, tío.

—¿Crees que te vamos a robar? No seas crío, solo queremos verlos. —intervino Brent.

—Está bien, aquí están. —y se los sacó del bolsillo interior de su chaqueta tras demorarse unos segundos.

Una vez Cora los tuvo en su poder, ordenó:

—Llevadlos al laboratorio. —y se los entregó a Eric quien salía apresuradamente hacia allí.

—¡¿Qué?! ¡No! ¡Devuélvemelos!

Cora intervino:

—Tranquilízate, sólo los vamos a analizar, luego te los entregamos. ¿Cómo te llamas?

—¡Quiero un abogado!

Cora intentaba ser amable para conseguir algo más de información:

—Ya te hemos leído tus derechos y están localizando uno para que te asista. Sólo queremos

hacerte algunas preguntas, eso es todo. Estás detenido porque te has puesto violento ahí fuera.

—¿Violento dices?! El viejo de las medallas ha disparado contra mi moto y casi me deja frito. Y este tío —señalando a Jack— casi me parte el brazo ¿Seréis mamones?! ¡Creo que me lo ha dislocado! Brutalidad policial es lo que es, ¡cabrones!

Rudy y los demás estaban a punto de comérselo, pero Cora optó por lo contrario:

—Bueno, como veo que lo tienes claro voy a hacer un trato contigo. Te voy a hacer cuatro preguntas y te voy a soltar sin cargos, ¿qué te parece?

—¡Y una mierda! ¿Aún no ha llegado mi abogado? Se lo voy a contar al juez, os vais a enterar putos polis. Encima me queréis multar por hacer mi trabajo ¿Vais hasta arriba de marihuana o qué? Me *cagoen* ¡Y ya me estáis devolviendo el dinero!

—Aún no me has dicho tu nombre. —le dijo Cora.

—¿Y eso importa?!

—Mucho.

—Óscar.

—Cuéntamelo, pero con detalles, Oscar.

—Ya lo he dicho antes, joder, un tipo me paró, puso los dados dentro y me dio mil dólares, y ya está.

Jack lo acosaba:

—¡No, no esta! ¿Qué coche llevaba?! ¿Cómo iba vestido?! ¿Le viste la cara?! ¿Qué te dijo?! ¿Cómo era su voz?! ¿Matrícula?! ¿Color de pelo?!

El repartidor no pudo aguantar la lluvia de preguntas:

—¡Basta ya! ¡No voy a contestar a ninguna pregunta más hasta que llegue mi abogado! ¿Está claro?!

Jack se alejó de él y fue hacia la puerta para no golpearle. Cora dejó que se calmara un poco, después acercó su cara a la del sospechoso y le dijo:

—¿Has oído hablar de los asesinatos de las chicas universitarias?

—Sí, lo he visto en la tele, ¿y qué?

—Era él.

—Anda ya...

—Todo aquel que entra en contacto con él, muere.

—¿Te estás quedando conmigo?

—¿Sabes lo qué les hace a todas sus víctimas?

—Ni lo sé, ni quiero saberlo. Quiero irme a casa.

—Te lo voy a enseñar.

Cora cogió una carpeta y le enseñó algunas de las últimas fotos.

—¡Dios! ¡Aparta eso de mi cara! —dijo el repartidor al verlas.

Cora le habló en tono agradable y despacio.

—Primero te drogará un poquito, lo justo para el camino. Luego te amordazará para que tus gritos sean sordos mientras te clava a una mesa con puntas del tamaño de un lápiz, como ha hecho, por ejemplo, con este gato, fíjate bien. —y le enseñaba la foto.

Éste tragó saliva. Cora continuó:

—Te extraerá sangre para pintar un bonito *collage* en la pared. Luego te cortará el pelo y te lo meterá por el culo. Pero antes te limpiará el orificio con ácido, le gustan los culos blancos. Horas más tarde, y sin darte de beber una sola gota, entrará en la habitación y hará múltiples cortecitos por todo tu cuerpo con un bisturí. Pero tranquilo, son pequeñas incisiones, no te dolerá. Irás sangrando poco a poco, y cuando haya un buen charco por todo el suelo, hará entrar a un ejército de ratas hambrientas que te dejarán irre-conocible. Mientras tanto, él grabará como se alimentan los roedores y también cómo tu alma se desvanece entre el runrún de sus dientes.

—Creo que voy vomitar. —dijo él.

Cora impasible, le dijo:

—Soy todo oídos, Óscar.

King lo grababa todo desde hacía un buen rato. El repartidor, algo pálido, empezó a hablar:

—El tipo apareció de la nada, puso su coche delante de mi moto, bajó la ventanilla y me apuntó con una pistola. Yo creía que me estaba atracando. Llevaba careta.

—¿Es ésta? —Cora le enseñó una foto que extrajo del vídeo de Sue y Johnson.

—Sí, la misma.

—Continúa —le dijo.

—Era un *Ford Fusion* negro, del dos mil diecisiete, lo sé porque me encanta ese coche. Interior rojo. No bajó de él en ningún momento. Hablaba tranquilo y pausado. Daba miedo, la verdad, pero no era su voz era como esa mierda que sale en las películas...

—Distorsionada.

—Exacto.

—Sigue.

—Camisa negra, traje negro, guantes blancos, zapatos blancos. Olía raro, como a alquitrán

o algo parecido... y ya está. No vi nada más. Estuve muy poco con él, el tiempo suficiente para que pusiera los dados. Metió su mano derecha en el bolsillo interior de su chaqueta, sacó un sobre con mil dólares y me los entregó. Me dijo que los contara. Por un momento creí que iba a dispararme. Cuando me guardé el dinero me preguntó mi nombre. Inmediatamente me dijo: “Cuando haces bien tu trabajo, todo sale bien, ¿verdad, Oscar?” Sus ojos brillaban, parecía feliz, fue muy raro.

Cora le dijo:

—Rudy te tomará declaración. Cuando acabemos con el papeleo podrás irte, ¿de acuerdo?

—Pero, ¿y mi escolta?

—Óscar, si hubiera querido matarte ya lo hubiera hecho. Te ha utilizado, eso es todo.

Éste se pasaba la mano por la cara. Cora le dijo:

—Ah, y no preocupes por la moto. Pagaremos los desperfectos.

—Sí, eso está bien, ¡pero no me iré sin mi dinero!

—Descuida, te has ganado hasta el último centavo, eso esta claro. Suerte ahí fuera. —le dijo mientras abandonó la sala.

—Tú me caes bien, tía. —le dijo éste una vez ella estaba saliendo.

—23:09h.—

Todos menos Rudy se reunieron en el despacho de Cora. El agente King iniciaba las preguntas:

—¿A qué vendrá lo de la pizza hawaiana y los trece dados?

—Además, en todos ha dejado visible el número uno, ¿por qué? —se preguntaba el agente Carthy.

—Para que sumen trece obviamente, y no otro número. El mensaje está en el trece. —dijo Cora con seguridad.

—Puede que simplemente sea para despistarnos. —propuso Eric.

Cora razonaba su respuesta:

—No lo creo, no lo necesita. Además se ha arriesgado mucho con lo del repartidor. Tiene que ser importante.

—¿Realmente crees que era él? —le preguntó Julien.

—Sí, lo era, por supuesto. Tiene tan claro que no le vamos a coger que cada vez se expone más.

—Tu madre es hawaiana, lo pilló, ¿pero el trece? —se preguntó Jack.

Brent descartaba una pista:

—Hemos revisado otra vez la víctima número trece y no le vemos la relación. Tampoco relacionamos ese número con ninguna de las otras víctimas, ni con Abby.

Cora resoplaba:

—No lo sé, necesitamos un descanso. Salgamos.

—Sí, pero vayamos al helipuerto, no quiero volver a encontrarme a los capullos de la televisión ¿Quién cojones les informará tan rápido? —preguntaba Jack con rabia.

—Obviamente sólo puede ser él. De otra manera no se explica. —le contestaba Cora.

—Qué hijo de puta. —añadía Julien.

Una vez todos arriba, Cora recibe una llamada. Era Trentin:

—Acabo de estar en el hotel; todo en orden. Tu madre ya está durmiendo, es muy tarde. Yo también me voy a descansar, ha sido un día muy largo, y vosotros deberíais hacer lo mismo.

—Sí, tienes razón. Estamos agotados.

—Buenas noches, Cora.

—Buenas noches Michael, y gracias. —y colgó.

Cora los miró a todos y les dijo:

—Era Trentin, ha estado en el hotel. Todo en orden por allí. Rudy, ¿se ha ido ya Óscar?

—Sí, le he dado los billetes, estaban limpios. Menudo elemento. Dice que eres la poli más guapa que ha visto nunca.

Cora sonreía levemente. El agente King dijo algo que todos pensaron en ese momento:

—Espero que mañana siga con vida.

Todos ponían cara de circunstancia. Inmediatamente Cora dijo:

—¡A dormir! Mañana tenemos mucho que hacer.

CAP. 12

PRIORIDAD ALPHA

Sábado 30 de Marzo de 2019

—04:09h.—

Cora se despertaba en plena noche llena de contradicciones, remordimientos y con la eterna sensación de no estar haciendo lo suficiente. Una lucha se estaba produciendo en su interior contra los demonios que asaltaban el sagrado altar de la paz. Su mente sufría enormemente al ver su sol interior eclipsado por la amarga disonancia de sus propios sentimientos. Un leve mareo le hizo levantarse de la cama. Se dirigió a la sala central de reuniones, se lavó la cara y fue a por un café. Mientras se lo tomaba, encendió la televisión. En esos momentos estaban emitiendo un resumen de los deportes, pero poco después, empezaron las noticias en la WJZ, así que se quedó a escucharlas.

—04:30h.—

“Buenas noches, les habla Marcus Sagan. Abrimos este informativo con nuevos datos acerca del caso de la chicas universitarias. Esta re-dacción ha sabido hace tan solo unas horas que la policía tiene constancia de al menos tres nuevas víctimas. La de Luka Pinot de veintinueve años y las de Richie Ramirez y Thomas Howson. Aunque los cadáveres de éstos dos últimos todavía no han sido hallados. De ser así, sumarían ya un total de veintiséis asesinatos en estos casi tres meses de hostigamiento a la ciudad de Baltimore. Todo apunta a que el asesino o asesinos podrían haber modificado levemente el objetivo de sus víctimas, basado en un juego de rol. Pero la policía no ha querido confirmar ninguna de estas tres muertes y mucho menos asociarlas al caso, porque de ser así, toda la investigación daría un giro inesperado y complicaría aun más todo el asunto. Lo que sí han hecho las autoridades es bautizar ya al caso como *Sin 'dorei* o hijo de la sangre, en relación a los Elfos de Sangre o Elfos Negros. Ya que en la boca de todas las víctimas siempre aparecía un dado con la simbología élfica. La alcaldesa Devorah Dubbons en sus últimas declaraciones no parece tener muy claro el avance de la investigación. Y por si esto fuera poco la detective al mando Cora Felton Kailani no ve una solución a corto plazo. Y por último, fuentes cercanas al caso han informado que sobre las diez de esta misma noche se ha producido un tiroteo en plena comisaría de Baltimore con un repartidor de *Blaze Pizza Baltimore* y que podría tener una relación directa con el caso. Dicho repartidor ha sido detenido cuando intentaba huir del lugar en una motocicleta. Nuestras cámaras han estado en el lugar de los hechos, vean...”

En ese momento, Cora recibió un mensaje de texto de Penny:

—“Por si estás despierta, acabamos de llegar a la WJZ. Emma ha recibido un mensaje para hacerle una entrevista a Miley Cyrus. Emma acaba de entrar. Miley no ha llegado aún. Te quiero”.

Cora la llamó inmediatamente:

—¿Penny?

—Ya sabía yo que estarías despierta. Un día de estos te va a dar algo. —dijo sonriendo.

—¿De verdad le va a hacer una entrevista a las cinco de la madrugada? ¿Es una broma?
—le dijo Cora bastante extrañada.

—No, no es una broma. Esta tarde le ha escrito su agente diciendo que solo podía ser a esa hora, ya que cogía un vuelo un par de horas después. Mañana empieza la gira en Nueva York.

—Me parece muy raro, la verdad.

—A Emma tampoco le ha hecho gracia, pero hacía mucho que iba detrás de esa entrevista, y no le ha quedado más remedio que aceptar.

—¿Qué te parece si me acerco y nos tomamos un café mientras sale Emma?

—¿No hay manera de que tengas una noche normal como todo el mundo, Cora?

—Tengo que salir de aquí o voy a volverme loca del todo.

—Vale, te espero en el jardín que hay en la entrada. Si vienes en coche tendrás que dejarlo en la parte de atrás, por aquí están de obras. Hace unos minutos que han llegado los técnicos y han cortado el acceso.

—¿Qué están haciendo a estas horas?

—Le he preguntado a uno de ellos y me ha dicho que están cambiando todo el tejado. Van a poner el trece en medio.

—¿El trece? ¿Qué trece?

—El logo de WJZ-TV es el 13 ¿Me tomas el pelo?

En ese momento, el cerebro de Cora dio un vuelco. Se quedó unos segundos perdida en el tiempo. Penny pensó que había colgado:

—Cora, ¿estás ahí? No te habrás quedado dormida hablando conmigo, ¿verdad? ¿Estás en la cama?

—Oye, Penny, ¿Marcus Sagan está en los estudios?

—Ah vale, estás ahí ¿Qué has dicho?

—¿Qué si has visto a Marcus Sagan esta noche?

—No, no lo he visto. Pero por la hora que es, supongo que estará acabando el noticiario ¿Por qué?

—¿En qué televisión trabajaba antes Marcus Sagan?

—En la NBC 10 de Philadelphia, creo.

—Penny, no te muevas de ahí. Quédate a la vista de todos ¡Voy volando! ¿Me has oído Penny? ¡¿Penny?!

Y al momento el teléfono emitió el sonido de fuera de línea.

Cora insistía:

—¡Penny! ¡Penny! ¿Me oyes? ¡Joder, Penny!

Inmediatamente llamó a Emma, pero le salió el buzón de voz. Cora corrió hacia las camas y despertó al grupo y también al agente King y Carthy.

—¡Arriba, chicos! ¡Despertad! ¡Tiene a Penny y quizás también a Emma! ¡Vamos, vamos, vamos!

El sobresalto de estos fue tremendo ya que dormían profundamente. En menos de tres minutos, todos se introdujeron en los coches patrulla menos Cora, que cogió su Harley Davidson para intentar llegar más rápido. Los agentes King y Carthy permanecieron en la central de ordenadores a la espera de las órdenes de Cora. Ya por el camino y a toda velocidad, ésta informaba y daba las órdenes a todas las patrullas de la ciudad en canal abierto:

—¡A todas las unidades disponibles! ¡Soy la detective Cora Felton! ¡Atención! ¡Cierren todas las entradas en Central Park Heights, Evergreen, East Arlington, Walbrook, Penn North, Reservoir Hill, Remington, Roosevelt Park y Hampden! ¡Operación Jaula! ¡Estamos buscando al presentador de televisión de la WJZ Marcus Sagan, principal sospechoso de los asesinatos de las chicas universitarias! ¡Ha capturado a Penny Lander y posiblemente a Emma Clayton ambas periodistas del Baltimore Sun! ¡Prioridad Alpha! ¡Repito: *Prioridad Alpha*! ¡Haced despegar al ojo de halcón y comunicarlo a todos los medios de comunicación para que barran esa zona con sus helicópteros! ¡Tenemos que encontrarla entre todos! ¡Vamos, vamos, vamos! ¡No perdáis ni un segundo!!

En pocos minutos Cora llegaba la primera a la WJZ-TV y ya se oían las sirenas de los coches patrulla de otras comisarías que llegaban también a toda velocidad. Cora había llamado también a Trentin y éste ya estaba de camino en su propio coche. Cora entraba en los estudios pero allí no había nadie. Pidió las imágenes de las cámaras de seguridad del exterior pero éstas permanecían desconectadas a causa de las obras del tejado. Cora se situó más o menos por donde se supone que Penny habló con ella por teléfono y encontró el móvil en el suelo. Inmediatamente, llamó al agente King:

—¡Tiene a Penny y también se ha llevado a Emma, porque no la encontramos! ¡No sabemos cómo se las ha llevado! ¡No hay imágenes! ¡Y aquí nadie parece haber visto nada! ¡Estamos preguntando!

—¡¡Joder!!! —interrumpía éste.

Cora hablaba a toda velocidad:

—¡Entra en ese servidor y dame la dirección. Puede que las haya llevado allí!

—¡Si hago eso le perderemos otra vez, Cora!

—¡Me importa una mierda! ¡Mis amigas están en peligro inminente! ¡No voy a perder a nadie más! ¡Hazlo!

—¡Cora! ¡Espera un momento! ¡Necesitamos un par de horas como mínimo para hacerlo en condiciones seguras!

—¡Dos horas es una eternidad en manos de ese monstruo y lo sabes bien! ¡Ese tiempo puede significar la diferencia entre verlas vivas o muertas! ¡Yo asumo toda la responsabilidad! ¡Montaremos un operativo de urgencia! ¡Pide ayuda a la Agencia Federal inmediatamente!

—Cora lo entiendo, pero, escúchame...

—¡¡Mientras yo esté al mando, las órdenes las doy yo y sólo yo!! ¡Y acabas de perder un mi-nuto valiosísimo discutiendo conmigo! ¡¡¡Hazlo ya!!!

—Está bien, ahora te llamo.

King le trasladó las órdenes a Carthy:

—Activa a nuestro Equipo de Rescate de Rehenes y a la Unidad Táctica Aérea. Ponles al día durante el trayecto, *Prioridad Alpha*. Diles que se dirijan hacia el distrito entre Alameda y Pimplico. A medida que vayan llegando les iremos informando. Voy a entrar en el servidor. Cora está al mando hasta el final. Y que Dios nos ayude.

—¡Enseguida! —le contestó el agente Carthy con el rostro tensionado.

—o5:37h.—

Tras siete minutos eternos....

—¡Ya la tengo!

—¡Estoy apuntando! —alzaba la voz Cora.

—¡Tres mil nueve de Fordney Lane! ¡La señal proviene exactamente de ahí! ¡Es una casa! ¡Nuestra Unidad Táctica Aérea ya ha salido de la base de Quántico, en Virginia! ¡En breve recibirás una llamada! ¡Los tendrás en Baltimore en cuarenta minutos!

—¡Gracias Ryan! ¡No te despegues del ordenador! ¡Dile a Carthy que llame al hospital y que agentes armados entren en la habitación con Abby y que no salgan hasta nueva orden!

—¡Descuida y ve informándome!

—o5:49h.—

Cora iba en el coche patrulla con Jack, Eric y Brent. Detrás y en otro coche, Julien y Rudy.

Estaban entrando en Ethland Ave. cuando Cora recibió una llamada del agente King:

—¡Cora, hay algo más! Tengo delante los planos de la casa, pero hay dos versiones. En la nueva, bajo el sótano, no hay nada, y en una versión anterior hay una especie de pequeños túneles de unos doscientos metros de longitud todos con salida al exterior. En total cuatro. Dos de ellos dan a Miami PL. y los otros dos a W. Forest Park Ave. Estoy convencido de que siguen ahí. Esa es la razón de que escogiera ese lugar, para tener vías de escape ¡Tenéis que cubrirlas todas!

Una nueva subida de adrenalina en el cuerpo de Cora había despejado por completo su mente:

—Pásales la versión antigua al equipo táctico y cuélgalo en nuestro sistema para que todas nuestras patrullas tengan acceso a él. Busca la foto de Marcus Sagan, de Penny Lander y Emma Clayton y adjúntalas al plano. Luego distribúyelas a todos los medios de comunicación. Tenemos que acosarlo tanto como podamos.

—¡Hecho!

—Ryan, reza por ellas. —y colgó.

El agente King no respondió a eso, en cambio cerró sus ojos por las altas probabilidades de no volver a verlas.

Por primera vez, tanto el agente King como el agente Carthy estaban nerviosos de verdad. Cora parecía haber averiguado lo que ellos no pudieron en Washington. Las muertes del caso tenían ahora que sumarse, casi con seguridad, a las muertes de Philadelphia, y quizás también a otros casos.

CAP. 13

ADRENALINA

—05:58h.—

Cora le dijo a Jack que detuviera el vehículo dos manzanas antes, concretamente en Miami Pl. Ella antes de bajarse habló por radio:

—¡A todas las unidades próximas al tres mil nueve de Fordney Lane! ¡Soy la detective Cora Felton! ¡Que ninguna unidad llegue en coche a esa dirección! ¡Repito: que ninguna unidad llegue en coche a esa dirección! ¡Y nada de sirenas! ¡Repito: nada de sirenas! ¡Cubran a pie Eldorado Ave., Miami Pl., Carleview Road y W. Forest Park Ave.! ¡Reporten cualquier indicio del sospechoso o rehenes y esperen instrucciones! ¡Yo y mi equipo somos los únicos que llegaremos al tres mil nueve de Fordney Lane! ¡Quédense en las inmediaciones de esas calles! ¡Y silencio por radio! ¡Cambio y corto!

Inmediatamente bajaron. Julien y Rudy lo hicieron justo detrás. Cora abrió el maletero y dijo:

—Linterna, chalecos y zumbando. Vamos chicos rápido y nada de radio.

Mientras cruzaban corriendo Miami Pl., Cora recibió una llamada en el móvil, el cual lo tenía en modo vibración:

—06:05h.—

—Cora Felton.

—Soy el comandante de la unidad táctica aérea del F.B.I. Estamos a seis minutos de Baltimore centro. Necesito instrucciones precisas. ¿Cuál es la situación?

—Objetivo: Marcus Sagan. Varón muy peligroso. Víctimas: dos mujeres; Penny Lander y Emma Clayton. Estamos a treinta segundos de la casa en donde podría tenerlas retenidas y vamos a entrar. Tres mil nueve de Fordney Lane. Tene-mos cubierto todo el perímetro.

—Entendido ¿Cuál es su requerimiento?

—Cobertura aérea a mi señal. Manténganse sobrevolando próximos al distrito sin que se les oiga. No tenemos confirmación de que estén en la casa, ni descripción del posible vehículo, aunque podría tratarse de una *Chevrolet* blanca logotipada como técnico de antenas, pero vamos a ciegas.

—Entendido, nos mantendremos a la espera. Cambiamos a frecuencia de radio.

—Afirmativo.

Ambos cortaron la comunicación.

—06:09h.—

Volvieron a correr y cuando estuvieron a unos sesenta metros de la casa, Cora, en voz baja, dio las últimas indicaciones a su equipo antes de entrar:

—Jack y yo, entrada principal. Rudy y Julien, norte. Eric, Brent, cubridnos. Recordad, Penny y Emma están con ese monstruo y no podemos fallar. —les dijo mirándoles con máxima preocupación.

Inmediatamente habló por radio:

—Atención. Vamos a entrar. Unidad Táctica Aérea, sobrevuele el tres mil nueve de Fordney Lane. A todas las unidades restantes, sigan en sus posiciones y sellen el perímetro. Adelante y que Dios nos ayude.

—06:14h.—

Una vez todos en posición, Cora cortó el suministro eléctrico de la casa, rompiendo el cajetín que se encontraba en la parte trasera de la misma. Lo que no sabían aún es que Marcus Sagan tenía una fuente de alimentación alternativa por si se iba la luz. Así que en cuanto la cortó se activó automáticamente otro suministro complementario compuesto por un sistema de baterías en línea de última generación. Además, tenía veintisiete cámaras, diecinueve de ellas en el interior y otras ocho en el exterior grabando las veinticuatro horas del día. Y no solo eso, disponía en su móvil de la aplicación de seguridad para ver *on-line* cualquiera de esas cámaras, y desgracia-damente, ahora mismo les estaba viendo.

—06:18h.—

Una vez dentro y habiendo recorrido rápidamente toda la casa, Cora hablaba por radio desde el sótano:

—¡Aquí no hay nadie! ¡Quiero inmediatamente veinte agentes registrando hasta el último recodo de esta maldita casa! ¡Y otros tantos recorriendo los cuatro túneles! ¡Vamos, vamos, vamos, vamos!

Jack se desesperaba:

—¡Joder! ¿Dónde se las habrá llevado el hijo de puta?!

Cora le dijo:

—Solo tiene dos posibilidades: o tiene una segunda vivienda o va conduciendo por ahí. Llama a los chicos y seguid registrando la casa. Tengo que hablar con Ryan.

Éste cogió el teléfono inmediatamente:

—¿Las tenéis?!

—No Ryan...

—¡¡Joderrr!! ¡¡Mierda!!

—Escúchame Ryan, comprueba los vehículos a su nombre y las posibles viviendas que tenga en esta ciudad y contráctalos con los de Phila-delphia. Puede que coincida alguno.

El agente King insistía sobre la WJZ:

—¿Y nadie vio nada por los alrededores de estudios de televisión?

—Era demasiado pronto y casi no había nadie. Los operarios de las obras sí vieron a Penny hablando con alguien con sudadera negra y capucha. Esos mismos técnicos desconectaron durante un par de horas la red eléctrica externa que es donde están conectadas las cámaras de seguridad de los dos aparcamientos. O sea que la identificación es nula, pero por supuesto que era él.

—Lo tenía previsto el muy cabrón.

—Sí, como todo lo que ha hecho hasta el momento. Ahora puede estar en cualquier sitio. Por si acaso he dado la descripción a todas las unidades de la furgoneta con la que posiblemente fue a casa de Abby, una Chrevrolet blanca con insignias de técnico de antenas. Pero puede que haya robado un vehículo para esta ocasión. Pásame con Carthy, pasamos al plan B.

Éste se puso de inmediato y Cora le indicó:

—Jay, busca centros privados de rehabilitación para Abby. Requisitos: que estén entre cincuenta y cien kilómetros alrededor de Baltimore. Acceso fácil en cualquier dirección, visibilidad del entorno y aislado en la naturaleza.

—Entendido, me pongo ipso facto.

—Pásame con Ryan.

Éste volvía a ponerse y Cora le explicaba el plan:

—Vamos a trasladar a Abby a un centro de rehabilitación. Será el cebo. Estoy convencida que ella es la clave y querrá cerrar el círculo antes de abandonar el país. La fecha de *Mimicus* era el uno de abril, es decir, este lunes. Tenemos menos de cuarenta y ocho horas o se acabó.

—Siento no estar de acuerdo contigo, Cora, pero sabiendo que le tenemos localizado, ¿tú te quedarías?

—En todo este tiempo, Ryan, se ha ido exponiendo más y más, es un jugador y un jugador no abandona la partida hasta que esta ha fina-lizado. Ahora mismo está pensando qué hacer, pero no se irá sin terminar lo que empezó.

—Sigo pensando que intentará huir. Además lo que tú propones es demasiado comprometido para él. No tendría ninguna posibilidad. ¿Porqué arriesgarse tanto por Abby? No tiene sentido. Siempre ha actuado bajo unas normas, sus normas, con un criterio absolutamente abyecto, sí, pero un criterio al fin y al cabo. Es muy triste lo de Penny y Emma, pero no creo que las encontremos vivas, yo...

—¡Cállate! ¡Yo no he tirado la toalla, no lo hagas tú! ¡Esto no ha acabado, Ryan! ¡Voy a luchar por ellas hasta el final!...hasta el final. —y arrancó a llorar.

El agente King se mordía los labios y en su interior el sentimiento era muy parecido al de Cora. Ambos habían perdido seres queridos a manos de un demonio común. Tenían en definitiva la misma causa por la que luchar.

El agente Carthy no dejó de mirar a King y asumió perfectamente cuál era la situación actual. King asintió con la cabeza y dijo:

—De acuerdo, Cora, hasta el final.

—Gracias. —respondía con lágrimas en su rostro.

King le hacía una apreciación bastante ló-gica:

—Cora, debes ser consciente de que es muy arriesgado por ambas partes, y que Abby no se va a prestar a ello, ¿lo sabes verdad?

—Si tienes un plan mejor que el mío en treinta segundos, te escucho.

—Por no hablar que el hospital puede que tampoco esté de acuerdo con esa decisión.

—Si el jefe de policía de esta ciudad y la alcaldesa no están conmigo en esto, presento mi dimisión...y lo hago por las bravas. Estoy convencida de que tenemos la oportunidad de atraparle y eso haremos. En esta vida si no tienes una buena causa, no vale la pena luchar. Y nosotros la tenemos ¡Y tú también la tienes Ryan!

—¿Cómo le atraemos? —preguntó un King persuadido.

—Quiero que entres en el expediente de Abby y pongas que va a ser trasladada de urgencia al centro que Carthy está buscando. Ponle una alerta que te indique cuando lo está viendo y desde qué servidor. Y ése será el margen de tiempo que tendremos para reaccionar.

—Entendido. Le pondré un icono llamativo para que parezca que le han hecho una prueba de urgencia. Si todo va bien querrá saber cual es esa prueba y conocer su estado de salud inmedia-tamente, y entonces entrará. Mientras accede a esa información yo le estaré rastreando. Tan solo necesito que esté conectado durante diez segundos. Con suerte obtendré su posición en algún punto de Baltimore.

De fondo se oyó al agente Carthy gritar:

—¡Lo tengo!

King le pasó el teléfono y éste habló con Cora:

—Es un centro nuevo, lo han inaugurado justamente esta semana. Es todo de cristal y reúne todos los requisitos. Se encuentra en *Daniels Area Patapsco Valley Satate Park*. Su nombre es *Back to life*.

—Dame el teléfono.

—06:27h.—

Cora muy seria, colgó a Carthy y llamó de inmediato al centro:

—Páseme con el responsable.

Una vez se puso y Cora le explicó la pro-puesta, el gerente y propietario no salía de su asombro:

—Creo que no sabe dónde está llamando. ¿Se da cuenta de lo que me está pidiendo? Mañana por la mañana llegan nuestros primeros cuatro pacientes. No podemos anular estos ingresos y dejarle nuestro recién estrenado centro y todo el personal a su disposición.

—Tan solo le estoy proponiendo que retrase por unos días esos ingresos.

—Esto es un centro privado, no somos propiedad del gobierno, ¿sabe?

A Penny y a Emma se les acaba el tiempo y Cora iba a por todas.

—Qué le parecería si a cambio, le anularan por un período de cinco años todos los impuestos relacionados con el centro y que además el gobierno de los Estados Unidos le regalara también una campaña televisiva a nivel nacional, más una generosa subvención durante ese mismo período de tiempo.

—Si puede conseguir eso y garantizar la integridad de todos mis empleados, ya tiene centro detective.

—No se preocupe, sus empleados no estarán expuestos en ningún momento. En unos minutos recibirá una llamada que le será muy familiar. Yo vendré en helicóptero con una unidad especial, no se asuste.

—No se preocupe, a mi tan solo me asustan los impuestos.

—Comunique inmediatamente a sus empleados la excepción y desconecte todo el sistema de vigilancia hasta que yo llegue. Al mismo tiempo ordene que preparen la mejor habitación con vistas al exterior para una paciente muy especial. No facilite esta información a nadie de fuera del centro. Quiero los planos del recinto y alrededores encima de la mesa para cuando yo y mi equipo lleguemos. Esta operación es de vital importancia para la ciudad de Baltimore. Quiero que me dé su palabra de que hará exactamente lo que le he dicho.

—La tiene detective.

—No se separe del teléfono.

—No se preocupe.

CAP. 14

THE ONLY GOD

—08:17h.—

A esa hora todavía estaban registrando la casa, pero ni rastro de Penny y Emma. Aunque estaba confirmado que era la cueva.

El sótano estaba distribuido en dos grandes habitaciones; en una de ellas hallaron todo un supermercado para el asesinato en serie: herramientas de todo tipo, material quirúrgico, pistolas medicinales para la sedación, químicos para la disolución orgánica, cámaras con ópticas nocturnas, *tasers*, seis ordenadores Apple, seis impresoras, varias pistolas, tres fusiles de asalto, granadas, botes lacrimógenos, munición, esposas, y un sin fin de cosas más. Un verdadero arsenal. Con respecto a las pruebas, eran más que evidentes: cientos de dados del kit *Elvish Black and Red* de la empresa *Q-Workshop*, vídeos de todas las víctimas del caso, numerados con los dígitos de los bolígrafos Bic, varias de las máscaras como la que usó en el asesinato de Sue y Johnson, e incluso un par de grandes congeladores en donde no era difícil imaginar lo que había dentro. En la segunda habitación, estaban fotografiadas todas las víctimas y pegadas en el mismo suelo de madera una al lado de la otra en un tamaño de veinticinco por veinticinco. Por supuesto, estaba la mujer de la limpieza de la comisaría, aunque también aparecían rostros de chicas sin identificar. Por las huellas se apreciaba que se había paseado por encima de ellas descalzo. A juzgar por cómo estaba todo dispuesto, Marcus Sagan no contaba con que descubrieran ese lugar.

Los helicópteros seguían sobrevolando el distrito, pero ni ellos ni las patrullas habían divisado la furgoneta blanca, si es que la tenía allí. Cora, algo desesperada, ordenaba ampliar los controles a toda la ciudad en una ofensiva casi sin precedentes en Baltimore. Los registros en los vehículos eran más exhaustivos, si cabe, y las retenciones kilométricas. El ambiente que se respiraba en las calles era una mezcla de temor y de falta de paciencia.

El agente King le había confirmado que no aparecía nada a su nombre en Philadelphia, y lo mismo en Baltimore, ni tan siquiera la casa que ahora estaban desmantelando de arriba abajo. Tampoco aparecía absolutamente nada en la base de datos de la Agencia Federal de Inteligencia con el nombre de Marcus Sagan, ni cotejando su fotografía. Los periodistas consultados no sabían de él y no aparecía licenciado en ninguna universidad del país. Debía de haber falsificado documentos y utilizado varias identidades falsas para realizar su vida cotidiana, vaticinaba King. Y de hecho así era, ya que Cora pudo encontrar minutos después varios carnets falsos dentro de un libro llamado *The only god*, alojado justamente en una estantería encima de las fotografías de la habitación. Incluso se disfrazaba para las instantáneas de dichos carnets. Nadie sabía en realidad quién era Marcus Sagan, aunque miles de personas vieran su rostro cada noche en televisión. Un

fantasma entre los ciudadanos y a su vez, una auténtica pesadilla para todos ellos.

—08:29h.—

Cora salía de la casa y se desplazaba en un coche patrulla junto a Jack hasta el Hospital Johns Hopkins para coordinar el traslado de Abby en un helicóptero medicalizado y poder hablar con ella antes. Durante el trayecto, Jack le preguntó:

—¿Qué te han dicho la alcaldesa y Trentin?

—Ella quiere despedirme y procesarme si esto sale mal, y Michael que a por todas.

—Nosotros estamos contigo hasta el final, ya lo sabes.

En un instante, su mirada se perdía observando las calles de la ciudad imaginando en cada esquina el horror que sus amigas podrían estar sufriendo en ese preciso instante, y rezaba por ellas. Ahora no podía desfallecer, aunque se estuviera deshaciendo por dentro.

Cora tenía coordinada a toda la policía de Baltimore y a un F.B.I con un interés especial sobre aquel que se hacía llamar Marcus Sagan. Así que pidiese lo que pidiese, se lo iban a conceder. Ahora mismo la ciudad ya estaba sellada y Marcus Sagan era el hombre más buscado del país.

—08:58h.—

Tanto la alcaldesa como Trentin habían hablado con el equipo médico del hospital para intermediar en el traslado de Abby hasta el centro de rehabilitación *Back to life*, pero antes Cora tenía que convencerla. Así que entró en la habitación sola.

—Buenos días, Abby.

—Buenos días, Cora. Llegas antes incluso que mi desayuno, y eso significa algo importante, ¿no es así?

—Qué bien te veo esta mañana, y eso me alegra muchísimo. Observo que tu vocalización ha mejorado notablemente.

—¿A qué se debe tu visita tan temprano?

—No quiero asustarte Abby, pero confías en mí, ¿verdad?

Abby se puso seria, la miró fijamente a los ojos y le dijo:

—Hoy veo algo distinto en tu mirada. ¿Va todo bien?

—Por supuesto, Abby. Estoy aquí porque tenemos sospechas fundadas que podría volver a repetirse el ataque a este hospital, y no podemos permitir eso. Hay que trasladarte a un sitio más seguro. A un lugar en donde tu protección esté garantizada al cien por cien.

La respuesta de Abby no se hacía esperar:

—Cora, ya hemos hablado de eso y no estoy para traslados.

—Escúchame bien Abby, el equipo médico está de acuerdo en un traslado de corta distancia en un helicóptero medicalizado. Además me han dicho que has mejorado mucho en estas últimas horas y yo también lo creo.

—Sí, eso es cierto. Empiezo a sentirme con algo más de fuerza, aunque la mejoría es muy pequeña.

—¿Has oído hablar de *Back to life*?

—No.

—Es un centro médico que se ha inaugurado esta misma semana. Tienen todo lo necesario para tus cuidados y para tu mejor recuperación. Está en un lugar privilegiado, y allí sí podemos garantizar por completo tu seguridad.

—No lo veo claro, Cora.

—No te preocupes, Abby, lo tengo todo previsto para que no te suceda nada en absoluto. Tenemos que llegar juntas hasta el final y con garantías, ¿lo recuerdas?

—No sé qué te ocurre Cora, pero hoy te noto diferente. Parece como si en tu interior hubiera un vacío.

Cora apretó sus mandíbulas antes de contestar:

—Tonterías. Es por el cansancio, nada más. La falta de sueño hace estragos. —y le sonrió falsamente.

Finalmente contestó una Abby más confiada que convencida.

—De acuerdo.

Cora volvía a sonreírle muy levemente.

—11:18h.—

Abby tuvo que firmar el alta voluntaria antes de subir al helicóptero. *Back to life* estaba a tan solo 20 millas de distancia, es decir que el vuelo no superaría los 12 minutos.

Mientras cruzaron el cielo azul de Baltimore, el jefe médico de Abby en el hospital habló por teléfono con el responsable de la Unidad Crítica de Rehabilitación de *Back to life* para precisarle el estado actual de la paciente que en unos momentos iban a recibir. El helicóptero de la Unidad Táctica esperó a que la aeronave de Abby despegara, para inmediatamente salir después y adelantarles en pleno vuelo llegando así unos minutos antes al helipuerto de *Back to life*.

Aunque unas millas antes, y por orden de Cora, la aeronave dio unas pasadas en círculo

rea-lizando así un pequeño reconocimiento de la zona y del propio recinto. Y este era espectacular; tenía cuatro plantas de altura sin sumar el helipuerto, cuatro garitas de vigilancia una en cada extremo, un enorme aparcamiento, varios jardines interiores, y todo en una superficie plana rodeado de un entorno completamente natural. Mientras descendían Cora llamó al agente King:

—¡Estamos aterrizando en *Back to life*! ¡El helicóptero de Abby está llegando! ¡¿Ha entrado ya en el historial de Abby?!

—Todavía no. La ciudad está patas arriba y este cabrón no aparece, ¿dónde demonios estará?

—¡Tengo que dejarte, ve informándome!

—Descuida.

—11:33h.—

Una vez descendieron, el responsable del centro subió a recibirles en pleno helipuerto, con cabida para 4 aeronaves. Este se dirigió a la única mujer de aquel comando:

—Sean bienvenidos a *Back to life*. Soy Dittmar Kaufmann, propietario y director de estas instalaciones.

—Comandante Cora Felton. Estoy al mando de este operativo. El F.B.I nos acompaña. Le agradezco su colaboración. Está a punto de llegar Abby Thayer, su paciente y nuestra protegida. Aquí tiene nuestras acreditaciones y los documentos oficiales para realizar esta operación.

—Está todo dispuesto para recibirla.

—¿Tiene lo que le he pedido?

—Por supuesto. Síganme.

El señor Kaufmann les acompañó hasta una de las dos salas de reuniones que había justo en la planta inferior al helipuerto. Esa reunión se iba a realizar con tan solo el comandante de la Unidad Táctica Matt Hatkins, Jack y Cora. Mientras bajaban por el ascensor se oía como el helicóptero de Abby se aproximaba.

Una vez en la sala, Cora pudo comprobar como los planos los tenía preparados en dos formatos: físicos encima de la mesa, y en tres dimensiones a través de una pantalla gigante instalada en una de las paredes de la propia sala. Cora habló:

—Señor Kaufmann, ¿cuántos empleados tiene a su servicio?

—En total treinta y cuatro personas. Aunque después de su llamada, tan solo he querido tener las personas imprescindibles para esta excepción, es decir, los de seguridad, cocina, el servicio para Abby e informática. Trece personas. Además esta instalación al estar tan alejada de la ciudad hace la función de residencia. Nuestro sistema de trabajo está pensado para dos turnos a la semana, uno de lunes a jueves y el otro de jueves a lunes, ambos rotativos. Cada uno es libre de

quedarse a dormir o no, aunque todos lo hacen.

—Perfecto, porque ya nadie va a salir del recinto, al menos en cuarenta y ocho horas.

—Lo entiendo y así se lo he comunicado a las personas que están aquí.

Cora ojeando rápidamente la sala le dijo:

—Veo que está a la última en tecnología.

—Así es. Somos los más punteros del país en técnicas de rehabilitación. Y estas instalaciones reúnen ciencia aplicada e inteligencia artificial. Tengo desconectado todo el sistema de seguridad como me pidió.

—Quiero que antes de conectarlo de nuevo se ponga en contacto con el agente especial Ryan King. Él supervisará remotamente nuestra actuación aquí. Necesitamos esa coordinación y todas las imágenes del complejo a tiempo real en todo momento.

—Tenemos nuestro propio sistema de vigilancia y de seguridad, y una persona dedicada exclusivamente para dicho cometido. Él lo hará.

—Llámelo, no hay tiempo que perder. Mientras llega, tome asiento, voy a hacerle una breve exposición de nuestra estancia en su casa ¿Tiene café?

—12:48h.—

Cora creía tenerlo todo controlado con respecto al centro y lo que iban a realizar en él y así lo planteó en la reunión. Intentaba no pensar demasiado en Penny y Emma, aunque era del todo imposible, y eso influía decisivamente en todos sus actos. Una vez acabó, Cora se puso a dirigir:

—Comandante, informe a sus hombres. Jack, llama al resto del equipo y que vengan lo antes posible. Señor Kaufmann, querría ver a Abby, ¿me lleva junto a ella?

—Claro.

Siguiendo las indicaciones de Cora, el señor Kaufmann había escogido una de las habitaciones de la planta baja, denominada *Estrella Fugaz*. El complejo tenía un total de doce idénticas a esa, cuatro por planta, y con una superficie interior de 40 metros cuadrados. Tan solo se diferenciaban por el nombre. La razón de ese enorme espacio era por si tenían que rehabilitar al paciente en la misma habitación, y también para poder compartir la estancia con cualquier familiar que lo así lo quisiera. Otra característica fundamental de ese tipo de habitaciones es que una de las paredes era toda de cristal, concretamente la que daba al exterior, aportando así una enorme iluminación durante casi todo el día. Las vistas estaban dirigidas al bosque que circundaba todo el complejo.

La puerta de entrada a la misma también era de cristal, completamente lisa y transparente. Por dentro y para mantener la privacidad, podían accionar un panel de un gris azulado que se superponía en la propia puerta con solo pulsar un botón. A su vez el señor Kaufmann le mostraba

su moderno sistema de apertura. Ya que en el centro de la puerta, tan solo se podía ver una especie de adhesivo rojo en forma de gota de agua, que no era otra cosa que un punto inteligente para la identificación de huellas. Se trataba de un sistema de niveles, es decir, todos los empleados del centro habían escaneado su dedo pulgar derecho una vez firmaban el contrato y esa huella quedaba registrada en su base de datos. A partir de ahí era cuando el señor Kaufmann daba acceso a los diferentes espacios según su categoría. Con esta medida nadie entraba donde no debía. El señor Kaufmann era de los que piensa que la voluntad del ser humano tiende a inclinarse por lo que no debe y éste necesita normas claras e inequívocas para su propia autodisciplina.

Por tanto, puso su dedo en el dibujo y se abrió al momento. Una vez ambos cruzaron la puerta, él le dijo:

—Para salir se abre automáticamente. A no ser que inserte un código de dos dígitos en este panel para que eso no ocurra. —y se lo mostraba. Éste estaba justo a la izquierda en el marco de la puerta.

Abby estaba tumbada en la cama y mirando a través del panel de cristal. Por fin la habían separado del sistema circular metálico en el cual había estado metida tantos días. Cora se acercó y le dijo:

—¿Estás cómoda?

Ésta giró el cuello con suavidad y le contestó:

—Este lugar es demasiado. Gracias Cora.

—No me las des a mí. Éste señor es el propietario de este paraíso de la recuperación.

El mismo Kaufmann se dirigió a Abby:

—Vas a tener al mejor equipo para una evolución efectiva, Abby. El Hospital Johns Hopkins nos ha pasado tu diagnóstico y sabemos exactamente qué necesitas, y eso te daremos. Esperamos que te lo tomes como unas vacaciones con todos los gastos pagados.

—Es muy amable.

—Una cosa más, Abby, ¿ves esas dos cámaras en la pared de enfrente? Si necesitas cualquier cosa solo tienes que mover la mano o hablar. Hay dos personas las veinticuatro horas del día pendientes de ti a través de ellas. Nada puede sucederte aun estando sola.

—Perfecto. —le contestaba una Abby aparentemente optimista.

—A veces la vida es más complicada de lo que parece, ¿verdad Abby? —apuntó el señor Kaufmann.

—Sí...—y se puso a llorar.

Kaufmann miró a Cora y le dijo:

—Estaré en mi despacho. —y salió de la habitación.

Cora cogió su mano:

—Voy a estar contigo todo el tiempo, Abby. Me alegro de que hayas aceptado. Aquí estás segura.

A ella no le salían las palabras, así que a-sintió con la cabeza y volvió a mirar hacia la cristalera. Cora se giró hacia la puerta y vio a Jack queriendo entrar. Le abrió y éste le dijo:

—Los chicos ya están de camino. Trentin viene con ellos. Todavía no sabemos nada.

Cora le miró a los ojos y le dijo:

—Quédate con ella. Voy a hacer unas llamadas.

—Muy bien.

Cora fue al despacho de Kaufmann en la primera planta:

—He visto en el porche de atrás un par de motos de *cross*, ¿me presta una?

—Por supuesto. Las llaves están puestas.

Cora cogió la de color rojo y salió al bosque. El equipo táctico la vio e informó de inmediato por radio a su comandante:

—Cora acaba de abandonar las instalaciones en una motocicleta.

Éste le contestó:

—¿Os ha dicho a dónde iba?

—No.

—Seguro que tiene un buen motivo para ello. No la sigáis.

—Entendido.

—14:39h.—

El centro de rehabilitación estaba protegido como si fuese una fortaleza a través del plan de Cora. Visualmente no se veía nada fuera de lo común, y esa era la idea. Al helicóptero de la Unidad Táctica lo ocultaron cubriéndolo con un enorme toldo queriendo indicar con ello ser una segunda aeronave del centro, ya que *Back to life* tenía su propio helicóptero, y éste sí lo dejaron visible para dar una sensación de normalidad. El helicóptero del Hospital Johns Hopkins ya había regresado a su base.

El señor Kaufmann se encargó de alojarlos y atenderlos en la medida de lo posible, ya que en el plan de Cora intervenían directamente los ocho miembros de la Unidad Táctica, y todo su propio equipo. A su vez, Cora tenía preparado a otro grupo de asalto de su propia comisaría en las dos entradas al parque. Estos permanecían ocultos dentro de unas pequeñas casetas que utilizaban los forestales del parque, pero sin poder incluir los vehículos policiales ya que las dimensiones de las mismas no lo permitían. Así que si había que desplazarse lo tendrían que hacer a pie, y eso era una enorme desventaja. Pero si no querían despertar absolutamente ninguna sospecha no podía haber ningún vehículo policial a la vista. Las casetas eran un total de cuatro y

estaban situadas en puntos muy concretos por donde el acceso era más lógico, si es que se llegaba a cumplir el pronóstico de la detective, ya que muy pocos eran los que creían que eso se iba a producir. Pero por otra parte, si la fecha para la autodestrucción de *Mimicus* era correcta y ambos iban a desaparecer, no les quedaba otra que tener esa posibilidad bien cubierta.

Los controles de entrada y salida a la ciudad de Baltimore no bajaban la guardia. Aunque alguien como Marcus Sagan acostumbrado, aparentemente, a ir de ciudad en ciudad, parecía poseer el poder de saltarse todas las aduanas y controles policiales a su antojo. Y ese era ahora el temor que a Cora le invadía. Porque una de dos: o ya había abandonado la ciudad por la presión policial o iba a presentarse en *Back to life* en cualquier momento. Claro que también había una tercera posibilidad, y era que permaneciera escondido hasta que el ambiente se calmara y tener así una opción plausible para escapar más cómodamente. Cora estaba convencida de que acabaría lo que empezó, y tan solo quería aferrar-se a esa única posibilidad.

El equipo de seguridad del centro cumplía su función con total normalidad. Eran partícipes de lo que podría vecinarse, aunque por supuesto tenían órdenes de mantenerse al margen en una posible ofensiva, si llegaba a producirse. Así que por el momento seguían en sus puestos con total normalidad, pero con más tensión de lo habitual.

El señor Kaufmann les ofreció como centro de mando la sala de descanso de los fisioterapeutas, situada en el centro del recinto y en la planta baja, ya que después de la llamada de Cora sólo mantuvo en el complejo un servicio mínimo de sanitarios para poder atender a Abby.

Allí los catorce cabían perfectamente. El equipo de cocina había llevado hasta la sala todo lo necesario para el almuerzo de todos ellos, aunque en esos momento Cora todavía no había regresado. Mientras comían, Jack hablaba con el comandante de la unidad táctica, Matt Hatkins.

—Cora sigue sin aparecer. Me llamó y me dijo que quería estar un momento a solas. Pero de eso hace más de una hora.

—Sí, lo sé, el equipo la vio salir. Jack, debemos desplegarlos por el centro y hacernos con los puntos más vulnerables e intentar cubrirlos todos. Y tenemos que ponernos inmediatamente porque hay unos cuantos.

—Estoy de acuerdo. Voy a volver a llamarla.

Jack se levantó de la silla y el comandante dijo:

—No será necesario, ahí está.

Cora entraba por la puerta y se dirigió a Jack. Éste le dijo:

—¿Va todo bien, Cora?

—Eso espero. —le contestó muy seria.

Jack no quiso preguntarle por su ausencia.

El servicio se ocupó de que ella también comiera, mientras Jack y la Unidad Táctica recorrían todas las instalaciones para realizar ese chequeo y familiarizarse lo antes posible con el lugar. El agente King ya había hablado con el responsable de seguridad informática de *Back to*

life y lo tenían todo dispuesto para que el feedback fuese lo más preciso posible entre ellos.

En cuanto Cora acabó de comer, Kaufmann la acreditó en el sistema junto al resto del equipo para que pudieran entrar y salir desde cualquier punto del recinto. Los empleados de *Back to life* no parecían estar muy satisfechos con su presencia. Desde siempre los sanitarios y las armas nunca se han llevado bien.

Minutos después, Cora entró en la habitación de Abby, pero en ese momento ella estaba dormida. Mientras se dirigía otra vez hacia la puerta para volver a salir, sonó su móvil. Era King. La llamada despertó a Abby. Cora quiso sacar demasiado rápido el teléfono de su bolsillo y se le cayó al suelo. Al recogerlo vio que Abby la estaba mirando. Contestó:

—Sí.

—Ya lo ha visto.

Cora salía disparada de la habitación al exterior para que Abby no lo oyera:

—¿Cuánto hace de esto?!

—Cuarenta y cinco segundos.

Cora tragaba saliva:

—¿Dime que lo tienes localizado!

—Sí, lo tengo. Dos mil doscientos uno East North Ave.

Es un locutorio justo al lado del Cementerio de Baltimore.

Cora sacó el *walkie-talkie* de su bolsillo trasero izquierdo y habló todo lo rápido que pudo:

—¡A todas las unidades entre Clifton y Berea! ¡El sospechoso ha estado hace tan unos segundos en el dos mil doscientos uno East North Ave.! ¡Acudan inmediatamente! ¡Repito: el sospechoso ha sido visto en el dos mil doscientos uno East North Ave.! ¡A todas las patrullas disponibles entre Clifton y Berea acudan inmediatamente e informen! ¡Recuerden: el sospechoso tiene dos rehenes en su poder, Penny Lander y Emma Clayton! ¡Va armado y es muy peligroso! ¡Prioridad Alpha! ¡Repito: Prioridad Alpha!

Del esfuerzo, rabia y emoción, Cora caía de rodillas al suelo. Estaba sufriendo un bajón. Jack la recogía:

—Yo te sostengo Cora.

En esos momentos llegaba a toda velocidad un coche patrulla sin logotipar. Lo conducía el mismo Trentin. De él se bajaron Eric, Rudy, Brent y Julien.

Cora le dijo a Jack:

—Estoy bien Jack, ha sido solo un pequeño mareo.

—Por si acaso estaré cerca.

—Como siempre, Jack, como siempre.

Trentin bajaba del coche como lo que era, un huracán. Acababa de oír a Cora por la radio y le dijo:

—¡Menudo hijo de puta! ¡Pero le cazaremos allí! ¡Esta cerca del cementerio, su sitio!

Cora asintió y dijo:

—Vamos dentro, hay mucho que hacer.

Pero en eso momento sonaba la radio, una patrulla acababa de llegar al dos mil doscientos uno East North Ave. e informaba:

—¡Esto es una locura! ¡No podemos acceder al local! ¡Las llamas alcanzan ya la primera planta!

Cora respondía:

—¿Y los bomberos?!

—¡Llegando!

Trentin daba una patada en el suelo:

—¡¡¡Joder!!!

Cora seguía con su interlocutor:

—¿Y el sospechoso?!

—¡El humo impide ver absolutamente nada en este sector! ¡Hay cuatro unidades que están llegando, puede que ellos hayan visto algo!

Cora seguía:

—¡¡¡A todas las unidades próximas al dos mil doscientos uno East North Ave. informen sobre el sospechoso!!!

Una de las patrullas contestaba:

—¡Negativo sobre el sospechoso en las calles y ningún visual de la furgoneta! ¡Repito: negativo sobre sospechoso y furgoneta!

—¡Sigán buscando! ¡Repito: sigan buscando!

Cora ya no tenía fuerzas ni para gritar y cerraba sus ojos en señal de frustración. Los demás se miraban de la misma manera.

Trentin viendo la situación y tirando de experiencia, le dijo a Cora:

—Vamos dentro y me cuentas tu operativo. —y la cogió de los hombros para que empezara a andar—. Todos les siguieron.

—16:27h.—

Cora les presentó al señor Kaufmann y luego subieron a la sala de reunión de la cuarta planta para repasar definitivamente el plan. La detective quiso que Kaufmann nuevamente estuviera presente.

El primero en hablar fue Trentin:

—Tenemos agentes de paisano por el parque y sus alrededores como si fuesen simples turistas accediendo a él. No tenemos efectivos para cubrir las treinta y dos millas que tiene, pero sí para los accesos más lógicos y más cercanos al recinto sin llamar la atención, es decir, parte del río *Patapsco*, colinas, rutas y caminos principales. Si va en un vehículo tiene que pasar por uno de estos sitios. Y a esto hay que sumarle los dos grupos de asalto que aguardan en las casetas de los forestales. ¿Me dejo algo, Cora?

Cora en vez de contestarle, se dirigió a Kaufmann:

—Desde el aire he visto una vía. ¿Circula algún tren?

—Sí, el CSX, es un tren mixto de carga. Cruza las treinta y dos millas del parque. Es impresionante, tiene más de cien vagones. Pero los fines de semana no circula.

En ese momento, sonaba la radio de Cora. Era la patrulla que llegó en primera instancia al locutorio:

—¡Los bomberos nos acaban de dejar pasar! ¡Esta todo calcinado! ¡Hay un cadáver! ¡Es el dueño del local!

—¡Entendido! —acababa Cora.

—¿Por qué le habrá matado? —preguntaba Brent.

Trentin le contestaba:

—Porque le reconoció.

Cora y Trentin se miraban pensando que ahora mismo Marcus Sagan ya había decidido si se iba o se quedaba. A medida que pasaban las horas, los nervios entre los agentes se hacía evidente. Aquello podía durar horas o incluso días. La atención que los agentes tenían al principio del operativo iba disminuyendo a medida que iban pasando las horas, lo que suponía una falta de atención a consecuencia del cansancio acumulado. Los retenes se iban turnando, pero los cambios no se hacían con la precisión adecuada y eso podía provocar que delataran su posición. A todo esto, Cora y su equipo tenían que retirarse a descansar unas horas, ya que precisamente ellos eran los que más horas de falta de sueño acumulaban. Por supuesto, durmieron vestidos. Trentin permanecía en contacto con las patrullas a la vez que recorrían el interior de *Back to life* con la Unidad Táctica. El comandante Hatkins hablaba con Trentin.

—¿Realmente crees que se la va a jugar viniendo a por Abby?

—Cora está convencida de que lo hará, y su fe es tan fuerte que incluso da sensación de

que vaya a empujarle a hacerlo.

—Siendo honesto, no tiene ninguna posibilidad, no lo hará. Este cabrón es de los más inteligentes que hemos perseguido, y sabe perfectamente que ni tan siquiera podría llegar a la puerta de entrada con vida. ¿Por qué jugársela por una víctima más? No tiene sentido.

Trentin lo miró pero no le contestó. Su argumento era demoledor. Sin embargo, el instinto de Cora era otra historia.

CAP. 15

CARA A CARA

Domingo 31 de Marzo de 2019

—00:03h.—

Los controles todavía no habían dado sus frutos y el tiempo para encontrar con vida a Penny y a Emma prácticamente se había evaporado.

A esa hora Cora y el resto de su equipo todavía permanecían durmiendo. Trentin y la Unidad Táctica se habían turnado en dos grupos para cenar, así como el grupo de seguridad de *Back to life* compuesto por cuatro personas.

Con el estómago lleno, permanecían muy atentos a cualquier eventualidad que pudiera producirse desde cualquier punto, tanto exterior como interior. Ahora el equipamiento de todos había cambiado a negro, para camuflarse en la oscuridad de la noche. Para cubrir una mayor cantidad de superficie, se dividieron también en grupos de dos, o como la Unidad Táctica lo denomina: en binomios. Trentin y Matt Hatkins eran uno de ellos y ahora mismo estaban dando un rodeo al recinto con la máxima precaución. Trentin le comentó:

—Quiero que esto acabe de una maldita vez. A veces me pregunto cómo una sola persona puede poner en jaque a toda una ciudad.

—Sí, yo me hago esa misma pregunta. —respondió un Hatkins un tanto desconcertado.

Acto seguido cogió su radio y dijo a su unidad:

—Que todo el mundo permanezca en sus puestos y abrid bien los ojos. Puede que sea una noche larga.

—A la orden comandante. —contestó su rango inferior.

—00:05h.—

Sonaba el móvil de Cora y ésta se sobresaltaba. Era King.

—¿Sí?

—*Mimicus* acaba de desaparecer como si tal cosa. Es como si nunca hubiese existido.

Cora se frotó los ojos intentando despertar completamente. Luego le dijo:

—Todo o nada, ¿verdad?

King le contestó con voz de circunstancia:

—Sí, Cora, así es. Todo o nada.

—Gracias, Ryan.

—A tus órdenes.

Ambos colgaron y Cora observó por un momento a su equipo dormir como si nada de aquello estuviera sucediendo. Inmediatamente, se vio envuelta en una extraña percepción. Como por arte de magia, se había creado una noche hermosa, clara y con una ligera brisa. Un foco de luz procedente de una luna llena acabada de aparecer, entraba por la cristalera. Cora creyó que las almas de Sue y Johnson habían entrado en la habitación levitando como si de un baile a cámara lenta se tratase. El ¡cri,cri! de un pequeño grillo, que a su vez grillaba con fuerza, envolvió toda aquella escena. Inevitablemente, Cora perdió por unos segundos la noción del tiempo.

El sonido de una voz en la radio la hizo volver. Era la de Trentin:

—Cora, hay movimiento en los principales accesos al parque. Te espero en la entrada.

—Voy enseguida. —contestó decidida.

—o0:18h.—

En la puerta principal le esperaban Trentin y también Hatkins. Una vez llegó:

—¿Qué ocurre?

—No estoy seguro. Los principales puntos están informando de repartidores de pizzas queriendo acceder al parque. Todos dicen que las traen aquí a *Back to life*.

—¿Pero cuántos son? —preguntó Cora.

Trentin hablaba por radio:

—Agente, ¿cuántos repartidores hay?

—¡Más de treinta, señor, y no dejan de llegar! ¡Parece una concentración de repartidores!

En ese momento llegaba Jack y se unía a ellos:

—¡Es una distracción, menudo hijo de puta! —dijo alzando la voz.

Trentin, algo nervioso, le contestaba:

—Sí pero la pregunta es: ¿Él dónde coño está?!

De repente, se oyó de nuevo hablar al agente anterior:

—¡Señor, los repartidores se están impacientando! ¡Dicen que tienen una recompensa de cien dólares si las entregan antes de cuarenta y cinco minutos! ¡Esto parece un gallinero! ¡Quieren pasar!

—¡Jodeerr! —resoplaba Trentin.

Cora cogió la radio:

—¡Atención a todas las unidades del parque! ¡Retengan a todos los repartidores y comprueben que ninguno es el sospechoso! ¡Repito: no dejen pasar a ninguno! ¡Que las otras unidades les apoyen si es necesario!

—¡Recibido! —contestó el agente.

Matt Hatkins llamó a su unidad por radio sin dejar de mirar a Cora:

—¡Atención chicos!

Y mirándola sin cerrar el canal le dijo:

—Tú decides.

Cora lo tenía claro:

—Vosotros fuera, nosotros dentro.

Hatkins replicaba la orden:

—¡Ya lo habéis oído! ¡Ofensiva, desplegaros! ¡Moveos, moveos, moveos!

De fondo se oían llegar corriendo al grupo de Cora. Una vez llegaron se distribuyeron a las órdenes de Cora:

—Brent y Eric, jardines. Julien y Rudy, puerta de atrás. Jack, ve a buscar Kaufmann y que traiga a todos los empleados y los meta en la habitación contigua a la de Abby, así los podremos proteger mejor. Los de seguridad: dos al helipuerto, uno con el de informática, y el otro que se meta en la habitación con los empleados y Kaufmann también. Yo me voy con Abby. En cuanto acabes, cubre la cristalera de Abby por el exterior. ¡En marcha!

Cora justo antes de entrar en la habitación de Abby, llamó a King.

—Ryan ya está aquí.

—Sí, lo he oído por *streaming*. Carthy y yo estamos preparados. Tened mucho cuidado.

—Sí, todos tenemos que tener cuidado.

De repente, se vuelve a oír la radio de Cora:

—¡Atención, se nos han colado unos cuantos repartidores! ¡Han entrado en el parque!

¡Repito: han entrado en el parque!

Cora todavía no había colgado, King lo oyó y le dijo:

—¿Qué ocurre, Cora?!

—Problemas en una de las entradas del parque, luego te llamo. —y colgó.

Cora cogió la radio, pero antes de que pudiera hablar, lo hizo Trentin:

—¿Qué demonios ocurre con los malditos repartidores?!

—¡Lo siento señor, son demasiados! ¡No tenemos suficientes efectivos en este punto para contenerlos a todos!

—¿Pero cuántos son ahora?! —gritaba Trentin.

—¡Más o menos sesenta ya, señor! ¡Y llegan contando la misma historia! ¡Todos quieren hacerse con esos cien dólares extras!

Cora intervenía por radio:

—Agente, ¿dónde está el grupo de apoyo?

—¡Llegando!

—¡Neutralicen a los escapados inmediatamente! ¡Uno de ellos puede ser Marcus Sagan!
¡Es una orden, maldita sea!

—¡Sí, señora!

—¡E identifiquen a los demás! ¡Repito: a todos! —le seguía gritando Cora:

—¡Estamos en ello, señora, estamos en ello!

—¡Dios! —acabó gritando aún más cabreada.

Todo esto lo habló enfrente de la puerta de la habitación de Abby, pero no entró. Ella no pudo oír nada por la buena insonorización de la propia estancia. Seguidamente, fue al laboratorio a por un maletín que extrajo de la “cueva” y que había ocultado esa misma tarde allí. En su interior había unas cuantas herramientas que Marcus Sagan utilizaba habitualmente en sus crímenes. Una vez en su poder, corrió otra vez hacia la habitación. Abby al verla entrar tan aprisa, se puso muy nerviosa:

—¿Qué ocurre, Cora? Estoy muy asustada. Jack está ahí fuera en la cristalera con el arma en la mano ¿No me digas que está aquí? —preguntó muerta de miedo y a punto de llorar.

Y antes de que Cora pudiera decir nada, volvió a sonar la radio:

—¡Atención, se aproxima una luz por el norte en dirección al recinto!

—¡Identifique esa luz, agente! —le ordenó Cora.

Tras un par de segundos sin que nadie hablara, Cora gritaba:

—¡Agente, hable!

El agente, tras mirar con sus prismáticos de visión nocturna, dijo:

—¡Es el tren!

Cora contestaba algo confusa:

—¡Ese tren no circula el fin de semana! ¡Confirme!

El agente le describió lo que vio:

—¡Señora veo la locomotora y pone CSX! ¡Confirmado!

Y en ese preciso instante, sonó el silbato del tren alertando de su presencia.

Cora y Abby se miraban tras oírlo perfectamente, pero ninguna dijo nada, en cambio Trentin habló por radio:

—¡Cora es él! ¡Viene en el tren! ¡Preparados!

Abby arrancó a llorar mientras gritaba:

—¡Me has mentado, Cora! ¡Me has utilizado para traerlo hasta aquí! ¡Yo confiaba plenamente en ti!

Cora, sin mediar palabra, ponía el maletín encima de la cama y lo abría. De él sacó una pistola medicinal, le cogió el brazo derecho y le inyectó un potente sedante. Abby no podía creer lo que veía y le dijo:

—¿Por qué haces esto? No me dejes sola, por favor.

—Lo siento, Abby. No me queda otra salida.

—¡Te odio, Cora!

La detective se la quedó mirando hasta que en pocos segundos el sedante le hizo efecto.

Cora habló por radio desde la habitación:

—¡A todas las unidades próximas a la vía! ¡Detengan ese tren como sea! ¡Repito: usen toda la fuerza a su alcance para detener ese tren!

Inmediatamente continuó hablando:

—¡Hatkins, envía a tu unidad con el helicóptero! ¡Rápido!

Este le contestó:

—¡¿Estás segura, Cora?!

—¡Completamente!

—¡Ya lo habéis oído! ¡Equipo Alpha a por el tren!

Equipo Alpha era la mitad de la Unidad Táctica, la otra mitad permaneció en *Back to life*.

En menos de dos minutos, el helicóptero despegaba del helipuerto. Mientras esto ocurría, Cora habló por radio de nuevo:

—¡Trentin, Hatkins! ¡¿Alguna novedad?! ¡¿Veis algo?!

—Negativo. —contestó Trentin.

—Recibido. —contestó Cora muy nerviosa.

Pero lo que nadie sabía es que Marcus Sagan se había disfrazado de agente de policía, había pagado a un esquizofrénico para que le acompañara y ambos estaban ahora mismo sobrevolando en un *paratrike* biplaza con asiento único, es decir, un parapente a motor, y a punto de lanzarse en paracaídas sobre *Back to life* a más de dos mil metros de altitud.

Se volvió a oír la radio:

—¡Ya tenemos a los repartidores fugados! ¡Repito: a todos! —informó uno de los agentes.

—¡Recibido! ¡Comprueben sus identidades, rápido! —insistió Cora.

—¡Sí, señora! —respondió éste.

En ese mismo instante, Marcus Sagan se lanzó junto con su acompañante utilizando la técnica del salto tándem, es decir, el acompañante sujeto al pecho de Marcus mediante dos arneses. Cuando estuvieron a unos 1.000 metros de altitud, abrió el paracaídas de frenado para ralentizar el descenso de unos veinte segundos a más de doscientos kilómetros por hora en caída libre. Varios segundos después abrió el paracaídas principal para realizar el aterrizaje. Ambos paracaídas eran completamente negros. El parapente siguió su vuelo unos 7 kilómetros en línea recta, hasta que se topó con una pequeña turbulencia de aire frío, desestabilizándolo y finalmente estrellándose entre unos arbustos del propio parque. Mientras descendían, Marcus Sagan vio que no había nadie en el helipuerto, así que decidió aterrizar en él. Los dos vigilantes de seguridad tuvieron que abandonar el helipuerto y bajar para reforzar exteriormente el recinto.

Cora llamaba por radio al equipo Alpha de la Unidad Táctica:

—¡Atención, Unidad Táctica! ¡¿Qué pasa con el tren?!

Estos respondían de inmediato:

—¡Nos hemos puesto delante! ¡El maqui-nista está frenando!

—¡¿Es el sospecho?! —preguntó ansiosa Cora.

—¡Negativo! ¡Repito: identificación negativa!

—¡¿Hay alguien con el maquinista?!

—¡Negativo! ¡Está solo!

—¡Recibido! —dijo Cora finalmente.

Trentin lo oyó y se desesperó:

—¡Joder, qué hijo de puta! ¡¿Dónde está?!

Cora miraba a Abby y luego a Jack. Éste estaba fuera y de espaldas a la cristalera. Cora tenía los nervios a flor de piel como todos. No hacía más que darle vueltas a su cabeza intentando imaginar cómo habría pensado llegar al recinto sin ser visto y saltándose todos los controles policiales. Cora apretaba sus manos contra su cabeza intentando dar con la solución.

Ya en el helipuerto, Marcus Sagan y su acompañante se liberaron de los arneses y bajaron por el ascensor. El esquizofrénico no decía nada, ya que Marcus Sagan le había advertido con su dedo índice que no dijese una sola pa-labra. Para éste, Marcus Sagan era un Dios. En cuanto entraron en el elevador la persona de informática los vio por la cámara que había instalada en su interior, pero los nervios le pudieron y no informó de inmediato. Obviamente, King veía lo mismo y se percató de ese silencio, así que se adelantó y llamó rápidamente a Cora a través del móvil:

—¡Cora! ¡Dos personas han entrado en el ascensor y uno de ellos ha disparado a la cámara! ¡Identificación negativa!

Ésta informaba a todos por radio:

—¡¡Está en el ascensor!! ¡¡Está en el ascensor!! ¡Repito: Marcus Sagan está en el ascensor!!

Trentin y Hatkins no podían creerlo. Ambos estaban en el exterior y algo alejados, así que tardarían unos cuantos segundos antes de poder entrar en el edificio. Brent, Eric, Rudy y Julien también lo habían oído y se distribuían en las diferentes puertas exteriores por si salían fuera. El equipo Beta de la Unidad Táctica iba por el interior. Jack, aún estando fuera, era el que más cerca estaba de ese punto, ya que había una puerta de servicio que justamente daba a ese ascensor y entró por ella sin pensárselo. Pero cuando llegó, ya no había nadie dentro.

De repente, una voz se escuchó detrás de él:

—Hola, Jack.

Mientras éste se giraba violentamente buscando el origen de esas palabras, Marcus Sagan apareció por detrás de una columna cercana y le dijo:

—Te dije que vendría a por ti, Jack, y aquí estoy —y le disparó.

Pero antes de que lo hiciera, éste lo localizó por fin y también usó su arma contra él, pero falló. Muy cerca de ellos había una cámara. King lo vio todo y el de informática también, y fue éste quien con un ataque de nervios, habló por radio:

—¡Lo ha matado! ¡Lo ha matado! ¡Ha matado a Jack!

Cora, que permanecía todavía en la habitación con Abby, salió en cuanto oyó los disparos y aquellas palabras.

Pero antes de que ella llegara, ya lo habían hecho Trentin y Hatkins. Éste último vio a un policía apuntando a una persona vestida de negro al lado del cadáver de Jack y gritando:

—¡Ya le tengo! ¡Ya le tengo! ¡Es él! ¡Quieto hijo de puta!

—¡Apártate de él! —le gritó Hatkins.

—¡Esposadle! —dijo el falso policía.

Hatkins fue hacia él sin dejar de apuntarle, lo giró y el falso policía le disparó a bocajarro en la cabeza cayendo hacia atrás. Trentin identificó perfectamente a Marcus Sagan y empezó a dispararle. Éste levantó al esquizofrénico y lo utilizó como chaleco antibalas. Trentin vació su cargador pero no le alcanzó ni un solo disparó. El esquizofrénico recibió todos los impactos, perforándole varios órganos vitales y muriendo en el acto. Marcus Sagan ya sin el escudo humano disparó contra Trentin impactándole varias veces en el hombro y en su pierna izquierda. Cuando recargó su arma para rematarlo, no pudo hacerlo, ya que el equipo Beta de la Unidad Táctica llegaba por detrás de Trentin disparando. Marcus Sagan se agachó hasta Jack y le cortó con una navaja el pulgar derecho, llevándoselo. Éste salió corriendo hacia la habitación de Abby, pero dando un rodeo. Cora llegó por el otro lado y se arrodilló junto a los cuerpos sin vida de Jack y de Hatkins:

—¡Dios mío! ¡Esto tiene que acabar!

Trentin estaba mal herido y a duras penas pudo vocalizar:

—Ve...a... por él...Cora.

Cora llamó por radio:

—¡Unidad Táctica, regrese al helipuerto! ¡Necesitamos el helicóptero inmediatamente!
¡Agente herido! ¡Agente herido! ¡El resto de unidades todos a *Back to life*! ¡Todos los agentes al centro de rehabilitación inmediatamente! ¡Rápido, rápido, rápido!

Trentin desangrándose dijo:

—Co-rre, Co-ra, sal-va a A-bby...

En ese momento se oyó un par de fuertes explosiones.

Marcus Sagan viendo que la Unidad Táctica Beta le tenía prácticamente acorralado hizo estallar dos granadas matando a tres de ellos e hiriendo al cuarto. Aún así y malherido, éste último le siguió hasta la habitación de Abby. Allí acababan de llegar Rudy, Brent, Eric y Julien, quienes recogieron al cuarto miembro de la unidad táctica al verle casi desfallecido. Cora llegaba también como un rayo, mientras todos observaban con horror como Marcus Sagan ya estaba dentro. Había abierto la puerta con el pulgar de Jack y avanzaba hasta Abby. Cora gritó:

—¡Aparta Rudy!

Pero éste la cogió y le dijo:

—¡No, Cora! ¡Mira! ¡Ha puesto granadas en la puerta! ¡Y todas están unidas al rollo de cuerda que lleva en la mano! ¡Si la abres, las hará esta-llar!

Brent escupía a la puerta mientras gritaba:

—¡Maldito seas!

Cora salió corriendo, pero con tanta presión, nadie se dio cuenta de ello hasta momentos después. Mientras, dentro de la habitación, Marcus Sagan seguía andando tranquilamente hacia Abby e iba desenrollando poco a poco la cuerda desde su mano izquierda a medida que iba avanzando, para tenerla lo suficientemente tensa para que con un solo tirón de ella pudiera hacerlas estallar. De repente, se paró justo en el extremo de la cama. Mirándola, le dijo en un tono muy calmado:

—Hola Abby ¿te ha contado ya Cora porqué te escogí? Abre los ojos, no tengas miedo. Esta vez no sufrirás. Lo has hecho bien, muy bien, de veras, pero tu guión ya no tiene palabras, Abby. Todo lo que empieza tiene que acabar.

Cuando se percató de que estaba profundamente dormida, le dijo:

—Así que Cora te ha sedado. Chica mala, chica mala. Aún así no podrá salvarte. La pequeña Cora vuelve a perder.

Seguidamente, observó el exterior a través de la cristalera, se giró y fue hacia la cámara mientras sonreía. Y de su espalda y con la mano derecha sacó aquel enorme cuchillo con el que escribió tantos nombres en la espalda de sus víctimas. Lo exhibió y fue hacia Abby.

Tanto el informático como el agente King y el agente Carthy, miraban las pantallas con un nudo en la garganta viendo cómo después de todo el dispositivo, aquel malnacido conseguía estar en la habitación de Abby a solas y sin que aparentemente nadie pudiera evitarlo. King dijo en voz alta:

—¿Pero dónde está Cora?! ¡No aparece en las pantallas!

De repente, y estando Marcus Sagan de espaldas a la cristalera, colisionaba brutalmente contra ésta la parte trasera del coche patrulla con el que había venido Trentin y el resto del equipo de Cora. Ésta iba al volante. La embestida fue tan fuerte que unos grandes trozos de cristal salieron disparados impactando contra el cuerpo de Marcus Sagan lanzándolo contra el suelo bruscamente. La cama de Abby también fue alcanzada por ellos, aunque afortunadamente no le ocasionaron ninguna herida de gravedad a ella. Marcus Sagan se levantó del suelo inmediatamente y tiró de la cuerda haciendo estallar las cuatro granadas que había instalado en la puerta de la habitación. El estruendo fue tremendo, dañando incluso parte de la estructura de la habitación. La explosión mató al resto del equipo de Cora mientras intentaban evacuar al cuarto miembro de la Unidad Táctica. Éste también fallecía. El agente King y el agente Carthy se llevaron las manos a la cabeza sintiéndose impotentes ante aquellas monstruosas imágenes.

Tanto Marcus Sagan como Cora cayeron hacia atrás perdiendo la audición momentáneamente. La onda expansiva movió la cama de Abby más de medio metro, pero afortunadamente no cayó de ella. Cora se levantó como pudo y apuntó a Marcus Sagan con una pistola *táser* acompañada de un fuerte acúfeno en sus oídos. Mientras éste intentaba incorporarse de nuevo, Cora le propinó en la espalda una descarga de cuatrocientos voltios descontrolando sus músculos motores y quedando en el suelo rígido e incapacitado durante unos segundos. Momento en el que Cora aprovechó para inyectarle la misma dosis de anestésico que a Abby usando la pistola medicinal. Acto seguido, le ataba los tobillos y las manos con bridas de plástico policiales que había en el propio vehículo. En ese momento el helicóptero de la Unidad Táctica maniobraba

para posarse en el helipuerto. Inmediatamente bajaron por las escaleras a toda velocidad. Sin tiempo a respirar abrió el maletero, que había quedado bastante maltrecho por el impacto, e introdujo con mucho esfuerzo a Marcus Sagan dentro. Éste medía metro ochenta y pesaba setenta y dos kilos. Por último cogió el maletín y lo lanzó dentro del vehículo. Sin más dilación y sin nadie presente todavía, Cora salió a toda velocidad hacia el interior del bosque sin informar a nadie. Aquello no estaba en el plan.

La Unidad Táctica, una vez en el primer piso, vio a Cora alejarse con el coche. Uno de ellos dijo:

—¿A qué viene esto?! ¿A dónde va?!

A lo lejos, ya se veían los colores de las sirenas de los otros coches patrulla dirigiéndose a toda velocidad a *Back to life*.

En unos segundos, Cora ya estaba desaparecida en el bosque. Se dirigió hacia un lugar que ella conocía perfectamente del día anterior. Lo vio cuando sobrevolaron la primera vez el bosque. A unos ocho kilómetros se alquilaban todos los fines de semana unas pequeñas casitas en medio de la vegetación, y ella ya había alquilado una, la más alejada de todas.

—o0:47h.—

Una vez allí, abrió la puerta del garaje e introdujo el vehículo para que ni desde el aire, ni desde tierra, pudieran verlo.

—o1:22h.—

Tras algo más de 30 minutos, Marcus Sagan despertaba y se veía envuelto en una situación nueva para él. Estaba tumbado hacia arriba en una mesa de madera maciza y clavado a ella con diez gruesas puntas metálicas de algo más de 23 centímetros de longitud. Las mismas que había utilizado contra Luka Pinot y no se sabe en cuántas víctimas más, ahora se revertían contra él. Éstas lo sujetaban en ambos gemelos, en ambos muslos, en ambas manos, en ambos antebrazos y por encima de los hombros en ambos trapecios. La anestesia iba perdiendo su efecto y el dolor le hacía vislumbrar su nueva realidad.

—¿Dónde... estamos?

—En el infierno. —le contestó ella vocalizando perfectamente la última palabra.

Cora tenía su propio guión y el tiempo cronometrado:

—Sé lo de Philadelphia.

—Aquello no fue nada. Aquello fue un juego, entrenamiento. —contestó como si nada.

—Has matado a demasiadas personas y ahora tienes que pagar por ello. Voy a purgarte,

Marcus. Ah, y mira a aquella cámara —le indicó con el dedo señalándola— Abby te está mirando.

—¡Esa puta! Pobre desgraciada, lloraba y pedía clemencia mientras la violaba. No opuso ninguna resistencia. Un puto angelito —y sonrió levemente.

Cora estalló directamente:

—¡¿Dónde están mis amigas?!!!

La anestesia ya había perdido toda su capacidad y Marcus Sagan veía ahora lo que le había hecho. Éste no daba crédito:

—¡Mala puta! ¡Me has clavado como a Jesucristo!

—¡Sí, así es! ¡Quiero presentarte al mundo como el mártir de los asesinos en serie!

—¡No puedes matarme, pu-ti-ta, soy un Dios!

—¿De quién me hablas? No veo a ningún Dios por aquí. Él la escupió e inmediatamente reía fuertemente. Cora, sin mediar palabra y en medio de sus carcajadas, le metió el cañón de su revólver por la boca.

—¡No te lo voy a volver a repetir! ¡¿Dónde están mis amigas, maldito bastardo?!!!

Éste se ahogaba parcialmente, así que le dejó respirar. Mientras tosía, Cora no le dejó tranquilo.

—¡Habla o no volverás a hacerlo!

—Escojo lo segundo, pequeña —le contestó tosiendo y volviendo a mofarse de ella.

—¡De eso nada, no estamos aquí para eso!

Cora empezaba a perder los nervios. Justo al lado había un gran estante en donde tenía preparados algunos elementos. Cogió la botella de alcohol, le quitó el tapón y se la empezó a vaciar justo en los orificios en donde tenía insertados los clavos.

Él se retorció del dolor y cuando acabó de gritar, Cora volvió a preguntar:

—¡¿Dónde están mis amigas?!!!

Pero tan solo reía.

—ja,ja,ja,ja... ¡Ay, pequeña! ¡Cómo hubiera disfrutado contigo!

Cora apretaba las mandíbulas.

—¡Coge aire! ¡Esto acaba de empezar!

Cora volvió a rociarle con alcohol, pero esta vez le añadió posteriormente sal a las heridas para potenciar su dolor.

Marcus volvió a retorcerse durante unos segundos diciendo:

—¡Ellas ya no pueden hablar contigo, Cora-Felton-Kailani! —reía— Ambas tienen ya los dados metidos en sus boquitas! ¡Vuelvo a ganar!

Éste seguía sin desmayarse y Cora respiró amargamente y con lágrimas en los ojos:

—Muy bien, lo asumo, he perdido ¡¿Dónde están sus cuerpos?! —le gritó finalmente.

—Así me gusta pequeña, acepta la derrota. Lo has intentado, pero no es suficiente. Deberías haberte esforzado más, pequeña. ¡Ah! ¡Joder! ¡Esto duele!

Cora apretó con fuerza su arma mientras Marcus Sagan gritaba. Al mismo tiempo fue rodeando la mesa despacio mientras le decía con un nuevo ánimo:

—¿Qué tal, Marcus? ¿Cómo vas? ¿Cómodo?

Éste le enseñaba los dientes:

—¡Nadie está por encima de mí, pequeña! ¡Sus cuerpos todavía están calientes! Aunque, ¿sabes?, es la única vez que no he podido entretenerme con ellos, y es una lástima. No me gustan los lienzos en blanco...están aquí en el parque, han venido en un coche de la funeraria ¿No te parece lo más adecuado? ¡Hija de la gran puta! —gritó a causa del dolor.

—¡¿Dónde?! —le gritó Cora muy cerca del oído.

—En el tren de mercancías, por supuesto. No os será difícil encontrarlas con el helicóptero. Son las únicas pasajeras, jajajajaja...¡¡¡Ahhhhhhhhh, perra!!!!

Inmediatamente, Cora encendió la radio portátil.

—¡A todas las unidades! ¡Soy Cora! ¡Penny y Emma están en el tren en un coche fúnebre! ¡Que el helicóptero sobrevuele los vagones hasta dar con ellas! ¡Rápido, puede que aun estén con vida! ¡Movéos!!!

Al otro lado de la radio, le contestaba uno de los agentes que había interrogado al maquinista:

—¡El helicóptero no será necesario! ¡Ya lo hemos encontrado! ¡Vagón de carga cincuenta y uno!...siento comunicar que no están con vida.

Cora perdió el control y disparó hacia el techo descargando su arma. Luego se tapó la cara con el revolver entre lágrimas de dolor.

Aprovechando ese momento, Marcus Sagan subió su mano derecha hacia arriba atravesando completamente el clavo y dejándolo a la vista. Seguidamente, subió el brazo hacia arriba des-prendiéndose también del clavo que atravesaba su antebrazo. Gritó como no lo había hecho nunca, seguramente:

—¡¡¡¡¡Voy a matarte!!!!!!

Cora lo observó y recargó inmediatamente su arma. Él siguió arrancándose los clavos uno a uno, moviéndolos con una rabia desmedida y sin dejar de gritar. Ahora era el turno de la parte del cuello, extremadamente dolorosa. Cora había dejado intencionadamente todos los clavos hasta

la mitad para que tuviera la tentación de arran-cárselos, como justamente estaba haciendo. Tras extraer los dos del trapecio ante la atenta mirada de Cora, liberó su otro brazo. Ésta, viendo que estaba sangrando mucho, y que ya tan solo estaba sujeto a la mesa por las piernas, se colocó en el extremo de la misma a la altura de los pies. Éste seguía en su empeño de liberarse por completo, como si ella no estuviera allí. Cora esperó a que tan solo le quedara por liberar un clavo. Había perdido tanta sangre que ésta caía libremente de la mesa al suelo, dejando un gran charco. Pero Marcus Sagan se mantenía lúcido todavía, no pareciendo humano. Cuando iba a por el último clavo insertado en el gemelo derecho, y aprovechando que sus pies estaban ladeados, Cora le disparó una bala en cada uno de ellos, justamente debajo de los dedos. El impacto a tan corta distancia le produjo un gran orificio de entrada y otro de salida. Del tremendo dolor se arqueó hacia atrás quedando boca arriba de nuevo. Cora le gritó:

—¡Eso es! ¡vuelve a tumbarte cabrón! ¡no hemos acabado!

Acto seguido le inyectó en la pierna izquierda *epinefrina* que encontró en el maletín. En él había varias monodosis de adrenalina autoinyectable. Eso aumenta la presión arterial y mantiene los latidos del corazón evitando la parada cardíaca en caso de *shock*. Marcus Sagan, pese al inmenso dolor generalizado en todo su cuerpo, se volvía a incorporar para arrancarse el clavo restante, lanzándose inmediatamente des-pués sobre ella como un verdadero depredador.

Justo antes de hacerlo, Cora le incitó:

—¡Ven, perrito, ven!

Cora se apartó rápidamente y cayó de cara al suelo rodeado de su propio charco de sangre. Éste agarró de los tobillos a Cora mientras ella le golpeó con la culata del revólver en la cabeza con todas sus fuerzas. Quedó inmóvil. Pensó que lo había matado. Aún así lo giró, juntó sus brazos en su espalda y mientras le puso las esposas, le dijo:

—Marcus Sagan, quedas detenido por el a-sesinato de veintiséis personas, todas ellas un millón de veces mejor que tú, ¡puta escoria!

Lo sentó como pudo en una silla y lo ató a la misma con cinta adhesiva. Él continuaba sin sentido. Le abrió la boca y le introdujo dos dados del set *Elvish Black and Red* de *Q-Workshop*; uno con el número veinte y el otro con el siete. Y si-guió amordazándolo con más cinta adhesiva. Increíblemente todavía respiraba.

Seguidamente, lo roció con gasolina y esperó a que despertase. Cosa que hizo casi de inmediato a causa del efecto que le produjo en sus fosas nasales aquel intenso olor. Marcus Sagan abrió sus ojos. Estaba pálido y aturdido. Ahora y por primera vez, se apreciaba claramente la preocupación en la cara del asesino.

Cora se dirigió a él por última vez:

—Eres la víctima número veintisiete, es decir, tu propia víctima. Quién te lo iba a decir, ¿verdad? Quiero que huelas cómo tu carne se cuece mientras te das cuenta de que no puedes hacer una mierda para impedirlo. Nunca debiste existir entre nosotros. Voy a dejarte aquí. Ésta es mi pequeña purga. Tengo que enterrar tu maldad para siempre. Pero antes voy a llevarme parte de ti. Todos deben saber cual era tu verdadera identidad, la identidad del monstruo. Y lanzar así un

mensaje dirigido a todos aquellos que se sientan influenciados por tus actos, para que recuerden que todos y cada uno de ellos también acabarán en su particular hoguera. Tú no vas a ser su Mesías. Vas a quedar reducido a cenizas que el viento esparcirá y el mundo olvidará rápidamente. Nos veremos en el infierno, Marcus Sagan, o como coño te llames. Pero eso sí, ve tú primero, y espero que estés podrido para cuando yo llegue.

Inmediatamente se colocó tras su espalda y le cortó los dedos índice de cada mano así como ambos pulgares, mediante unas grandes alicates de corte que también había en el maletín. Él se retorció del dolor y sus ojos estaban prácticamente en blanco. Cora volvió a inyectarle la otra monodosis de adrenalina que quedaba en el maletín. No quería que se desmayase. Seguidamente cogió la caja de cerillas y sacó una. Se la acercó a medio metro para que pudiera contemplarla. Estaba muy alterado y casi fuera de sí. En cambio ella permanecía serena y firme en su propósito. Él ya no oponía ningún tipo de resistencia. Cora le miró a los ojos viendo el vacío y el miedo en su interior. Se alejó unos metros y la encendió. Éste abrió los ojos tanto como pudo emitiendo al mismo tiempo un tremendo grito sordo al ver llegar su final. Cora aguantó el fósforo encendido un instante, mientras le observaba a través de la pequeña llama. Luego miró a cámara y la dejó caer sobre el carburante. Se produjo una combustión instantánea y una deflagración enorme. El intenso dolor que experimentó Marcus Sagan al arder completamente vivo le hizo tensar todo su cuerpo y cayó hacia atrás con la silla. El olor a carne quemada era insoportable. Sin embargo, Cora se quedó mirando como ardía unos segundos. Finalmente apagó la cámara y dijo en voz alta:

—Ya voy Abby. Todo ha acabado.

Una vez fuera de la casa y viendo como ésta ardía por completo, cerró sus ojos y dijo:

—Gracias papá. No podría haberlo hecho sin tu valor. Te echo tanto de menos...

CAP. 16

LA NUBE

Y...

Lunes 8 de abril de 2019

...1 semana después.

Después de la debacle, llegaron las noticias, los entierros, la opinión pública, los informes y por último, el cierre del caso. El día a día de Cora parecía haberse quedado en pausa, como en una nube. A su mente le costaba decidir cuál era el siguiente paso a realizar en su vida, con tantos cascotes rotos. Era como si el monstruo de los recuerdos no la dejara en paz. Durante todo el día, y sobre todo a ciertas horas de la noche, la imagen del fuego y la sangre borboteando y saliendo del cuerpo de todas las víctimas se repetía una y otra vez. Inmediatamente después, una bruma de cenizas lo envolvía todo. Para dar paso después, a una sensación de vacío interior absolutamente desoladora.

Algunos días en el parque observaba a la gente pasar y, de pronto, las risas improvisadas de unos niños le hacían recordar que la vida no se detiene por nada ni por nadie. Todo sigue a una velocidad indeterminada, creyendo algunos incluso, en la esperanza de un mañana mejor.

—11:07h.—

Cora arrancaba hoy su Harley Davidson por primera vez después de seis sobrecogedores días. Un cuerpo magullado, un cansancio extremo y una anemia por la falta de interés en la comida, le habían provocado una gran debilidad en todo su cuerpo. Pero ese día tenía dos buenos motivos para hacerlo. El primero, una pequeña visita a *Back to life*. Las obras habían terminado justamente esa misma mañana y Abby, que había sido trasladada a otra habitación mientras hacían las reformas, pidió volver a *Estrella Fugaz*. Sorprendentemente, ella se lo tomó como un gesto de victoria y no de temor y angustia. El centro, por supuesto, no puso objeción alguna, y todos allí la tacharon de valiente. Antes de hablar con Abby, Cora se pasó a ver al gran señor Kaufmann, quien le puso al día de la reapertura oficial de *Back to life*. Cora le pidió disculpas por todo lo ocurrido. Él, en cambio, la felicitó por haber desempeñado con una enorme entereza un servicio a la comunidad, a su juicio, impagable. Inesperadamente *Back to life* había disparado su popularidad incluso antes de abrir sus puertas y apuntaba a convertirse en un lugar de culto a la justicia

para la ciudad de Baltimore y extensible al resto de los Estados Unidos de América. En las redes sociales se hablaba de una heroína llamada Cora Felton Kailani y del triunfo de la justicia frente al terror de algunos humanos. Sin embargo, ella se aisló completamente de todo aquello y no concedió absolutamente ni una sola entrevista a ningún medio. Todo el foco se lo dejó por completo a la alcaldesa que alardeaba de tener un cuerpo de policía capaz de enfrentarse a cualquier amenaza en Baltimore. A raíz de todo aquello las llamadas para reservar terapia en *Back to life* habían aumentado un cuatrocientos por cien, y el señor Kaufmann transmitía a Cora la posibilidad de abrir un pequeño hotel complementario con todas las comodidades y en el que ofrecer una terapia relajante y rejuvenecedora a través de los últimos avances de la ciencia. Para Cora, en cambio, *Back to life* será siempre el cementerio y el final del camino para unas personas extraordinarias que literalmente dieron su vida por un Baltimore más seguro. Sus almas descansarán por fin con una voluntad no deseada y que Cora llevará en la “maleta” de su corazón, el resto de su vida.

Una vez en la habitación con ella:

—Buenos días Abby.

Ella le sonreía abiertamente.

—Buenos días Cora. Qué alegría verte ¿cómo te encuentras? Pensaba que ya no vendrías a verme.

—¿Por qué dices eso?

—Ha pasado toda una semana y no sabía de ti.

—He estado muy liada con todo el papeleo.

—Lo sé. Todos los medios de comunicación hablan de ti. No dejas de salir en la tele.

Abby viendo que a Cora se le perdía la mirada a través de la cristalera reviviendo seguramente lo ocurrido en ella, le dijo:

—He querido volver a estar aquí, ¿qué te parece mi decisión?

Tras unos segundos y observando que Cora seguía en trance:

—Cora ¿estás bien?

Ésta reaccionó:

—Sí, sí...muy acertada, de veras.

Cora respiró profundamente y sin más demora se lo soltó:

—Abby, te mentí.

—No te preocupes, ahora entiendo perfectamente porque me sedaste, yo...

—No se trata de eso Abby.

—¿Y de qué se trata entonces?

—Te dije que un día te explicaría lo que le pasó a mi padre. Y hoy es el día perfecto.

Abby se quedó muy intrigada al oír aquello. Cora se levantó del sofá y se puso delante de la cristalera y de espaldas a Abby. Volvió a respirar profundamente y empezó a relatar lo ocurrido:

—Era una noche de otoño. Un miércoles siete de diciembre de mil novecientos ochenta y ocho. Mi padre volvía del trabajo y mientras cruzaba el puente de Monroe St. debió de oír unos gritos debajo del mismo. Él era muy valiente y no dudó ni un segundo en averiguar qué estaba ocurriendo allí. Bajó y vio cómo tres individuos estaban acechando a una chica joven de no más de veinte años. Ya le habían desgarrado la ropa y su intención, inequívoca, era violarla. Mi padre se abalanzó sobre ellos sin mediar palabra alguna. Logró sorprenderles y luchó contra los tres, pero finalmente...lograron acuchillarle hasta matarlo. Durante el forcejeo la chica logró escapar y acudir a la policía. No hubo juicio. Ella tuvo demasiado miedo y le dijo a la policía que no podía identificarlos en una rueda de reconocimiento porque no recordaba sus rostros.

—¿Cómo sabes tantos detalles de lo que aquella noche ocurrió? —preguntó una Abby muy interesada.

—Ella me lo contó.

Abby con dudas todavía:

—¿Y cómo la localizaste si no hubo juicio?

—Un par de meses más tarde llamó a la puerta de nuestra casa un policía. No llevaba uniforme. Se identificó con su placa y le dejamos pasar. Era de la comisaría a la cual yo pertenezco hoy. Nos dijo que esa muerte era una injusticia y que mi padre era un héroe. “Salvó una vida humana a costa de la suya”, nos dijo. Ese hombre tuvo la necesidad de contarnos que los asesinos seguían sueltos y sin identificar, y que el caso no avanzaba. Así que decidió facilitarnos el teléfono y la dirección de la víctima, aún estando sin concluir dicha investigación. Él sabía perfectamente que podían expedientarle por ello.

—¿Y por qué lo hizo?

—Porque durante esos dos meses estuvimos acudiendo a esa comisaría día tras día para saber si habían localizado a los culpables y exigir hablar con la víctima. Tanto mi madre como yo pasamos un infierno. Incluso llegué a pensar que la perdía por el dolor que sufría especialmente por las noches.

—Lo siento muchísimo, Cora. —intercaló Abby.

—Recuerdo que no estuvo más de cinco minutos y ni tan siquiera se sentó. Justo antes de marcharse le dijo a mi madre una frase que jamás olvidaré. “La verdad, sea cual sea, tiene que estar por encima de cualquier reglamento, ley, o mandato imperativo. Un héroe caído tiene que ser defendido hasta las últimas consecuencias y los culpables encerrados, vivos o muertos”. Yo tenía en ese momento dieciséis años recién cumplidos. Y a través de aquellas palabras mi vida cambió de rumbo. Cuando aquel policía cerró la puerta de mi casa, se abrió otra en mi interior. Aquel buen hombre creó una esperanza dentro de mí, una nueva luz. Y aquella misma noche tumbada en

la cama se produjo en mi cabeza el cambio.

—Por eso te hiciste policía.

Cora asentía:

—Sí. Justo a los dieciocho años. Lo hice para intentar que otras personas no pasaran por el mismo calvario. A su vez, quise honrar a mi padre sacando de las calles al mayor número de asesinos y gentuza posible, por eso me hice detective. Pero lo cierto es que la vida está en el día a día, Abby. Debes hacer lo que en cada momento creas oportuno...que es exactamente lo que hizo mi padre aquella noche.

Los ojos de Abby se llenaron de lágrimas. Inmediatamente se sacó el collar y se lo devolvió. Lo había llevado puesto desde que llegó a *Back to life*. Ésta le dijo:

—Has cumplido tu promesa, Cora. Aunque tengo que reconocer que por un momento pensé que me habías traicionado. Pero tú no eres de esas. Eres la persona más íntegra que conozco.

Cora apretó el collar con fuerza en su mano derecha. Respiró profundamente y le dijo:

—No es la primera vez que mato a alguien a sangre fría, Abby. Yo busqué a los asesinos de mi padre y los maté uno a uno...y no me arre-piento en absoluto.

En ese momento Cora sacó del bolsillo de su cazadora de cuero negra un *pendrive* rojo y se lo entregó:

—Es una copia de lo que me pediste, la extinción de Marcus Sagan. Puede que al verla te haga sentir un poco mejor. Aunque tus heridas son para siempre, Abby. Todo esto ha sido extramadamente duro para todos...y el contenido de ese *pendrive*, demasiado caro.

La cara de Abby era de sorpresa absoluta. Tras unos segundos de silencio y mirando el *pendrive* ésta le dijo:

—¿Le preguntaste porqué me escogió a mí?

Cora se lo contó:

—La chica que intentaron violar bajo el puente se llamaba Amy Chloe Greene Adanson... era tu madre biológica.

A Abby se le cortó la respiración:

—¡¿Qué?!

Cora continuaba:

—No lo supe hasta que estuvimos revisando las fichas de nacimiento de todas las víctimas intentando encontrar entre ellas algún vínculo. Ella era madre soltera y murió en un accidente de tráfico cuando tú tan solo tenías dos años y un mes. Te puso el nombre de Ibeth, pero la pareja que te adoptó te cambió el nombre por Abby y te puso sus apellidos. Lamentablemente ambos murieron en el atraco del *Wells Fargo Banks*, mientras los ladrones intercambiaban disparos con los guardias de seguridad. Ellos quisieron sacarte de allí y los atracadores les dispararon por la

espalda. Ambos murieron en el acto. En ese momento tenías cinco años. Después estuviste en hogares de acogida, y hasta hoy.

Se quedó impactada e inmóvil, no podía creerlo. Cora le acababa de desvelar el pasaje más importante de su vida. Aquello la dejó bastante afectada.

Cora le dio tan sólo unos segundos de respiro para que lo asimilara. Pero quería que lo supiera todo, así que continuó:

—Evans Garrelson Clark era el único hijo de un empresario muy importante en Austin. Cuando cumplió dieciocho años mató a sus padres y heredó toda la fortuna familiar. Aparentemente se volvió completamente loco. Nunca fue periodista, pero le encantaba salir en televisión e interpretar un papel, el suyo propio. Era un gran falsificador de documentos y muy creativo. Se inventó a Marcus Sagan y a otros. Su pasión; ir por las ciudades matando. Iba por las ciudades creando el pánico. En cuanto me asignaron el caso me investigó a fondo, al igual que a todo mi equipo. Averiguó lo de mi padre y dio contigo. Y al saber que eras huérfana decidió meterte en toda esta historia. Lo planeó todo desde la óptica de un juego de rol, y nos hizo creer que el asesino era un jugador. Elaboró con sumo cuidado todas las pistas para que parecieran lo que él justamente quería que parecieran. Su expediente académico indica que era uno de los más brillante de la clase, pero un verdadero lobo solitario. Cuando mató a sus padres dio el primer paso hacia su verdadera condición, asesinar sin remordimientos. Un verdadero depredador humano.

Abby intentaba organizar las ideas en su cabeza y eran demasiadas de golpe. Tras unos segundos, Cora se dirigió a su cama y se puso frente a ella:

—Es irónico pensar que a ti te eligió por mi culpa. Siento mucho que así fuese, Abby.

Abby le contestaba sinceramente:

—Tú no tienes la culpa de que existan monstruos así. El destino ha escogido una extraña manera para que supiera quien era mi verdadera madre. Pero sin ti esto no hubiera sido posible Cora. Gracias por cuidarme y por salvaguardar la vida de futuras víctimas, a manos de ese demonio.

Cora se la quedó mirando un instante a los ojos sonriéndole dulcemente. Posiblemente ella era lo único bueno de toda esta historia y no quiso hablar más del tema. Así que le dijo:

—Veo que tienes vecinos.

—Sí, han ido llegando durante estos días. Hay gente interesante. —dijo sonriendo.

—¿Lo dices por el chico rubio con melena? Lo he visto en el jardín al entrar —le preguntó Cora con picardía.

Abby se sonrojó.

—El señor Kaufmann dice que has mejorado muchísimo. Si sigues así en dos semanas te darán el alta.

—Sí, eso me han dicho ¿Vendrás a buscarme?

—¿Tú qué crees?

Abby le sonreía felizmente. Cora le dijo:

—Tengo que irme Abby.

—Te llamaré por teléfono Cora.

—Y yo lo cogeré.

Cora metió su mano en el bolsillo trasero de su pantalón tejano y le entregó una tarjeta en blanco por una cara y su número de teléfono escrito en bolígrafo por la otra:

—Éste es mi nuevo número. —y la dejó en un estante cercano a la cama.

Cora se aproximó a ella y le dio un suave abrazo. Y mientras lo hacía, Abby le dijo al oído:

—Eres la mejor Cora. Me has protegido como una madre, y jamás olvidaré eso.

Cora se apartó para mirarle nuevamente a los ojos y decirle:

—Gracias Abby. Todo irá bien a partir de hoy, ya lo verás.

—Estoy convencida de ello.

Cora salió de la habitación y una vez en el exterior, pasó por delante de la cristalera de Abby. En ese momento dos fisioterapeutas estaban con ella y la ayudaban a levantarse de la cama. Cora sabía que Abby conseguiría salir adelante. Era fuerte y valiente...y tenía un gran corazón.

Una vez delante de su Harley, besó el collar y se lo puso.

—11:52h.—

Segundo motivo; Hospital Johns Hopkins. Allí tenía que hacer otra visita importante. Iba a ver a un paciente muy especial. Una persona que en esas tres últimas semanas le había dado el apoyo necesario para poder cumplir con su cometido.

Una vez llegó subió a la segunda planta, se dirigió a la unidad de cuidados intensivos. Entró. No había nadie en ese momento junto a su cama, así que cogió una silla y se sentó a su lado. Michael Trentin se había debatido entre la vida y la muerte. Llegó al hospital en parada cardiorrespiratoria pero los médicos milagrosamente pudieron reanimarle. Aunque hoy todavía permanecía en coma y su pronóstico era reservado. Estaba intubado y controlado por varios monitores y unas enfermeras que aparte de profesio-nales eran encantadoras.

Cora le habló:

—Buenos días, Michael.

Al verle de nuevo, Cora recordaba todo lo ocurrido una vez más y con mucha intensidad. Su corazón se aceleró sin previo aviso. Respiró profundamente y juntó sus manos para intentar controlar los nervios.

De repente una enfermera que la observaba desde que entró se le acercó y le dijo:

—¿Un poco de agua Cora?

—Gracias. —y le cogió el vaso.

Seguidamente la enfermera le dijo:

—Gracias en nombre de todas las chicas de Baltimore. Mi hermana pequeña es universitaria y ahora me siento mucho más tranquila cuando sale de casa sabiendo que ese monstruo ya no está en las calles.

A Cora se le escaparon las lágrimas y no pudo contestar. Un nudo en la garganta le impedía hacerlo. En cambio la enfermera cogió su mano derecha y la besó.

Seguidamente, le dijo:

—Dios te bendiga Cora. —y se alejó.

Cora mordía sus labios intentando calmarse. El precio que había pagado por esa recompensa era desmesurado. Se bebió el vaso de agua entero.

Cora miró a Michael y le dijo:

—¿Cómo se vive a partir de esto Michael? Ya no me quedan lágrimas ni fuerzas para hacerlo. Dicen que la realidad supera la ficción, y dicen bien. Pero no es menos cierto que la ficción forma parte de la realidad en la que nos movemos cada día. Yo quiero moverme en otra realidad, Michael. Tengo que salir de aquí y coger ese barco que siempre decía Penny. Me siento muy culpable por todo lo ocurrido. Te veo aquí y siento que he fallado, que he perdido. El personaje de Marcus Sagan ha muerto, y con él su verdadero creador, pero su demonio sigue vivo ahí fuera, estoy segura. Nadie debería estar por encima de la ley, ni de las personas. El apoyo que me has dado en estos pocos días que llevas con nosotros, ha sido más que el que algunos a mi alrededor me han ofrecido en toda su vida. Has sido muy generoso, y ahora estás aquí. Voy a rezar por ti cada día y le pido a Dios que te devuelva la vida que nunca te debieron arrebatarse. Las buenas personas deberían tener una protección especial, ya que sin ellas, no vale la pena vivir. Llamaré todos los días para preguntar por ti, Michael. Deseo que algún día pueda darte ese abrazo que nunca te di y que ahora lamento.

Cora se levantó y besó su frente. Una vez que empezó a andar hacia la salida, el monitor detectó una pequeña actividad. Era como si de alguna manera Michael le indicara que la había escuchado perfectamente.

Cora salió del hospital, y ya en la motocicleta, y justo antes de darle al contacto, alguien le llamó:

—¡Cora!

Ésta se giró y vio una persona que se dirigía hacia ella. Era su primer ex novio: Matt Beckett. Cora que no salía de su asombro, le dijo:

—¡Qué sorpresa! ¿Qué te trae desde Nueva York?

—Hace unos días llamé a tu madre.

—¿Llamaste a mi madre? ¿Para qué? No me ha dicho nada.

—Se sorprendió tanto como tú. Aún así le pedí que no te lo dijese, quería venir sin que lo supieras. Ella me ha dicho que pasarías por aquí.

—No entiendo qué haces aquí, Matt.

—Medio mundo sabe lo que ha ocurrido en esta ciudad, pero casi nadie sabe lo que tú estás pasando. Tu madre me ha contado los detalles.

—Mi madre te aceptó desde el primer día. Siempre le has gustado.

—Tu madre es genial.

—Sigo sin saber por qué estás aquí, Matt.

—Bueno...he estado pensando mucho desde que nos separamos y...

Cora le interrumpió inmediatamente no con muy buen tono:

—Querrás decir desde que tú me dejaste.

Éste le argumentaba:

—El último año antes de romper contigo casi no te vi por casa.

—No quiero volver hablar de lo que pasó hace más de cinco años. De verdad Matt, ¿por qué estás aquí?

—Me he comprado una moto.

Eso de repente la hizo sonreír:

—Venga ya...

—Una Harley. —le aclaró.

Cora seguía sonriendo:

—Que no.

Y como si de dos niños se tratase, él le contestaba:

—Que sí.

—No conozco a éste Matt.

—Exacto. Eres la mujer más valiente que he conocido nunca, Cora.

Cora se puso indiferente.

—¿Y de qué sirve eso?

—De mucho. Hay personas que necesitan un guía, un líder, alguien en que inspirarse para

ser más fuerte y seguir adelante. Alguien que ayude a los débiles. Alguien que pueda tirar muros que parecen impenetrables.

Cora miró sus ojos azules y le dijo:

—Estás hablando de mi padre.

—No, Cora, estoy hablando de ti. Tu padre te inspiró, era tu modelo, pero a veces no valoramos lo que tenemos hasta que dejamos de tenerlo.

Cora seguía con la duda:

—¿Me vas a decir ya por qué has venido?

—Sí. Me equivoqué al dejarte. Me enfadé, me agobié y huí. Soy todo lo contrario que tú, Cora.

Cora subió sus cejas y le dijo:

—Y después de más de cinco años sin una llamada, ni un mensaje, ni tan siquiera un *souvenir* de tus tantos viajes como fotógrafo profesional, ¿te has dado cuenta de eso precisamente hoy?

Cora le notó una actitud muy sincera.

—Cuando me mudé a Nueva York no pude dejar de pensar en ti ni un solo día. Y de veras que lo intenté. Pensé que había tomado la mejor decisión para mi vida y meforcé a creerlo. Pero claramente no he podido superarlo. Te he comparado con todo lo que he vivido sin estar a tu lado, y todo me ha sabido a poco. He hecho todo lo que se me ha ocurrido en estos cinco años, y finalmente tengo que admitir la evidencia.

—¿Y cuál es esa evidencia, Matt?

—Sigues dentro de mí, en mi corazón, en mi alma, en mi mente, en mi vida. Eres como mi tatuaje.

Cora volvía a sonreír un poquito:

—Vaya, me han dicho de todo, pero que sea un tatuaje nunca.

—Qué más da lo del tatuaje. Un estigma si lo prefieres.

—No sé qué decirte, Matt.

—No he venido a que me des una respuesta, Cora. He venido a verte y de paso a contarte estos cinco años sin ti y liberarme de ese peso.

Cora estaba nerviosa pero no quería que él lo notara, así que se fue poniendo los guantes para disimular. Mientras tanto Matt sacó su móvil del bolsillo y le enseñó la fotografía de la moto. Era una Fat Bob 114 exactamente igual que la suya pero de color negro.

Cora vio la imagen y dijo:

—¿Qué pone en el depósito?

—Tu nombre.

Cora amplió la imagen y efectivamente debajo del sello de Harley Davidson ponía su nombre en blanco. Pero no sólo eso, sino que el nombre de Cora estaba dentro de un trisquel exactamente igual que el que ahora colgaba de su cue-llo. Matt había contratado a un diseñador para que fuese idéntico y realista al mismo tiempo. Aquello la emocionó muy sinceramente.

—¿Y por qué en todo éste tiempo no me has llamado ni una sola vez?

—No quería equivocarme dos veces. No me atrevía. Tu trabajo era mi pesadilla. Estabas casada con él de día y de noche, y eso me superó. Al volver a verte en la televisión, aquella imagen me dio la fuerza suficiente que necesitaba para dar el paso.

Las palabras de Matt le hicieron recordar durante unos segundos aquella época a través de su mirada perdida. Hipnotizada por los recuerdos y con la presencia allí de Matt, empezó a oír en su cabeza las primeras notas escalonadas, lentas y suaves de una música de piano que hacía mucho tiempo que no escuchaba. Y quizás como decía Matt, el tiempo no lo cura todo.

Tras unos largos segundos mirándose de nuevo a los ojos, Cora le dijo:

—Tienes razón, Matt. Pero eso se acabó. El juez ya ha archivado el caso y mi madre y yo nos vamos a vivir a otro lugar mucho más tranquilo.

Matt sorprendido por la respuesta, preguntó:

—¿A dónde habéis pensado ir?

—He visto por internet un pueblo pequeño, con pocos habitantes, rodeado de un paisaje espectacular y un cielo muy azul. Gente amable y sencilla. Muy alejado de todo esto.

Matt sonreía:

—Suena muy bien.

Cora hizo una pausa de unos segundos mientras no dejaba de contemplar sus bellos ojos azules. A su vez sonreía con la idea de su nombre escrito en el depósito de aquella Harley Davidson Fat Bob 114 negra.

Sus ojos brillaron por un momento, le sonrió y le dijo:

—¿Has estado en Sao Miguel, Portugal?

—No.

—Te va a encantar.

—Estoy convencido.

—¿Se lo cuentas a mi madre?

—Será un placer.

Cora puso la llave en el contacto de la moto y Matt le dijo:

—¿Me dejas llevarla a mí?

—¿Estás seguro?

—Nunca lo he estado tanto.

—Está bien.

—¿Puedo poner la sirena?

—No. Ya he hecho demasiado ruido en esta ciudad. Esta vez quiero pasar desapercibida.

—¿Dónde vives ahora?

—Arranca, yo te guio.

—13:33h.—

Una vez llegaron al hotel, aparcaron fuera y pasaron por recepción para recoger la llave. Su madre les esperaba arriba. Una de las recepcionista, le dijo:

—Buenas tardes Cora.

—Hola Brenda.

Ésta le informó:

—Un repartidor me ha dejado este paquete para ti justo después de que salieras esta mañana —y se lo entregó.

Cora lo cogió y miró a Matt sonriendo pensando que el paquete era cosa suya.

Éste le dijo muy serio:

—No he sido yo.

El paquete estaba envuelto en un papel rosa muy elegante. Lo sacó. Era una pequeña caja de madera de quince por quince centímetros. La abrió. Dentro había encajado en una espuma negra y de espaldas un muñeco. Lo sacó y lo giró. Era completamente rojo y estaba desnudo. Tenía la cabeza más grande que el cuerpo y no tenía rostro. En la parte del vientre había pegado un pequeño trozo de papel doblado. Lo arrancó y lo abrió. Había una palabra escrita en rojo: ¡HOLA!

— THE END —

